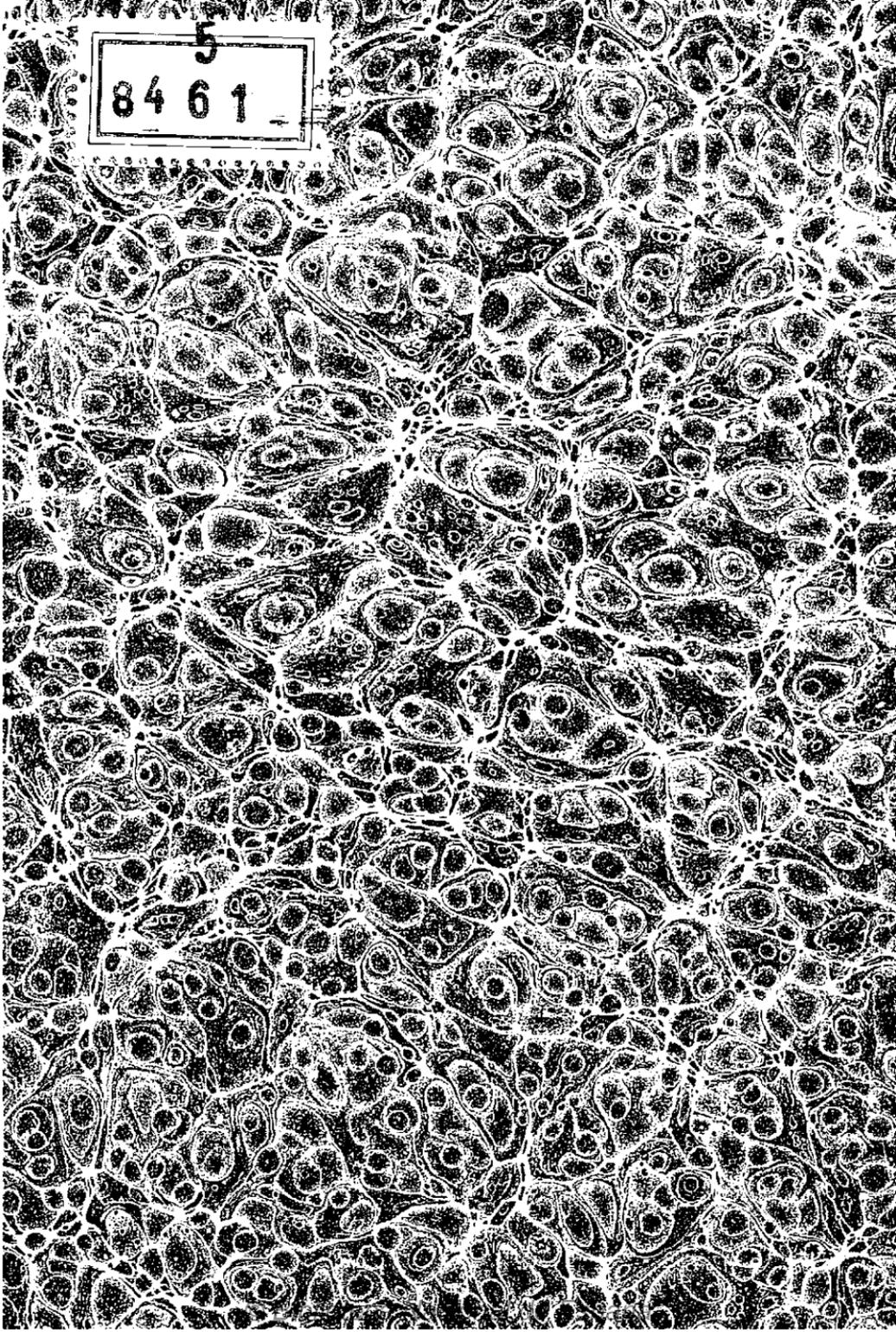


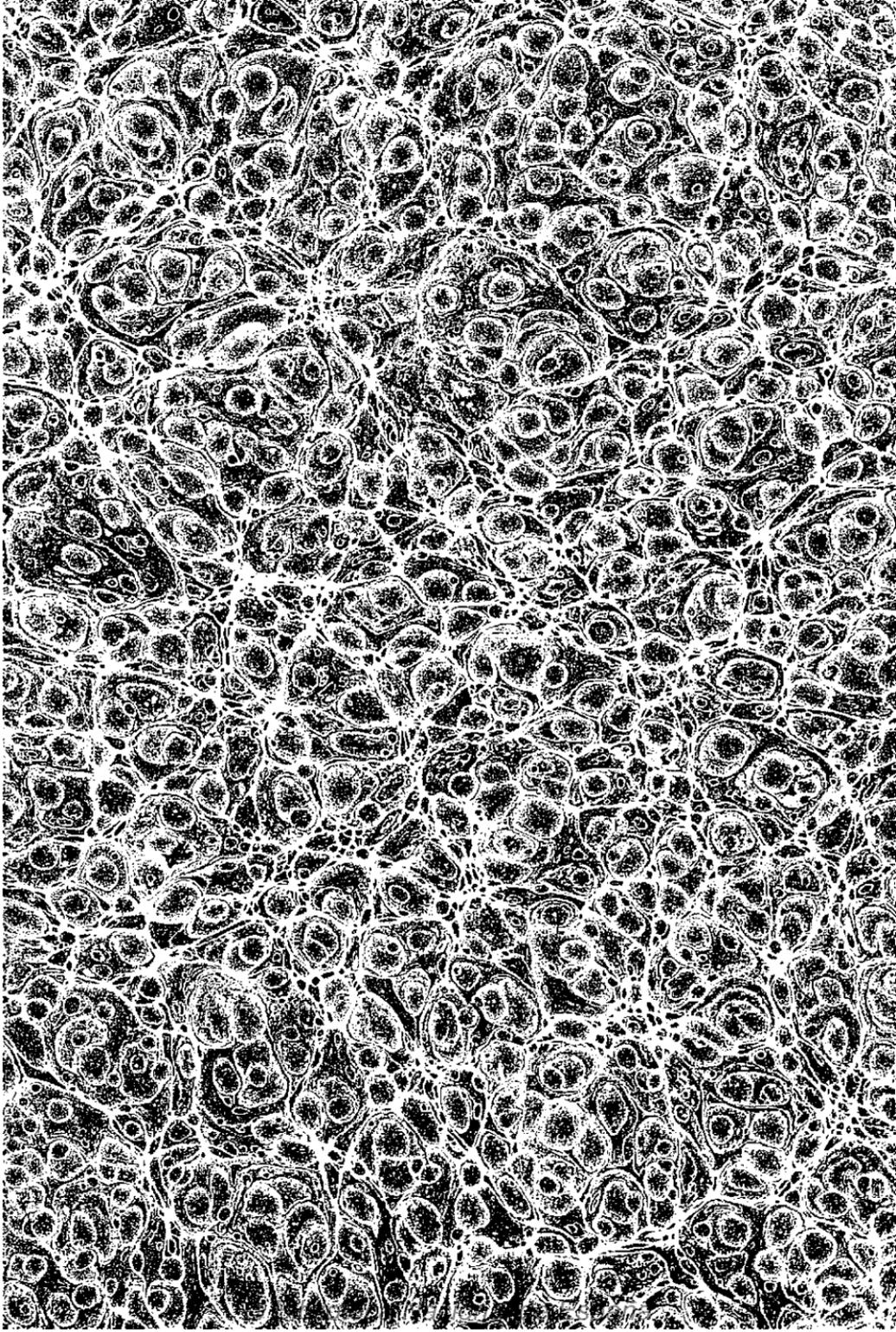
TALES
DEE CHING
IAEH-LI-KAO

8461

5

8461





5
8461



Y. m

VIAJES
DEL CHINO DAGAR-LI-KAO

POR LOS PAISES BÁRBAROS
DE EUROPA, ESPAÑA, FRANCIA, INGLATERRA Y OTROS.

TRADUCIDO DEL CHINO AL CASTELLANO

por el

ERMITAÑO DE LAS PEÑUELAS.

PRIMERA PARTE



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,
calle de Sombrerería, 6.

1880.

S. S. *

VIAJES
DEL CHINO DAGAR-LI-KAO.



VIAJES
DEL CHINO DAGAR-LI-KAO

POR LOS PAISES BÁRBAROS

DE EUROPA, ESPAÑA, FRANCIA, INGLATERRA Y OTROS,

TRADUCIDO DEL CHINO AL CASTELLANO

por el

ERMITAÑO DE LAS PEÑUELAS.



~~~~~  
PRIMERA PARTE  
~~~~~



MADRID.
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,
Calle de Sombrerería, 6.

—
1880.

ES PROPIEDAD.



Diego Camarero y
Romero



PREFACIO DEL TRADUCTOR.

Bárbaro y todo como soy, según los chinos, por haber nacido en una de las naciones que ellos llaman bárbaras, viajé algo más allá del limitado horizonte que desde mi ermita de las Peñuelas se descubre, hasta penetrar más lejos que el mismo Marco Polo, célebre por sus viajes á las desconocidas tierras orientales, en las profundidades del Celeste Imperio, ó Imperio de enmedio, vulgo China.

Si esta ventajilla me costó cara, en cambio ví mucho y estudié más; y entre otras cosas que aprendí al dedillo, y que hasta ahora no me sirvieron de nada, se cuenta



el idioma chino, que no es grano de anís que digamos, pues es tan revesado, que la mayor parte de los chinos no lo saben aunque lo hablan, en lo que no están más adelantados que los españoles, á quienes nos sucede otro tanto con el nuestro.

Ya estaba retirado á buen vivir, ó á vivir mal, que no todos los retirados viven bien, despues de rodar de Seca en Meca, creyendo haber perdido el tiempo empleado en aprender el chino, cuando el célebre escritor Dagar-Li-Kao, á quien conocí en mis viajes, tuvo conmigo la delicada atencion de mandarme un ejemplar de esta obra, encabezado con dedicatoria tan lisonjera para mí, como jamás bárbaro escritor europeo la recibió de autor alguno del Celeste Imperio.

Héla aquí, textualmente traducida:

«A tí, Ermitaño ilustre, cuyo criterio tiene más de chino que de europeo, que es como si dijéramos, más de civilizado que de

bárbaro, dedico este ejemplar de mis viajes, suplicándote lo traduzcas al idioma castellano, en el que estoy seguro eres capaz de hacerlo pasar, más por original castizo de tu perspícuo caletre, que por chinesca traducción.

»Lee, traducee, goza, y despáchate á tu gusto, que el tuyo será siempre el de tu cariñoso amigo

D. L. K.»

La modestia, lector benévolo, no me permite aceptar estas palabras, tan encomiadoras de mi pobre intelecto, más que por la simpatía que revelan.

Sabe que á ellas deberás esta traducción del chino, pues no podia dejar de corresponder al que me las enviaba, con ménos que traduciéndole su obra al castellano, ya que con tanta llaneza y donaire me lo pedia.

Acaso sea esta la vez primera que un libro chino se traduce directamente á nues-



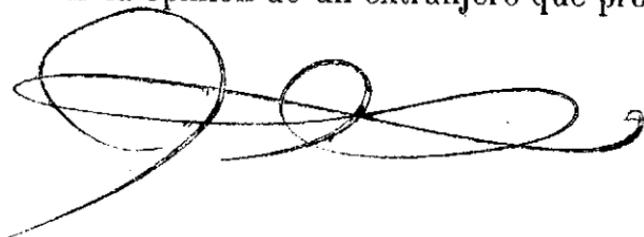
tra lengua, lo que no puede ménos de aumentar la novedad y el deseo de leerlo; pero debo advertir al curioso lector, que se prevenga contra los excesos y arrebatos de su amor propio ofendido, porque como Dagar-Li-Kao ha escrito para los chinos y no para nosotros, nos trata de bárbaros á cada paso; y yo, fiel traductor, he creído deber mio no alterar el texto, reproduciendo escrupulosamente las impresiones y apreciaciones del autor en toda su crudeza, tanto más, cuanto que, conociéndole muy bien, sé que son sinceras, hijas de la mejor buena fé, é inspiradas por el deseo y firme propósito de que sus compatriotas conozcan, tal y como él las ha visto, las que allá en su tierra llaman bárbaras naciones de Occidente.

Una cosa debe, sin embargo, consolarnos de la mala opinion que los chinos tienen de los europeos, y es que estos no la tienen mejor unos de otros, estando tan cerca y co-

deándose á todas horas. A juzgar de los hombres de cada nacion por lo que piensan los de las otras, de los de cada provincia por lo que dicen los de las limítrofes, y hasta por lo que los vecinos del mismo pueblo hablan recíprocamente de los del opuesto barrio, y aun de los que están puerta por medio, no se necesita ir á la China para oír llamar bárbaros á todos. ¿Qué tiene, pues, de extraño que Dagar-Li-Kao, llame bárbaros, así, como si dijéramos á la gruesa, á todos los europeos, cuando estos se lo llaman unos á otros á boca llena?

Por otra parte, no debemos olvidar, que si los chinos nos llaman bárbaros, nosotros les pagamos en la misma moneda, y váyase lo uno por lo otro.

Sea por lo tanto indulgente el lector, probando de este modo que no merece la calificacion de bárbaro que los hijos del Celeste Imperio nos endosan. Acaso, tambien, en la opinion de un extranjero que procura



conocernos, aprendamos más de nosotros mismos y á corregir nuestras faltas, que en las obras de tantos escritores nacionales, turba de aduladores, cortesanos de vicios triunfantes, de preocupaciones populares ó aristocráticas, que á trueque de una cátedra, de una poltrona en cualquiera Academia, y hasta de un empleillo de tres al cuarto, dirán que Torquemada no fué un bárbaro, harán casta á María Luisa, liberal á Fernando VII, buen mozo á Moyano, y á hombres como Nocedal y Ayala los políticos más consecuentes de España.

Quién bien te quiera te hará llorar, dice el antiguo proverbio; y en este concepto, si nuestro autor chino dice á los europeos, á trueque de tal cual involuntaria injusticia, sendas verdades, que les saquen los colores á las mejillas y las lágrimas á los ojos, resultará que él nos quiere más que los que por acá nos adulan.

Otras consideraciones no ménos graves



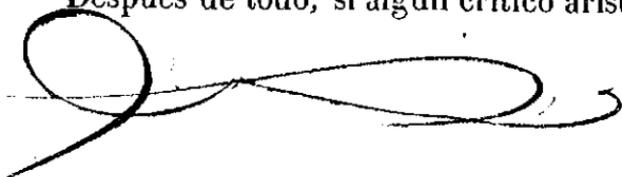
han influido en mi resolución de traducir la obra del viajero chino, y entre ellas se cuentan las noticias que contiene sobre aquel vasto Imperio, tan poco conocido, y la utilidad de conocerlo, que no tardará en ser justamente apreciada en lo que hemos dado en llamar mundo civilizado.

Réstame sólo, para terminar este mal pergeñado prefacio, y dejar la palabra al hijo del Celeste Imperio, pedir al lector paciente toda su benevolencia para la traducción que le ofrezco.

Traducir lo más literalmente posible es lo único que podía proponerme, porque, y sea dicho sin falsa modestia, no me creo capaz de otra cosa.

El gusto literario de los chinos difiere mucho del nuestro; su idioma carece de la flexibilidad del castellano, y por eso he procurado atenerme al texto, en todo aquello en que la decencia no me lo vedaba.

Después de todo, si algún crítico aristareo



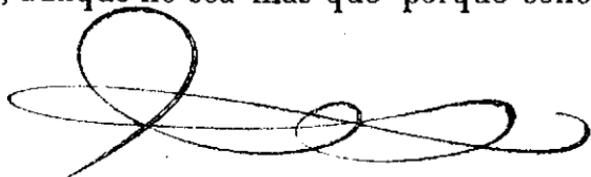
no encuentra buena mi traduccion, no tiene más que tomarse la pena de escribir cuatro líneas á Dagar-Li-Kao, pidiéndole un ejemplar de sus viajes, que sin duda le mandará gustoso, pues tiene grandes simpatías y muchas consideraciones con los bárbaros, sobre todo si son españoles, y podrá de *visu* cerciorarse de si mi traduccion es ó no correcta, y aun hacer otra mejor, si así le viniera en talante.

EL ERMITAÑO DE LAS PEÑUELAS.



INTRODUCCION.

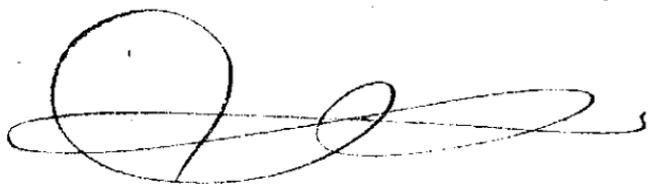
Ilustrados y nobles compatriotas, hijos del Celeste Imperio, el más grande y glorioso de los habidos y por haber en toda la redondez de la tierra; yo, Dagar-Li-Kao, he viajado por las naciones bárbaras de Occidente, para instruiros en las costumbres, usos y leyes de sus habitantes, y en cuanto á propósito de ellos pueda interesaros; y reuniendo despues mis estudios, observaciones y apuntes de viaje, los publico en este libro, esperando que os sirva de útil enseñanza. No porque sean bárbaros los pueblos de Europa son indignos de que los estudiemos, aunque no sea más que porque cono-



ciéndolos, podamos primero precavernos de sus asechanzas y malas artes, y despues aparejarnos para domesticarlos y hacerlos nuestros tributarios y vasallos, huéspedea con que felizmente ellos no cuentan.

La entrada de los bárbaros ingleses y franceses en territorio chino, y el saqueo del palacio de verano de nuestro celestial Emperador, en el cual robaron hasta los orinales y los zapatos viejos de las criadas, fué la causa que me decidió á emprender un viaje á las lejanas tierras de donde vinieron aquellas hordas de ladrones, á fin de conocer tales lobos en sus mismas guaridas, y ver cuáles son las causas de su rapacidad, y de su fuerza expansiva en el mundo que perturban y avasallan, disputándose su dominio en luchas inhumanas, para mayor honra y gloria de Dios.

Recorrí todos los países de Europa, y el convencimiento de su barbárie, que mis padres me inculcaron, se confirmó y arraigó

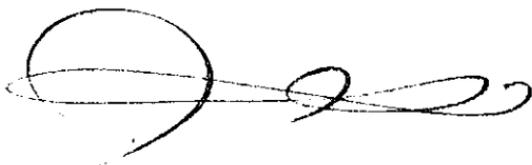


más en mi ánimo al verlos de cerca, al vivir entre ellos y tratarlos á fondo.

Seguro estoy de que todo chino que lea este imparcial y concienzudo trabajo, adquirirá el mismo convencimiento, y se afirmará en la creencia de nuestra superioridad, que espero llegará día en que será reconocida y acatada por todos los pueblos y razas que habitan el globo terráqueo.

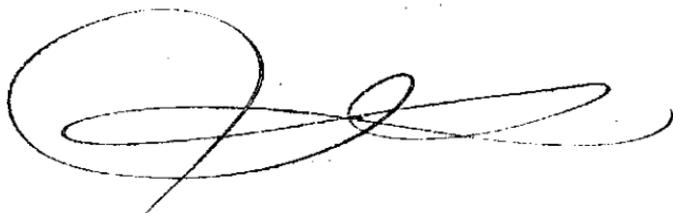
Algunas cosas leereis que os parecerán exageraciones mías, pero debéis tenerlas por ciertas, y pensar que aún me quedo corto, que no encontrareis en estas páginas más que la pura verdad, tal como un chino honrado la debe á los honrados chinos. Quédese el mentir, el contar patrañas, para los viajeros europeos, que explotan á sus crédulos compatriotas, hasta el punto de haber llegado á ser entre ellos proverbial la frase de «á luengas tierras mentiras luengas.»

Imitando á nuestros clásicos y antiguos autores, á fin de hacer más amena la lec-



tura, he preferido mezclar con mi narracion y reflexiones las anécdotas, los cuadros de costumbres, las conversaciones y dichos gráficos y característicos de los bárbaros entre quienes he vivido, porque así podreis decir, despues de leer este libro, que los conoçais, sin tomaros la molestia de salir de vuestras casas; y con esto entro en materia, dejando á vuestro buen juicio las apreciaciones que merecen las escenas, las ideas, las opiniones, y las descripciones que van á pasar ante vuestra lúcida inteligencia.



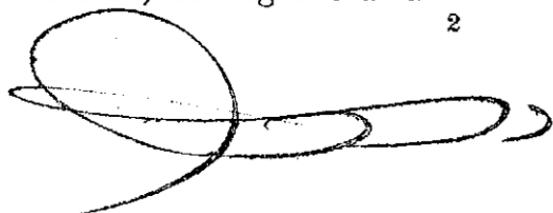


CAPITULO PRIMERO.

De cómo me valí para aprender castellano antes de salir de la China.—El capuchino Fray José de la Concepcion, misionero católico.—Mi conversion.—Propaganda católica en la China.

I.

Todo chino bien nacido sabe, y yo no lo ignoraba, que para viajar con provecho por países extranjeros, aconseja la prudencia que se empiece por aprender sus idiomas; y por esto, averiguando que habia, no lejos de Makaun-Leo, á orillas del rio Amarillo, un misionero católico, español, llamado Fray José de la Concepcion, acerquéme á él y le dije, no que deseaba me enseñara su habla, que no era yo tan torpe para decirle de buenas á primeras mi propósito, medio seguro de no conseguirlo, sino que deseando instruirme en los dogmas y misterios de la religion católica, y sabiendo que él era un santo misionero, consagrado á la conver-



sion de los gentiles en aquellos parajes, le suplicaba me instruyera en sus doctrinas, á fin de poder recibir el bautismo.

Encantado quedó aquel bárbaro con mi espontánea é inesperada solicitud. Era aquella la primera vez que un neófito chino se le presentaba, no pidiéndole más pan que el del alma.

No hay para qué encarecer el gozo que mi demanda causó al barbudo capuchino, que, lleno de fervor, puso manos á la obra de mi conversion.

II.

Admirábase Fray José de mis progresos en el catecismo y en el habla castellana, pues, aunque lo tenia traducido en chino, como lo hablaba muy mal, difícilmente podia darme explicaciones en mi idioma, y gracias si las daba en el suyo; y aficionéme tanto al castellano, que no tardé en leer de corrido en algunos libracos que por allá tenia el sábio misionero.

Rezaba con él unas oraciones llamadas letanías, llevando la cuenta de ellas con unos rosarios de granos ensartados en un cordon, semejantes á los que empleamos para contar. Es un entretenimiento monótono y que da sueño, porque se reduce á la re-

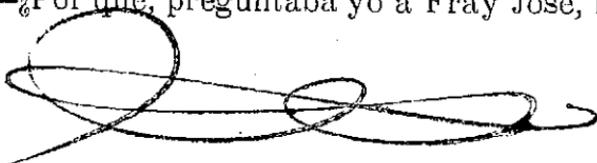
petición constante de las mismas palabras, dichas maquinalmente y en latín, que yo no entendía, ni creo que entendiera mucho Fray José.

Cuando se encontraba atosigado por mis preguntas y aturullado con sus respuestas, recurría al rosario, y no era raro acabara por dormirse con él entre las manos.

III.

Una de las cosas que más me admiraban en la capilla ó ermita de Fray José, era que en el altar tenía la imágen del Dios de los católicos, Cristo, desnudo, colgado en una cruz de madera, á la que lo sujetaban grandes clavos, que le atravesaban manos y piés. Estaba ensangrentado su cuerpo y lleno de chichones y cardenales, desgrefiado el pelo y caído sobre la frente, en la que penetraban las puntas de una corona de espinas; mientras su madre, á la que llaman Virgen, se veía en otro altar, con una corona real plateada en la cabeza, un manto de seda azul, bordado de oro, sobre los hombros, y una túnica blanca, que le llegaba hasta los piés, que descansaban sobre una nube adornada con niños alados y desnudos.

—¿Por qué, preguntaba yo á Fray José, la



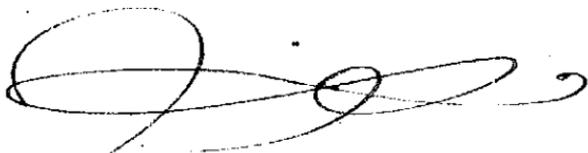
madre tan maja y peripuesta y el hijo desnudo y tan mal parado?

Sorprendido de mi pregunta, despues de pensarlo algun tiempo, me respondió con aire misterioso y ademan solemne:

—Hijo mio, Cristo está representado tal y como lo pusieron los hombres ingratos á quienes venia á redimir, para quitarle al más pintado la gana de meterse á redentor. Pero no te aflijas al ver á tu Dios en estado tan triste y lamentable, porque su sacrificio fué voluntario, y al tercer dia resucitó de entre los muertos y subió á los cielos en cuerpo y alma, donde estará sentado en el centro de la gloria, á la diestra de Dios Padre, hasta el dia del juicio, en el que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, resucitados para el caso, y reunidos al efecto, en el valle de Josafat.

Aparenté quedar convencido de la evidencia de cuanto aquel bárbaro me decia, para no escamarlo, y me guardé muy bien de pedirle explicaciones sobre lo del hijo de la virgen, ni de otras cosas que no comprendia, por más que me devanaba los sesos, y con el aire más simple que pude, le dije:

—Mis preguntas, padre mio, os prueban mi deseo de instruirme en la sacrosanta religion católica, que con tanta elocuencia ex-

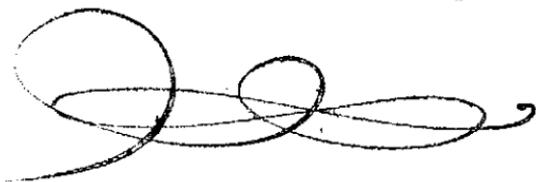


plicais; perdonadme si os parecen importunas.

—¡Nunca! me respondió: ¡nunca! Y huélgome de ellas, porque prueban tu sinceridad y deseo de penetrar los misterios de la religión. Pregunta, hijo, pregunta, que yo daré respuestas satisfactorias á todas tus dudas.

—Siendo así, le dije, con apariencia de la más profunda humildad y reverencia, ¿cómo puede ser que no habiendo más que un Dios verdadero en tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Hijo sea tan viejo como el Padre? La idea de la paternidad implica prioridad en la existencia del padre que engendra al hijo; luego hubo un tiempo en que la Trinidad fué solo Binidad, hasta que el Padre, que es eterno, engendró al Hijo, que no lo es, y lo asoció á su Binidad, trasformándola de esta manera en Santísima Trinidad.

—Pues ahí verás; no fué así; porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo ni tuvieron principio ni tendrán fin; y tu error consiste en juzgar con el criterio que aplicamos á las humanas las cosas divinas. Aquellas entran bajo el dominio de la humana razon, órgano imperfecto, que nos extravía en el conocimiento de la verdad, y estas en el de la verdadera fé, faro infalible, porque Dios lo ilumina. Para la voluntad del Sér Supremo



no hay imposibles. Dios puede hacer que el Hijo sea tanto y más viejo que el Padre, con tanta facilidad como que vuelvan atrás el tiempo y las corrientes de los ríos; que no haya existido lo que ya existió, á pesar del impío proverbio que dice: «Lo hecho tiene más fuerza que Dios.» ¿Qué significa para Él la reduccion á la nada, en un pestañeo, de cuanto existe; hacer que tres y tres no sean seis, sino veinte ó mil, ó lo que se le antoje? Si Dios lo quiere, estaremos á un tiempo aquí y en Pekin, y en cuantos lugares del globo quiera. Tan fácil le es hacer hablar á una borrica, como rebuznar á los hombres; y áun paréceme que esto debe serle más fácil, ó al ménos más agradable, puesto que son más ~~los~~ hombres que rebuznan que los burros que hablan. Sabe, hijo mio, que un acto de su voluntad soberana bastaria para convertir instantáneamente en racionales á todos los irracionales, para que viéramos por el ombligo, y comiéramos por las orejas y habláramos por los ojos. Cuanto hay, hubo y habrá es obra suya, porque Él sacó de la nada desde los átomos imperceptibles hasta los astros rutilantes. Él da las cualidades, atributos y esencia á seres y cosas. Dios es, en una palabra, omnipotente, y esto significa que lo puede todo, absolutamente todo, que para Él no hay im-

posibles. Por eso hizo madre de su hijo á una doncella, sin que dejara de serlo, delegando para su procreacion al Espíritu Santo, y convirtiéndola desde entonces en reina de los cielos. Por eso tiene un hijo tan sin principio ni fin como el padre. Por eso son tres personas distintas sin dejar de ser un solo Dios verdadero. Por eso, resucitando al tercer dia desu muerte en cuerpo y alma, se eleva su hijo hasta el séptimo cielo, contra las leyes de la gravitacion. Aquel á quien bastó decir: «Que la luz sea,» para que la luz fuera, ¿qué obstáculo puede impedirle hacer que las causas que engendran la luz produzcan las tinieblas? No se menea la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, y cuando Él quiere con todos vientos llueve. La gracia de Dios redime todos los pecados. Hé aquí por qué se la pedimos cada dia en nuestras oraciones, y á Él pertenece el mérito de nuestras acciones, porque son obrasuya, por Él inspiradas.

—Y las malas ¿quién nos las inspira? pregunté ingénuamente á Fray José, aun á riesgo de cortarle repentinamente el hilo del discurso.

—¡El Diablo! respondió, haciendo la señal de la cruz y santiguándose.

—¿Luego el Diablo es rival de Dios? ¡Luego es cierto que hay dos dioses, el del bien y el del mal!



—No, hijo mio; Dios no tiene rivales; el Diablo existe por su voluntad, para que tentándonos, ponga á prueba nuestra virtud á fin de acrisolar las almas con sus maléficas tentaciones.

Supongo que mis lectores chinos quedarán tan enterados y convencidos como yo quedé con explicaciones tan claras cual las que Fray José me dió del Dios de los católicos y de su omnipotencia suprema é infinita bondad. Pero como lo que yo quería era aprender el castellano, tan bien como el viejo capuchino podia enseñármelo, dí largas al estudio de los misteriosos dogmas de su oscura religion, diciéndole que en conciencia no debia bautizarme hasta que estuviera bien instruido, lo que á mi sábio catequizador parecia perfectamente, como inspirado por la mejor buena fé, apreciada por él tanto más, cuanto que me decia era cualidad rara entre los pícaros chinos.

IV.

Aunque alguna vez hemos visto en la China gentes ignorantes y fanáticas, que por desgracia tambien las hay en el Celeste Imperio, revolviéndose sañudamente contra los misioneros, que los sectarios de las reli-

giones modernas (1) nos mandan de Europa, aprovecho esta ocasion para tranquilizar á los buenos chinos, respecto al peligro de la importacion de este género de barbárie en nuestra amada pátria.

Ya pueden mandar los bárbaros cristianos á nuestra privilegiada tierra cuantos misioneros quieran, que no convertirán á un solo chino, más que como Fray José de la Concepcion me convirtió á mí.

Hay en nuestra raza demasiado buen sentido y perspicacia para temer que la propaganda religiosa protestante, de cualquiera de sus cien iglesias, ni la de los católicos romanos, ni la de los católicos griegos, nos seduzcan con su divina Gracia desgraciada, con sus dogmas y misterios incomprensibles.

Felizmente, por otra parte, como cada una de esas cien sectas ó iglesias pretende ser la religion verdadera, más que de la propaganda de sus dogmas, se ocupan en hacerse la guerra unas á otras y en desacreditarse mutuamente, lo que redundan en per-

(1) Lllaman los chinos religiones modernas á la cristiana y á la mahometana, porque las practicadas en su país cuentan tres, cuatro mil y más años de existencia, mientras que la cristiana no ha llegado aún á los mil novecientos, ni á los mil trescientos la mahometana.—(Nota del traductor.)



juicio de todas, y prueba que la dominacion universal y no la salvacion de las almas, como dicen sus astutos misioneros, es su más constante preocupacion, por no decir su único punto de mira.

Siglos hace que esa propaganda comenzó, ¿y qué resultados dió hasta ahora? ¿Cuántos cristianos chinos existen hoy? Lo que cuesta á los bobos de Europa en hombres y dinero es incalculable, y sacan lo que el negro del sermon.



CAPÍTULO II.

Fray José.—Llegada de frailes y de jesuitas.—Gran fiesta religiosa y orgia pagana.—La civilización española y la iglesia en el extremo Oriente.—Mi bautizo.—Mi partida de la China.

I.

Como casi todos los misioneros que andan por acá, vivía Fray José de los recursos que recibía de las posesiones europeas en la India, Islas Filipinas y otras del extremo Oriente. Y para que las cofradías de por allá no escasearan los dineros, ropas y otras cosas sustanciales, escribía carta sobre carta, hablando de las maravillas que operaba su proselitismo, ó apostolado, como él modestamente decía, y acompañaba sus misivas con pliegos y más pliegos, llenos de firmas de chinos que no sabían escribir ni áun leer, pero que declaraban estar bautizados y ser más católicos que el Papa.

Para atraer á su capilla á la gentuza más



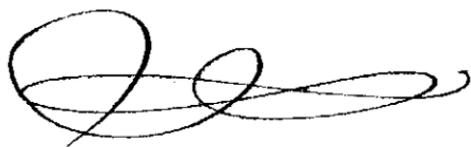
soez y grosera, única que se prestaba á oírle, repartía arroz y medallas, crucecitas y escapularios é imágenes de santos, si toscamente litografiadas, colmadas en cambio de innumerables indulgencias; y los favorecidos con ellas las colgaban en sus casas entre los ídolos de las otras religiones, no siendo cosa extraña ver pendiente de las orejas del dragon alado, que vomita fuego, un escapulario de la Virgen del Cármen, amuleto al que los católicos dan tanta importancia, que lo llevan bajo la camisa, colgado al cuello, así reyes como bandidos, doncellas recatadas, damas de noble alcurnia y mujerzuelas de la vida alegre.

Alrededor de Fray José aumentaban los católicos en días de hambre, porque les daba puñados de arroz, y entonces gritaban: ¡Viva la Virgen! ¡Viva Fray José! ¡Viva Cristo! Y al ver un Corazon de Jesús, pintado de rojo, puesto á los piés de la imagen de la Virgen, decian unos chicuelos:

—¡Qué lástima que no sea de carne para comerlo!

II.

La fé aumentaba, pues, ó disminuía, con los puñados de arroz, estampitas, rosarios y escapularios, y no me parece dudoso, que si Fray José tuviera bastante arroz para todos,

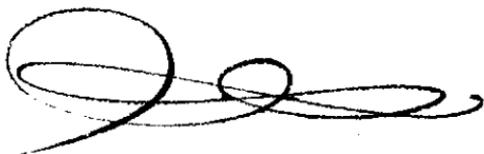


mientras le durase, catequizara millones de chinos, aunque no fuera más que por aquello de que en tomar no hay malicia.

Comprendíalo así el capuchino, que no se hacia ilusion sobre la sinceridad de sus conversiones, pero lo disimulaba, porque entretanto, si daba arroz y baratijas á los falsos católicos de la China, los verdaderos ó fingidos de Europa, le mandaban con qué comprarlo, amen de cajones de bizcochos, chocolate, salchichones, botellas de buenos vinos y otras delicadezas con que conllevar las tristezas y aburrimientos de aquella vida. Al mismo tiempo hacia méritos para alcanzar algun deanato ú obispado, merecida recompensa á su laboreo de la viña del Señor, en regiones y entre gentes tan apartadas é incultas, quedándole siempre la esperanza de que, si por acaso sus neófitos faltos de arroz, le rompian algun dia la crisma, tendria la gloria de ser mártir de la fè, y acaso la de la canonizacion.

III.

Protestantes, católicas romanas ó grecorusas, las misiones cristianas en la China, y en otras regiones del extremo Oriente, se asemejan á la de Fray José, mi catequizador y primer maestro de castellano.



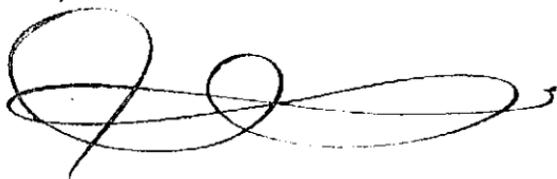
Nada tenemos, por tanto, que temer de ellas, y no veo inconveniente en que los bárbaros occidentales sigan gastando su dinero en el Celeste Imperio con las tales misiones.

Acaso los jesuitas pudieran ser más terribles que los otros, por su mayor astucia y trastienda, pero trabajo les mando si han de catequizar á los chinos, raza de más superior inteligencia que las de los pueblos bárbaros de Europa, en los que dominan, gracias á la proverbial credulidad de las gentes. ¡Vengan, vengan á la China los negros, sutiles y traviesos compañeros de Jesús, como ellos se llaman, que si alguien sale engañado no serán los chinos, que dan á los jesuitas quince y falta! (1).

IV.

Andaba Fray José en los sesenta años, y aparte de la hipocresía á que su oficio le obligaba, era hombre en una pieza, campechante, que ya tenia una docena de hijos,

(1) Algo y aún algos de optimismo, me parece ver en estas apreciaciones de Dagar-Li-Kao. La secta jesuitica ha logrado al fin, fundando sólidos establecimientos, meter el pié en la China, y sabido es que casa en que esta gente mete la pata acaba por ser suya. (*Nota del traductor.*)



de media docena de chinas, porque buen propagador, no sólo iluminaba las almas con la luz de la nueva religion que predicaba, sino que *blanqueaba la raza amarilla*, y á mi juicio esto era lo mejor que hacia (1).

Habia sido marino antes que fraile, y áun parece que tomó el hábito por voto que hizo al verse en peligro de ser atrapado y ahorcado por un crucero inglés, en ocasion de llevar á Cuba un cargamento de negros. Nada tiene, pues, de extraño, que Fray José jurase de cuando en cuando, y que á veces rindiera al dios Baco culto tanto y más ferviente que al mismo Cristo.

V.

Llegaron por allá tres jesuitas italianos y dos frailes españoles, y hubo gran funcion en la capilla, misa cantada, incienso á profusion, y muchas velas encendidas; y luego de acabada la fiesta religiosa, tuvieron una merendona en la que Baco, Vénus, Terpsicore, y por último Mercurio, recibieron cul-

(1) El Ermitaño de las Peñuelas no participa en esto de la opinion del autor, y piensa que Fray José hacia muy mal faltando al voto de castidad. Los votos hacerlos ó no hacerlos. Tampoco comprende cómo un chino podia encontrar bien la infusion de sangre bárbara en su raza privilegiada y superior, segun él. (*Nota del traductor.*)



to y homenajes sin cuento. Digo Mercurio por último, y debiera decir Marte, porque al fin intervino el sanguinario dios entre los blancos, cuya zambra acabó, cual ellos dicen, como el rosario de la aurora, ó merienda de negros; es decir, á linternazos.

Bien se conocia que el diablo andaba en Cantillana, porque saliendo de detrás de la Cruz, donde aseguran los católicos que suele andar escondido, hizo que el paganismo echara al cristianismo bajo la mesa.

Un frailecito de los recién llegados llevaba en el baul un guitarrillo, envuelto en una casulla, y apenas lo sacó, cuando arremangándose los hábitos, todos cantaron y bailaron de lo lindo con las chinas cristianas, hasta que uno de ellos, echando sobre la mesa una baraja, exclamó:

—Tallo diez onzas.

—Echar ases, dijo un jesuita.

La mesa estaba llena de botellas vacías y de vasos á medio vaciar, pero en un santiamen quedó limpia y cubierta con un paño verde, que puso sobre ella Fray José. Echó luego ases, y sentóse á tallar un jesuita italiano á quien tocó el de oros.

Onzas españolas y columnarios mejicanos se amontonaron sobre la mesa, y pasaron rápidamente de mano en mano, bajo las aguzadas uñas y ávidas miradas de aquellos

padres de almas, á quienes la lujuria, el vino y la avaricia convirtieron en energúmenos.

Fray José creyó ver que el jesuita italiano echaba el pego, sin duda porque amontonaba en la banca el dinero de todos, y no se anduvo en chiquitas, sino que, sin decir oste ni moste, sacó de la ancha manga una navaja de media vara é hizo al jesuita un chirlo en el brazo derecho, con el que se cubrió á tiempo la cara á la que iba dirigido el homicida instrumento. Extremados fueron la confusion y el rebullicio, mas pusieronse los otros por medio y todo se arregló, devolviendo el herido los cuartos, dándose recíprocas satisfacciones y empinando el codo todos juntos una y otra vez, hasta que se fueron ó los llevamos á dormir la mona.

Una docena de chinás y de chinos presenciarnos estas edificantes escenas.....

¿Y áun esos orgullosos europeos se atreverán á llamarse civilizados y á calificarnos de bárbaros? Sí; los españoles traen al extremo Oriente su civilizacion, que se resume en Cristo, el redentor de la humanidad, desnudo, ensangrentado y enclavado en una cruz, y como complemento y aderezo, la guitarra, la baraja y la navaja: los ingleses, la Biblia y el ópio, que no sé cual de ellos es veneno más embrutecedor y peligroso para



cuerpos y almas: los rusos el látigo, y todos la conquista, la corrupcion y la esclavitud más ó ménos disfrazada.

VI.

Celebróse al otro dia en la capilla mi bautizo, con mucha pompa y gran acompañamiento de catecúmenos y catecúmenas, que solemnizaron mi conversion con un gaudeamus á lo católico, en el que, como tales, se olvidaron de la chinesca sobriedad y decente circunspeccion.

Entré en el gremio de la Iglesia bajo los mejores auspicios, porque el exnegrero Fray José, el de la navaja, me echó el agua bendita, y fué mi padrino el jesuita italiano del pego. Pusiéronme por nombres José, por ser el de mi catequizador, y Caralampio, porque era el del santo del dia.

Satisfechos quedaron aquellos buenos padres de mi conocimiento de la doctrina cristiana, de la que me habian examinado antes de rociarme la cabeza con agua fresca; y como ya sabia todo el castellano que Fray José podia enseñarme, y rabiaba por visitar los pueblos bárbaros, de los que aquellos frailes y jesuitas eran tan digna muestra, les dije que me proponia hacer una peregrinacion á los santuarios más famosos de Eu-

ropa, piadosa resolución que todos aplaudieron, anunciándome que estaba predestinado á ser el primero y gran apóstol chino de la religion católica, única verdadera.

El padre José me proveyó de cartas de recomendacion, y los jesuitas no fueron ménos pródigos. Para aquel era yo una ganga, porque contaba con que sus superiores verian en mí una prueba viva de la eficacia de su proselitismo, y que seria la trompeta de la fama, que haria resonar su nombre por todo el mundo católico.

VII.

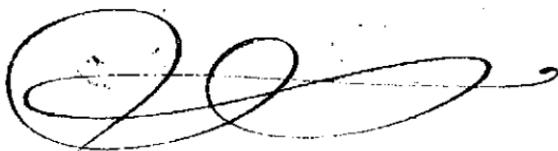
Seguro estoy de que no habrá chino que deje de aplaudir la destreza con que engañé á aquellos bárbaros, quienes en esto de engañarse unos á otros y de engañar á los chinos no son tan bárbaros como parece.

- Los más avisados y diestros, en esto de engañar, son los jesuitas, que profesan la falsedad y la mentira como política y medio de uso corriente, si conduce á la realizacion de sus fines, llamándolo *mentira piadosa*. Así, dicen en sus libros, que para introducirse más fácilmente en los países que desean someter á su dominacion, deben, por ejemplo, vestirse de comerciantes en Holanda, de marinos en Inglaterra, y de mandarines



en la China, y como lo dicen, lo hacen, practicando, sin el menor escrúpulo, estas católicas supercherías. Los chinos no haríamos más, imitándolos en esto, que practicar sus máximas, sèguir su ejemplo, para defendernos de sus tretas y malas artes, pagándoles en su misma moneda; y áun tendríamos más excusa, porque sólo usaríamos sus armas en defensa propia.

De todos modos, mis fines no podían ser más honrados, puesto que al engañar á los bárbaros enemigos, sólo me proponía servir á mi pátria, instruyéndola en lo que real y verdaderamente son los que la saquearon y devastaron. Paréceme, pues, que no debo excusarme, sino glorificarme de haberme servido del engaño contra los engañadores.



CAPÍTULO III.

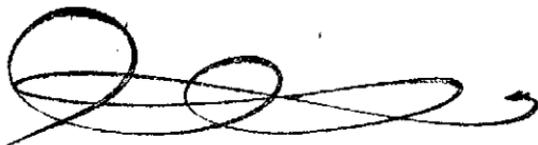
Del encuentro que tuve con un compatriota viajando á Singapoore.—Sus casamientos.—Una de tantas maneras de sacar los cuartos á los bárbaros y á los civilizados.—¿Quién engaña á quién?—Farsa religiosa, en la que todos son actores y público.—Visita al Obispo Católico.—Ridiculus de los trajes europeos.

I.

Hice viaje á Singapoore, isleta ocupada hace una cuarentena de años por los ingleses, á quienes, al paso que van, pronto veremos dueños de cuantas islas hay en todos los mares conocidos, guarneciéndolas con sus casacas encarnadas (1).

Encontréme á bordo con un compatriota, conocedor también del castellano, que aprendió en Manila, donde se hizo bautizar

(1) Después de publicada esta obra en Pekín, se han apoderado de la isla de Socotora, además de adquirir la de Chipre.—(Nota del traductor.)



para casarse con una moza, mezcla de chino, de indio y de español, cuya dote atrapó, dejándola plantada, con dos chiquillos, al cuidado del fraile que lo habia catequizado.

Iba aquel dignísimo chino á Singapoore, resuelto á casarse otra vez, aunque no de mentirijillas, como con la filipina, sino muy de veras, con la hija de un chino, acaudalado banquero, bien quisto y con crédito entre los comerciantes europeos. En connivencia con él sacó de Manila el dinero de su mujer cristiana; y en cuanto se casara con su hija, para estar más seguro de las uñas de la mestiza, debia establecerse en el interior de la China, como corresponsal de su suegro, fundando así, en compañía, *una respetable* y poderosa casa de comercio.

II.

Llegamos al término de nuestro viaje, y no tardó en celebrarse la boda de mi paisano, á la que asistí, invitado por el novio, que me presentó al suegro; y luego de casados ante nuestros magistrados, fueron á que bendijeran el matrimonio los sacerdotes de todos los dioses á quienes se rinde culto en Singapoore, y que se cuentan por docenas y

hasta por centenas. Pagodas, sinagogas, iglesias, mezquitas, templos protestantes de diferentes comuniones, otros en que se adora al becerro de oro, y hasta los en que se rinde culto al fuego sagrado, que no se apaga nunca, y más aún, cuyas denominaciones olvido, abundan en aquella islita, á la que puede llamarse paraíso de Dios ó de los dioses, ídolos y santos conocidos y áun desconocidos, pues á todas las divinidades se rinde en ella libremente culto y adoracion.

El banquero, padre de la novia, fué quien dispuso que la cabalgata visitara todas las casas consagradas á los dioses, porque, como él me decia, muy convencido de su diplomacia: «A los bárbaros hay que engañarlos siempre. Sus sacerdotes tienen mucha influencia sobre ellos, pues aunque estos comerciantes europeos no creen más que en el dios Dinero, por espíritu de nacionalidad, y por otras causas ménos excusables, contribuye cada uno al sostenimiento de algun culto; y como yo vivo entre ellos, y por mis negocios tengo que estar bien con todos, procuro tener de mi parte á los sacerdotes de sus religiones, porque á estos, con tal de que les den dinero, poco les importa lo demás. A trueque de que repitamos las fructuosas visitas, nos tienen mucha consideracion, y hasta nos sirven, si llega el



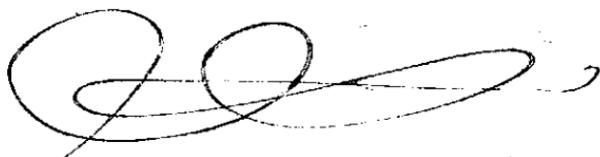
caso, y no les cuesta más que palabras. Aquí donde me ves, he contribuido á levantar la magnífica casa de las Hermanas de la caridad, francesas, y tambien hice mi ofrenda para la capilla presbiteriana, á la que asiste la mayor parte del regimiento escocés que guarnece la isla. Gracias á estas dádivas, los que viven á la sombra de los templos, explotando los altares, hacen más caso de un chino rico, aunque incrédulo, que de todos los creyentes pobres.»

—Pues imagino, le dije, que si hay aqui alguien engañado es el chino.

Mas el banquero, haciendo un gesto, me respondió:

—La verdad es, despues de todo, que los engañados somos todos, ó por mejor decir, ninguno, porque ya nos conocemos, y esta sociedad es una comedia, en la que cada uno representa su papel; pero hay que representarlo lo mejor posible para darnos gusto reciprocamente, pues somos en ella público y actores.

La caravana llamó la atencion de todo el mundo, recorriendo la ciudad, de iglesia en templo y de mezquita en pagoda, montada en más de treinta carruajes descubiertos, con músicas, estandartes simbólicos, escapularios, y hasta un Ecce-Homo pintado, que flotaba al aire, cosido en una ban-



dera, en apacible consorcio con dragones y otros ídolos é imágenes. Curas católicos y pastores protestantes, rabinos, ulemas y derviches, abrieron de par en par las puertas de las casas de sus dioses, y mediante *tanti cuanti*, bendijeron á los recién casados, ofreciéndoles la felicidad en esta vida y en la otra.

III.

Acercóse á felicitar á los novios, en la puerta de la Iglesia católica, un comerciante francés, volteriano, espíritu fuerte; y dijo al suegro, de quien era conocido:

—He sabido que lleva V. el nuevo matrimonio á todos los templos é iglesias; ¿qué se propone con tan extraña resolución?

Conocía el chino el humor del francés y le respondió, con aire entre socarron y risueño:

—Señor, yo sigo las máximas morales de nuestro gran filósofo Confucio, y no tengo, como VV. los occidentales, fé en los dioses que se dieron á conocer á los hombres por medios contránaturales. Pero como despues de todo, no estoy seguro de que entre tantos no haya alguno verdadero, por no equivocarme, pido á todos su proteccion para mis



hijos, el día en que los uno para que formen familia.

Rióse el francés á carcajada tendida de la ocurrencia, y dijo:

—Preciso es convenir en que es V. un chino muy sensato y precavido: ¿pero y si todos los dioses fueran falsos?

—¿Lo cree V. así, le preguntó mi paisano?

Miró en torno suyo el francés para ver si alguien podia oirlo, y viendo que no, dijo con voz firme, aunque baja:

—¡Lo creo!

—¿Cree V. que todos son falsos? Pues permítame que le pregunte ¿por qué educa su hijo en el colegio de los jesuitas y lleva su señora á misa?

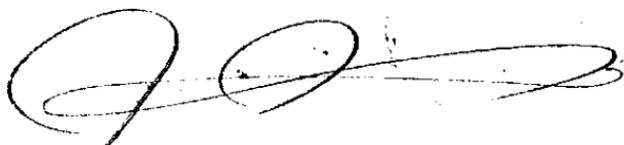
El francés se encogió de hombros, hizo un gesto expresivo, y añadió en el mismo tono:

—Es menester vivir con el mundo.

En oyendo esto el banquero, dió la mano al comerciante francés, saludole con muestras de mucha consideracion, y le dijo gravemente:

—Veo que es V. tan chino como yo. Por la misma razon que V. lleva su mujer á misa, llevo yo hoy mis hijos á todos los templos; y volviéndose á mí, añadió en chino:

—Los bárbaros van aprendiendo de nosotros; cuidado con ellos.....

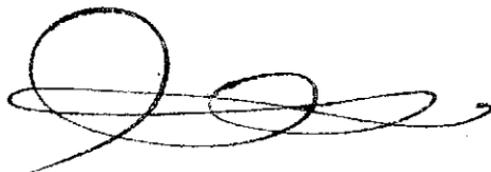


IV.

Presentéme al obispo francés, que á juzgar por su larga barba era capuchino, y le di á leer las cartas de recomendacion que me habia dado Fray José. Acogióme muy bien, hizome entrar en su habitacion, y conversamos en español, que él chapurreaba, sobre la propaganda católica en la China, y díjele que deseaba continuar mi educacion religiosa, y aprender al propio tiempo la lengua francesa. Congratulóse; y aplaudiendo mis laudables propósitos, me dió muy buenos consejos para que me pusiera en guardia contra las tentaciones de Satanás, que por todas partes, segun él, me rodearian en Europa, donde no sé qué perversas doctrinas y malas costumbres se propagan por emisarios del infierno.

Mientras él hablaba asi, recordaba yo la sangrienta orgia de frailes y jesuitas, que presencié en la residencia de Fray José, y decia para mi capote: «Si las buenas son las costumbres de los católicos, ¿cómo serán las malas?» Casi estuve tentado á renunciar al ya comenzado viaje.

Escuchaba atentamente al obispo, y cuanto más le oia y le miraba más me parecia que era un hipócrita consumado, que



no sentia lo que decia, que el hábito, las miradas, las maneras, las palabras, todo era en él falso y afectado, y negacion de lo que realmente sentia y era allá en el fondo de su conciencia. Su fisonomía parecia más ajada y marchita por los excesos que por la abstinencia y los años; sus ojillos ribeteados de bermellon, no lo estaban, de seguro, del mucho llorar y hacer penitencia por sus pecados y los de la humanidad, y confieso que me produjo aquel bárbaro tanta repulsion y recelo como simpatía y agrado el bueno de Fray José, genio abierto y expansivo, cuanto puede serlo un fraile español. Con éste podia vivir hasta un chino, con aquel ni un cristiano.

Yo no debí agradarle tampoco gran cosa, porque trató de que me fuera de Singapoore á más andar, diciéndome que allí no podia aprender el francés, habla á su juicio necesaria para poder servir bien á la santa Iglesia católica, cuyo centro más activo está hoy en Francia; pero que él me daría cartas para los padres jesuitas de Marsella, en cuya casa no sólo aprendería el francés, sino cuanto fuera útil para el mejor servicio de Dios, y á la salvacion de mi alma.

Dióme, en efecto, una carta; echóme su bendicion, y yo me retiré, no sin besarle el anillo, que llevaba en la mano derecha, que

él me alargó, mostrándome humilde y agradecido, y ofreciéndole volver á verle á mi regreso.

V.

Vistióme á la europea un sastre, compatriota, que pasaba por el primero de su oficio en la ciudad; como que vestia á lo mejor de la colonia europea; y bueno será decir aquí, que, doquiera que un menestral ó artesano chino se establece, no medra ningun bárbaro de su profesion, porque los chinos trabajan más, mejor y más barato que ellos.

No fueron pequeños mi embarazo y dificultad para acomodarme á la extravagante vestidura de los bárbaros, y aseguro que nunca pude encontrarme á mis anchas dentro de ella. ¡Qué camisas! ¡qué chalecos! ¡qué casacas! y sobre todo ¡qué botas! ¡qué pantalones, y qué sombreros!

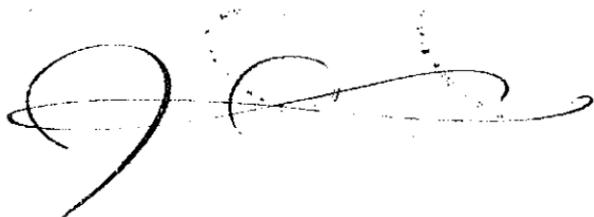
¿Y qué diré de los levantados cuellos de las camisas, tan tiesos que parecen de carton? ¡Bárbaros necesitan ser para imaginar trajes tan complicados, absurdos, antihigiénicos, incómodos, costosos y feos?

Pues ¿y los guantes? Entre nosotros es gala de las personas superiores y distinguidas mostrar las manos, que en su blancura,



finura y delicadeza, y en las uñas perfectamente limpias y largas de un palmo, y aún de dos y de tres, se les conoce que nunca trabajando se envilecieron. Los europeos se ponen guantes para visitarse, y en todos los actos de ceremonia, hasta para comer; como si temiesen que les vieran las uñas roídas por el trabajo, y que al darse las manos tropezaran con los callos. Cualquiera chino comprendé que las manos se cubran con guantes para preservarlas del frío, del viento y del sol, y cuando deben tocar con ellas cosas húmedas ó asperas; pero en un salon, en una ceremonia oficial, en la mesa, esto sólo puede ocurrirse á gentes rematadamente bárbaras.

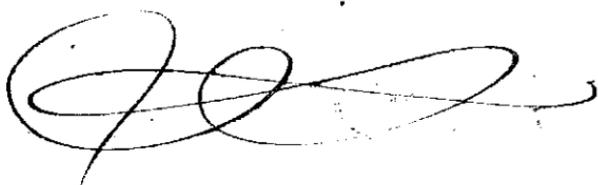
¡Con qué gusto he colgado todos estos instrumentos que me martirizaron mientras estuve en Europa! ¡Estrechas botas de charrol, que impedis la traspiracion de los piés y los estropeais; angostos pantalones de abotonada bragueta; tirantes, que oprimis hombros y pecho; ajustados chalecos y engorrosos corbatines; sombreros, que no cubris la cabeza, ni preservais los ojos del sol ni de la lluvia, y que cuando sopla el viento un poco recio echais á volar; muestras horribles de la barbárie europea, yo os maldigo y celebro el dia en que pude colgaros como testimonios de mis azares, cambiándoos por



los elegantes vestidos, amplias túnicas y anchos sombreros de mi civilizada pátria!

No ménos de doscientos soles mejicanos me costaron aquellos potros atormentadores, y á los pocos meses me encontré con que ya no eran de *moda*. Vosotros, caros lectores y lectoras, ignorais lo que es la moda entre los bárbaros, y voy á deciroslo. Pero este asunto, aunque os parezca liviano, merece que le consagre todo un capítulo: ¿qué digo un capítulo? una obra entera y con láminas mereceria, para entretenimiento y solaz de las generaciones presentes y futuras.





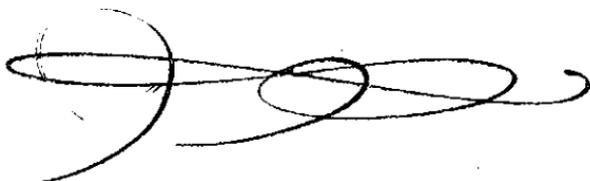
CAPÍTULO IV.

La moda, plaga social, que aflige á los países bárbaros de Europa.

I.

Llámanse modas entre los europeos las formas, adornos y colores de los trajes que acostumbran llevar, y que varían en cada estacion y cada año, y algunas veces dos, tres ó más, que el gusto se modifica en la misma temporada, y hay que hacerse trajes nuevos ó que teñirlos y recomponerlos, para ponerlos á la moda ó al uso. Allí no es decente ni decoroso presentarse en respectable compañía si se va vestido con ropas y cubierto con sombrero cuyas modas pasaron.

Lo que tan ridicula manía cuesta de dinero á estos bárbaros es incalculable. La corrupcion y las miserias que engendra son tantas y tales, que bien merecia ser clasifi-

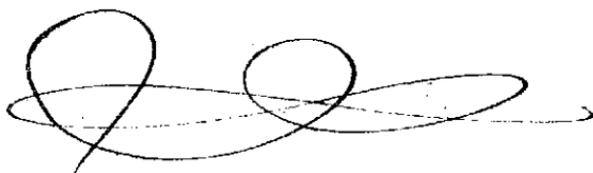


cada entre los vicios más repugnantes de aquella sociedad, que en la moda funda uno de los rasgos de lo que pretenciosamente llama su civilización.

Con lo que las modas hacen desperdiciar á treinta ó cuarenta millones de europeos en un año, habria para vestir, calzar y cubrir á los cuatrocientos cuarenta millones de chinos y de chinas del Celeste Imperio.

Todo lo que la imaginacion puede inventar de más estravagante, ridículo y absurdo, lo inventan estos bárbaros para vestirse y adornarse á la moda.

En pocos años he visto á las señoras llevar trajes tan huecos y anchos, que todas parecian estar preñadas de ocho meses, y aún de dos ó de tres infantes, segun estaban de anchas; y para sostener el vestido se ponian unos armazones, especie de aros, como los de las pipas de vino, amarrados con cintas, cuando no podian comprar una jaula de alambre para sostener las faldas, en la que se metian de cintura abajo. Estaban horrosas é incómodas; no podian sentarse; pero en aquello consistia la moda; y todo el mundo se riera de la que tuviese el buen sentido de vestirse sin aquel engorroso embeleco, que llamaban pollera ó miriñaque. Hace doscientos años tambien estuvo al uso, como entonces decian, y le llamaban guarda in-



fante, nombre maligno, que daba á entender ocultacion de contrabando, y por cierto no de guerra.

Tras los inflados miriñaques vinieron los trajes escurridos, con largas colas, arrastraderas, que daba lástima verlas, y en las que gastaban más tela que en el resto del vestido. Despues se dieron á ponerse traseros postizos, á que llamaban *polisones*, y á levantarlos, cual empinada joroba, hasta media espalda; de manera que las mujeres mejor formadas parecian contrahechos adfesios.

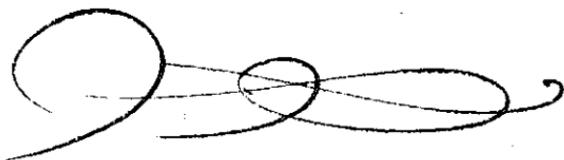
No hay moda que no les parezca ridícula una vez pasada, lo que prueba que lo son todas. Ahora está en uso que las mujeres lleven dos cabelleras empingorotadas en el testus, la propia y la ajena.

Las pobres se quedan sin cabellos, porque los luzcan las que los pueden comprar; de modo que, gracias á la moda, como ellas dicen en lenguaje católico, desnudan unos santos para vestir á otros.

La moda ha arruinado más familias, y causa muchas más victimas, que el ópio en la China, que la peste y la guerra en todo el mundo.

¡Cuántas mujeres se prostituyen por vestir á la moda!

¡A cuántos maridos no hizo, hace y hará



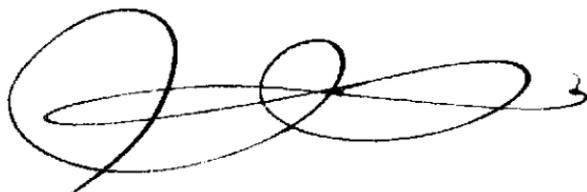
cornudos esta tiranía á que no saben resistir sus consortes!

II.

La moda es como la tela de Penélope; tejer y destejer: cada día cambia de rumbo, y hay que seguirla, so pena de quedar en ridículo y hacer mal papel en la sociedad. Arrastrados unos por el torbellino, sin darse cuenta otros, no pocos á remolque, los más por el *qué dirán*, todos siguen á la caprichosa moda, y con frecuencia, hasta más allá de donde buenamente pueden. ¡Cuántos la siguen hasta caer en el abismo!

El médico que curara á aquellos bárbaros de la enfermedad de la moda, les prestaría mejor servicio que los galenos con sus drogas cuando están enfermos. Mas parece-me que el mal no tiene remedio, porque según veo en la historia de estos pueblos, siempre se vieron aquejados de esta funestísima manía, que cada año aumenta en lugar de disminuir.

Creo que los chinos sensatos no pueden ménos de ver en la febril rapidez con que las modas cambian, un sintoma de la debilidad del intelecto, de la falta de sentido común y hasta del moral, resultado na-



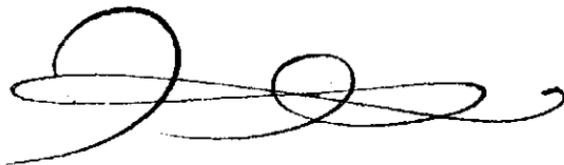
tural de la inferioridad y de la decadencia de las razas occidentales.

El más simple buen sentido aconseja en el vestir, como en todo, lo cómodo, lo sólido, lo útil, lo sencillo, y que no se cambie sino para mejorar, aumentando la sencillez, la solidez y la comodidad, combinadas con la baratura; y no el cambiar sin ton ni son, para volver á cambiar al día siguiente, sin causa ni pretexto que lo justifique, gastando lo que no tienen, y agravando lo inútil, lo superfluo, lo incómodo y extravagante de los trajes. Esto no se ocurre más que á esas pobres cholas europeas, llenas de viento, que toman las sombras por realidades.

III.

No hay en el mundo quienes hablen de libertad más que estos bárbaros de Europa, y son los esclavos de la moda, tirana que los avasalla, los domina y explota, sin que nunca se les ocurra la menor protesta contra tan injustificada y arbitraria dominación.

Confundiendo la idea del lujo con la de la moda, rinden culto á esta y condenan aquel, cuando es una de sus buenas cualidades el que no puedan prescindir de él, aunque lo condenen; que alguna habian de tener; y no



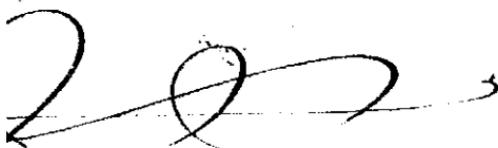
se les ocurre la conveniencia de emanciparse de la esclavitud de la moda en beneficio del lujo.

Si tuvieran criterio y supieran contar, verían que no está el mal en el lujo, es decir, en la finura, calidad y gusto de las telas y demás objetos que usan, sino en su continuo cambio y en el de las hechuras.

Una túnica de seda de la más cara, que por lo mismo debe ser de la mejor calidad, del tinte más sólido, inalterable y hermoso, dura medio siglo, y les saldría barata si la usaran durante este tiempo, en las estaciones para que es propia. Lo dispendioso está en comprar, aunque sea mala, una túnica cada estación. El despilfarro no está en la riqueza de las cosas que se usan, sino en el continuo cambio de ellas, antes que sirvan todo el tiempo que se conservan en estado de servicio.

Para nosotros, los chinos de ambos sexos, estas son cosas olvidadas de puro sabidas y siempre practicadas; pero dudo que los europeos las comprendieran, y á comprenderlas, que llegaran á ponerlas en práctica, si á algun chino se le ocurriera explicar-selas.

Lo curioso del caso es que las modas vuelven, pudiendo aplicarse á las más flamantes aquella máxima que dice: «No hay



nada nuevo bajo la capa del cielo.» ¿Qué imaginación podría inventar constantemente cosas desconocidas, sin caer en los últimos límites de la estravagancia?

Lo que por nuevo pasa en materia de modas, como en otras muchas cosas, no es más que la reproducción de lo viejo y trasnochado, que todo el mundo olvidó menos las modistas, sastres y sombrereros, que dan cuadros antiguos restaurados cual pinturas nuevas, haciendo pagar la invención á las grandes damas y caballeros, desde los que las falsas novedades de la moda descienden á todas las esferas sociales.

Esta industria es una de las principales de París, que explota la necesidad de las gentes de las otras grandes ciudades, de las que pasan á las pequeñas y hasta á las aldeas, adoptándose por do quiera así, con entusiasmo, las costosas mojigangas que salen de aquella capital, centro del *buen gusto*. Como si pudiera ser buen gusto el que consideran malo, detestable, y que hace reír de puro grotesco á los mismos que antes lo encomiaron y pusieron por las nubes. Dijeran que París en este concepto es el centro de la estravagancia, y tendrían razón.

El buen gusto, al ménos en la China, implica la utilidad y la bondad de las cosas que lo satisfacen y representan; tiene su ra-



zon de ser, y no pasa tan rápidamente ni es tan fútil como las modas en Europa.

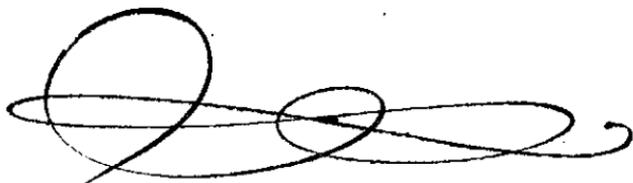
IV.

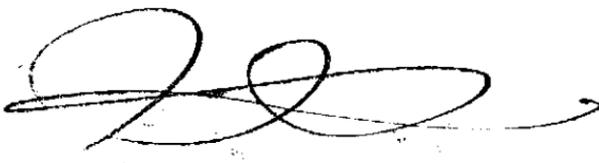
En otros tiempos cada nacion tenia su moda ó traje especial; vestían el francés á la francesa y el español á la española, conservando así cada pueblo su tradicion y gusto especial. El traje era diferente para cada clase ó categoría, de manera que por él podia conocerse á los habitantes, no sólo de cada nacion, sino de cada provincia ó pueblo, y hasta á la clase á que pertenecian. Mas todo esto va desapareciendo más que de prisa, sobre todo en las ciudades, donde la moda iguala y confunde á las naciones y á las diferentes categorías. Los criados sirven á la mesa vestidos como los señores que á ella se sientan, lo que da lugar á más de un ridículo *quid pro quo*.

No hace mucho lei en los periódicos, que el embajador de la República Norte Americana en el Brasil, recibió la afrenta de que otro diplomático, viéndolo vestido de frac negro y corbata blanca, sin ninguna condecoracion, en una fiesta dada en el palacio imperial, le pusiera en la mano el vaso del sorbete que acababa de tomar, con gran estupefaccion del yanke, que lo arrojó al suelo

indignado. ¿De dónde provino aquella extraña inconveniencia? De que hasta los criados llevan el mismo traje que los que no lo son.

Empleados reproductivamente los miles de millones que las modas cuestan cada año á los europeos, aumentarían hasta tal punto su bienestar, y con él su moralidad, que no tardarían en regenerarse física y moralmente: pero estoy seguro de que si á algun chino le ocurriera decirles de sus modas lo que de ellas os digo en estas páginas, se reirían de él y lo llamarían bárbaro, y áun salvaje; tal están ellos de obcecados y tanto son obtusos.



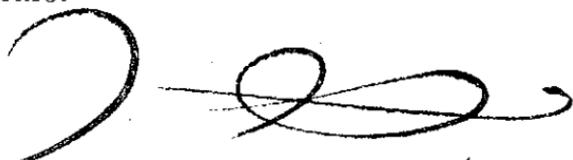


CAPÍTULO V.

Viaje á Europa y encuentro con madama Montplaisir.—
Caro cerrojazo.—Confidencias.—Donde se descubren los
pecadillos del obispo de Singapoore.—Del miedo que me
infundieron los salvadores de la sociedad.

I.

Provisto de cartas de recomendacion y de letras de cambio, vestido y equipado á la europea, me embarqué en el P. y O., magnífico vapor francés, en el que ibamos más de cien pasajeros de primera clase, gente de todos los países que se llaman civilizados. Hice allí conocimiento con una buscona francesa, no mal parecida aunque ya jamaña, jembra de mucho trapío, como diria un andaluz, que habia pasado revista á todos los cuerpos bien ó mal constituidos en Singapoore, empezando por el consular, pasando por los de la guarnicion inglesa, y acabando por los del comercio europeo y chino.

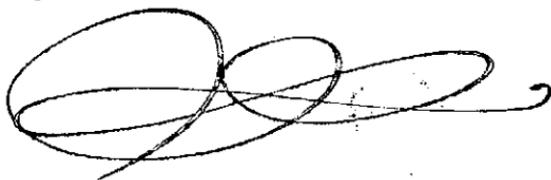


Alguien hubo de decirle mi calidad, y ella debió suponer mi bolsa bien repleta, y ver en mí un pichon más incauto y fácil de desplumar, que los gallos de duros espolones y peladas crestas que componian el resto del pasaje, y entabló conversacion conmigo á las primeras de cambio.

Era maestra consumada en gazmoñería, y yo, aunque al vuelo comprendí su intencion, no me di por entendido, la ví venir y me dejé querer; y tanto hablé con ella, que á los pocos dias chapurreaba el francés. Metíaseme por los ojos y yo no le hacia ascos, con lo que nuestras relaciones y amistad no tardaron en ser tan intimas como las circunstancias lo permitian, diciéndonos en confianza las mentiras más estupendas.

II.

Detúvose el vapor algunas horas en Punta de Gales, puerto de la isla de Ceilan, y la francesa y yo bajamos á almorzar á tierra, lo que hicimos en amor y compañía, en un gabinetito de la fonda de un desollador inglés, vulgo posadero, quien, como el primer ventero con quien topó D. Quijote en Sierra Morena, se habia recogido en aquel retiro á vivir honradamente con su hacienda y con las ajenas.



Al sentarme á la mesa, que ya estaba servida, observé que la puerta tenía por dentro un gran cerrojo, y señalándoselo á mi compañera le manifesté la extrañeza que me causaba cerrojo tan grande para habitación tan pequeña.

Sonrióse ella maliciosamente y dijo:

—Pues cuando lo han puesto tan grande sin duda será para que se repare en él y lo utilicemos echando un cerrojazo.

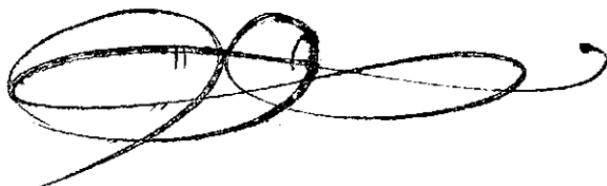
Y así diciendo cerró la puerta con desenfado.

No ménos de veinte duros me hizo pagar por el almuerzo aquel iscarote, que ganando dos pudo contentarse con cuatro. Mas la francesa, viendo mi desapacible gesto, me señaló con el dedo y sonriendo con sorna el cerrojo, y añadió:

—Has pagado una onza de oro por el cerrojazo.

—No es caro, le respondi, dándole media docena de besos á puerta abierta; y volvimos al P. y O. amigos íntimos, frescos como lechugas y más contentos que unas pascuas.

Ella estaba alegre de veras, y llevándome á popa, sobre cubierta, cuando el negro mónstruo marino que nos conducia empezó á moverse, dando agudos resoplidos y echando bocanadas de humo, hizome recos-



tar en un sillón de tijera y ella hizo lo mismo junto á mi.

III.

A la verdad, aquella hermosa bárbara sabia mucho; pero no tenia en cuenta que trataba con un chino.

Como habia bebido bien estaba expansiva; y preguntándole yo cuál fué la causa de su viaje á Singapoore, me dijo sin rodeos la verdad.

El obispo francés de aquella ciudad habia sido su amante en Paris, y antes de ser obispo fué jesuita de capa corta, y vivia con ella en el barrio latino, donde pasaba por socialista intransigente. Escribia en los periódicos más avanzados, peroraba en los clubs, hablaba mal de los más acrisolados republicanos, excitaba el pueblo á la revuelta cuando le convenia la tranquilidad, y á la calma cuando era oportuno sublevarse. En resumen, su amante era un agente provocador, un espia de los jesuitas. Pero habiéndose comprometido en un lance sucio contra las costumbres y la buena moral, lo hicieron desaparecer para que no cayera en las garras de la justicia que lo buscaba. Los periódicos ultramontanos, acusaron al partido democrático, al que ostensiblemente

te pertenecía, de la inmoralidad de sus miembros, resultado de la perversidad de sus doctrinas, y entre tanto, á la chita callando, lo mandaron de obispo á Singapoore, en recompensa de los buenos servicios que habia prestado á la causa de la religion ó de la Compañía de Jesús, que todo es uno, segun ellos dicen.

¿Quién habia de buscar ni reconocer bajo su sotana, sus largas barbas y nombre religioso, al falso demagogo parisien, convertido en obispo al otro extremo del mundo?

Pero habian contado sin la huéspedea.

El amor, aunque lo pintan ciego, hizo á su abandonada querida dar con él áun antes de que partiera.

El jerez y el espumoso champagne habian desatado la lengua de aquella trucha del Sena, y de confidencia en confidencia, acabé por saber de ella más de lo necesario para no dejarme coger en sus redes.

Madama Montplaisir, que tal era el nombre de mi nueva amiga, me contó cómo habia seguido al obispo hasta Singapoore, y fué porque, sabiendo él que ella habia descubierto por casualidad á donde marchaba, vió su secreto más comprometido dejándola que llevándosela; pero una vez allá, la moza, que debia conocerle, y creerle capaz de todo, sospechó que corria peligro de que



él tratara de deshacerse de ella mandándola al otro mundo, para sepultar en la tumba su secreto, por lo cual le dejó plantado, embarcándose de repente, sin decirle, por ahí te pudras.

—De esa gente, me decía la francesa, no hay que fiarse, ni tener escrúpulo en engañarlos siempre que se pueda, teniendo cuidado de no atravesarse ostensiblemente en su camino.

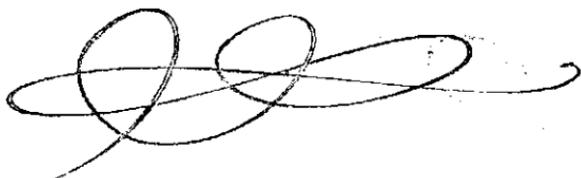
—¿Tan malos són? le pregunté haciéndome el inocente.

—¡Si son malos! Se conoce que V. viene de la China, y que no sabe bien el francés, si nó hubiera leído sus libros, en los que hacen la apología del regicidio, de lo que han dado muchas veces el ejemplo.

—¡Dado el ejemplo! exclamé.

—Dado el ejemplo, si señor; ellos han asesinado más de un rey y más de dos: calcule si se andarán en pelillos para los que no lo son. ¡Dios nos libre de tenerlos por enemigos; ya procuraré yo guardarme de sus garras!

«Pues ate V. cabos, decía yo para mí. Ellos pretenden salvar la sociedad del precipicio á que la arrastran las malas doctrinas. Si así son los salvadores, que parecen tan mansos, tan sumisos, como si en su vida hubieran roto un plato, ¿cómo serán los par-



tidarios de esas ideas disolventes? ¿Qué casta de fieras serán esos bárbaros?»

IV.

La relacion que me hizo mi compañera de viaje, de París y sus placeres, y los proyectos y planes que me expuso sobre la vida feliz que pasaríamos, no desvanecieron las siniestras impresiones que envolvian mi ánimo, preocupado á causa de los peligros que correria, y de las asechanzas que me rodearian, en los paises bárbaros que me habia propuesto visitar.

Encontrábame ella triste, y como le dijera el por qué, me respondió, tomándome las manos entre las suyas, y mirándome cariñosamente y con aire protector:

—Viniendo V. conmigo, no tema nada. ¡Yo seré su ángel tutelar; yo le defenderé contra las asechanzas de esos demonios ensotados!

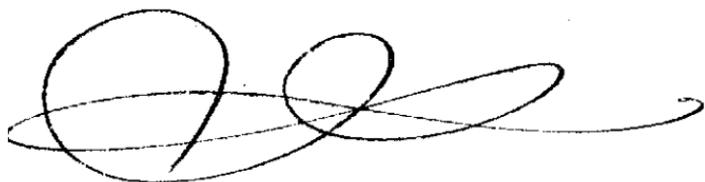
Mas, pensaba yo para mi capote, mientras esto decia:

«¿Y quién me defenderá de ti, hermoso demonio con faldas, capaz de tentar al mismo San Antonio?»

Al ménos en la personita de la hechicera madama Montplaisir, ó *Monte del placer*, que esto queria decir su apellido, traducido al



castellano, la barbárie europea se me ofrecia bajo aspecto tan halagüeño, que toda la desconfianza de que yo estaba provisto bastaba apenas para no dejarme arrastrar por tan dulcísima corriente; mas en realidad, á pesar de este encanto, no podia desechar de mi conturbado espíritu el temor de aventurarme en aquellos apartados países, de los que oia hablar peor á medida que á ellos me acercaba.



CAPITULO VI.

Mutismo inglés y locuacidad española.—Conocimientos geográficos de un gobernador general de Filipinas.—La plaga del militarismo en España.—¡Felices chinos que no conocen el militarismo!

I.

Como mi viaje tenia por objeto estudiar las costumbres de los bárbaros, traté de mezclarme con los pasajeros. De algunos ingleses que venian me fué difícil obtener más que monosílabos, cuando estaban sóbrios, porque cuando se emborrachaban, lo que hacian todas las tardes, no los entendia; pero me entrometi fácilmente con un grupo de españoles distinguidos, que volvan á su patria desde las islas Filipinas, conservadas bajo su dominio, no sé por qué ni cómo, hace ya más de trescientos cincuenta años.

Iba entre ellos un señor de edad, general, segun me dijeron, que habia sido Go-

bernador de las Islas, al cual noté que oían sus compatriotas como á un oráculo, si bien algunos volvían la cara para disimular la risa; y uno de ellos, en particular, apuntaba á hurtadillas sus palabras en un libro de memorias.

Al día siguiente de salir de Punta de Gales, mientras el buque se deslizaba sobre un mar tan tranquilo, que parecía de leche, en el que se solazaban dando saltos manadas de delfines, estando sobre cubierta, á la sombra del toldo, que cubría el castillo de popa, giró la conversacion sobre los nombres de los mares, y la ocurrencia de llamarlos blanco, rojo, negro ó amarillo, cuando todos son del mismo color, y dijo uno de los españoles, á este propósito:

—Ahora nos dirigimos al mar Rojo, y cuando lo pasé la primera vez nada de rojo vi en él; pareciome tan azul como el Mediterráneo.

—Dispense V., Sr. D. José, dijo el viejo general, el mar en que ahora vamos á entrar es el de las Antillas.

—No, general, respondió D. José, con el tono de la más respetuosa deferencia, es el golfo de Oman.

—Pues, eso es, replicó el general, con aire de suficiencia, es el mar de las Antillas ó golfo de Oman por otro nombre.



—Mil perdones, mi general, dijo D. José, inclinándose con afectada cortesía; me habia equivocado; V. siempre tiene razon. Y volviéndose á otro señor; que estaba junto á mí, le dijo en voz baja:

—A ver, ¿quieres rascarte las corvas?

—¿Para qué? replicó el otro.

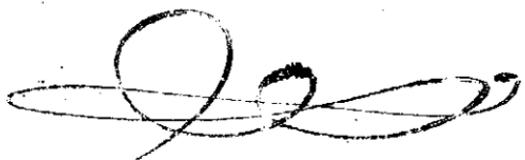
—Para ver si encuentras animalitos de aquellos, cuya muerte era signo de haber pasado la línea equinocial; segun dijo don Quijote á Sancho, bajando por el Ebro, en la famosa barca del molino.

Los dos españoles se echaron uno á otro la mano por la cintura y se apartaron riendo, dirigiéndose al lado en que yo estaba haciendo la desecha.

—Felizmente, decia D. José, de modo que pude oírle, no habia extranjeros que lo escucharan, si no quedamos tan lucidos como el otro dia, cuando dijo, que él no podia sufrir el frio, por lo cual, en llegando á España, se haria construir una casa con las cuatro fachadas al Mediodía.

—¿Y eso te extraña? respondió el otro. ¿Pues no dijo, delante de cincuenta personas, al desembarcar en Manila, que aunque supiera dar la vuelta al mundo para volver á España, no se volveria á embarcar?

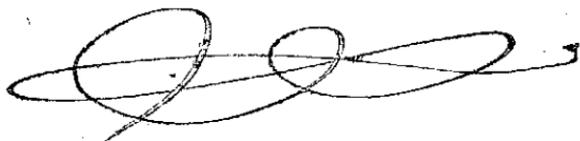
—¡Y que sea general este alcornoque! replicó D. José.



—El otro día quedamos corridos, porque dijo delante de varios extranjeros, que sabían el español, hablando de los hulanos, con motivo de la guerra franco alemana: «¡Qué gran país debe ser la Hulania!» ¿No es verdad que podría poner cátedra de Geografía? Tuvimos que echarlo á risa, haciendo creer á los extranjeros, que lo decía de broma, porque, en efecto, es tan chistoso como un burro mohino. Sancho Panza, volviendo del Gobierno de la Insula Barataria, no hablara de otra manera que este Gobernador de mil doscientas islas. Apostaría cualquier cosa á que ignora el nombre de todas ellas. ¿Vamos á preguntarle dónde está Leite, y á que nos dice que en la Mancha? Oyendo leer que salían muchos barcos en lastre decia:—«Esa debe ser buena mercancía, porque muchos la cargan.»

II.

Para saber que España estaba bárbaramente gobernada, bastóme oír esta conversacion. ¿A qué chino no parecerá el colmo de la barbárie, el poner al frente del gobierno de seis millones de súbditos, dándole 40,000 duros de sueldo, amen de otras ventajas, á un hombre que cuando más serviría para sargento?



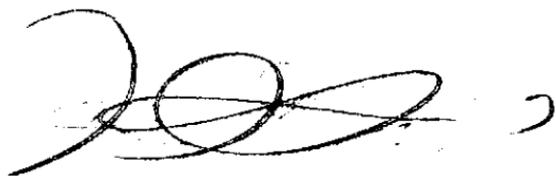
Trabando conversacion con aquellos españoles, que parecian tan avisados como nécio el general que criticaban, les pregunté; «cómo era que su gobierno entregaba á militares la administracion de provincias tan pobladas cual las Islas Filipinas y sus dependencias, á cuyo frente parecia natural hubiera un hombre docto en administracion y en las leyes de la política.

Parecieron admirarse de que un chino les hiciera tal pregunta, y el D. José me respondió con otra.

—¿V. no ha estado nunca en España?

—No, señor, le respondí.

—Ya se conoce, me replicó. En España hay una plaga social incurable, que se llama el militarismo: en ciñendo una faja encarnada á la cintura, al más animal de los animales se le considera apto para todo, y todo lo puede ser: gobernador de una colonia, de la que, cuando más, sólo conoce el nombre, juez de un Supremo Tribunal, que decide de la honra y de la vida de los ciudadanos, legislador, jefe del poder, todo, en fin, cuanto hay en la nacion de cargos de mayor responsabilidad y más elevados. La faja de general lleva en sus pliegues la ciencia infusa. Muchos que con la faja llegan á serlo todo, sin ella no serian nada. La faja coloca al feliz que la lleva por encima del comun de los



mortales, sin excluir los dotados de más virtud y ciencia.

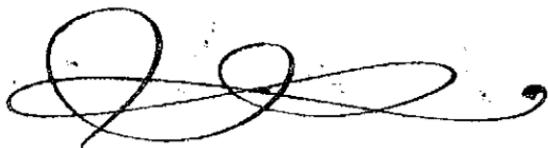
—Permitame, señor, le dije, que le haga otra pregunta. Puesto que basta ser general ó gran guerrero, que es lo mismo, para desempeñar los cargos y funciones más eminentes, cuyo desempeño requiere mayor suma de conocimientos, ¿los militares recibirán en España instrucción superior á los otros servidores del Estado?

—Pues ahí verá V., me respondió D. José. Lejos de eso, para ser general en España, no se necesita saber nada, ni siquiera leer y escribir; y algunos hubo y aún los hay acaso, que aprendieron á firmar despues de ceñir la faja. Tal hubo que lo fué porque se casó con una dama de alta alcurnia; tal otro, por ser marido de una princesa, aquel porque era duque, como muchos otros por causas ajenas á la milicia, siéndolo no pocos por servicios políticos, prestados á los partidos en que se afilian. Esto no quiere decir que no los haya que sean verdaderos militares, guerreros, que saben bien su oficio, pero son los ménos.

—¿Y hay muchos? le pregunté.

—Me parece que pasan de seiscientos, y aún de setecientos.

—¡De setecientos! ¿Y todos mandan y cobran? volvi á preguntar.



—Todos cobran, pero pocos mandan, porque una vez nombrado general, el español, sirva ó no sirva, ya no tiene que pensar en el porvenir. El Gobierno, es decir, la Nacion, le mantiene muy regaladamente, lo mismo si es amigo que enemigo del gobierno.

III.

Confuso quedé oyendo esto, sin saber que decir, porque la palabra que se me ocurría no podía decirla sin faltar á las conveniencias de buena educacion; pero allá para mis adentros, pensaba que tanta barbárie excedía á cuanto habia imaginado y á cuanto en la China se cree respecto á los bárbaros occidentales. Considerada como sintoma del estado social y del desarrollo intelectual de los españoles, revela una inferioridad, que me traía sin querer á la memoria la de los turcos, á quienes tanto desprecian, tratándolos de bárbaros incurables.

Viendo que yo callaba, el español me dijo:

—Parece que mi explicacion le ha dejado suspenso; ¿qué piensa V. de nuestro generallismo?

—Pienso, le respondí, que la faja ejerce entre los españoles el prestigio de un talisman que veneran, y ante el que se inclinan supersticiosamente; pero me parece que esa,



como todas las supersticiones, no pueden ménos de ser funesta, porque considerar a un hombre por el hábito y no por lo que realmente vale, es á mi juicio error grave, y que ha de traer pésimas consecuencias para la Nacion.

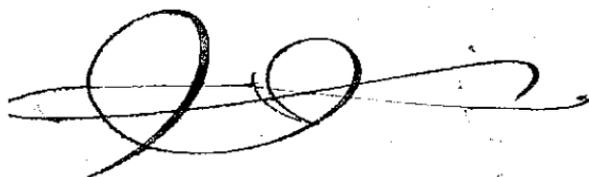
—Tiene V. mil razones, replicó D. José, y añadió: Y en la China ¿sucede lo mismo que en España? ¿hay allí tambien esta plaga del militarismo?

—No solamente no existe el militarismo en la China, repliqué, sino que no hay en nuestro idioma medio de explicar esa idea.

—¡Felices chinos! exclamó el español: ¡y nosotros que los creiamos atrasados y bárbaros!...

—En la China, añadí yo, con secreto orgullo, pues no me parecia cortés mostrarlo, cada cosa está en su puesto, y por lo tanto á cada miembro del cuerpo social, sólo se le pide el desempeño de las funciones que le son propias. La cabeza, es decir, la sabiduría, manda, y el brazo, ó sea el militar, obedece y ejecuta.

—Amigo mio, me dijo el español, cogiéndome con efusion ambas manos: ¡la China es un gran país!



CAPITULO VII.

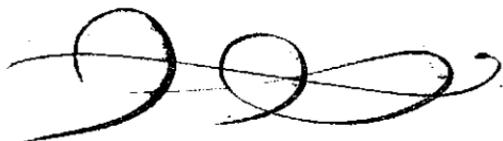
Donde hago conocimiento con el general español, admirador de la Hulanía, y continúa la instructiva conversacion sobre el militarismo y otras frioleras.

I.

Dejé el anterior capítulo cuando el español se horripilaba de la enfermedad del militarismo, que decía aquejaba á su país, y me estrechaba las manos entusiasmado, felicitándome por la dicha de mi pátria, que desconocia carcoma tan perniciosa; y cuando esto decía, llegaron al corro el general de la casa de las cuatro fachadas al Mediodía, y otros españoles, y D. José se dirigió á aquel, diciéndole:

—A buen tiempo llega V., mi general; oiga lo que de la China nos cuenta el señor, que es un chino muy instruido, y que habla como un libro.

Miróme el general sonriendo, como si pensara que el elogio inmerecido, que don José me dirigia, era cosa de burla, y dijo:



—¡Ah! la China; ya; ¿V. es chino, eh? Muy bien: en Manila hay muchos, y los conozco perfectamente. Mi cocinero era chino, y guisaba á las mil maravillas.

—De poco debia V. contentarse, le respondí, picado de su tono impertinente y despreciativo, porque cuantos chinos salen de su país para buscarse la vida en el extranjero, son gente soez é inhábil, cuyo trabajo desprecian sus compatriotas; pero volviendo á la conversacion de antes, añadí dirigiéndome á D. José, como si no supiera que el viejo era general; en mi país, los pocos militares que hay son mal considerados por la gente instruida y respetable. Ningun hombre de talento se hace guerrero, porque creeria degradarse, además de ver cerradas para él las puertas del poder: fuera de sus soldados no mandan á nadie ni en nada, ni son admitidos en ninguna sociedad distinguida y selecta.

—Ya se conoce, dijo el general, dirigiéndose á uno de los que se habian acercado al corro con él, que la China es un país atrasado y bárbaro.

—Antes pienso, señor, le respondí, que lo dicho por mí prueba lo contrario, pues los bárbaros son los que mezclan y confunden las funciones de los miembros del cuerpo social, convirtiendo el brazo en director de

los movimientos, que sólo la inteligencia debe dirigir y ordenar, como antes tuve el honor de decir á estos caballeros.

—Es verdad, dijo D. José; y volviéndose al general, agregó con intencion más que marcada:

—¿Y qué dice V. á eso? Me parece que este señor chino ha puesto el dedo en la llaga.

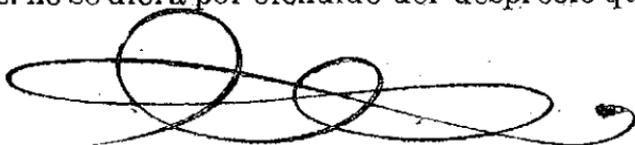
—Digo, respondió el general con énfasis, que eso podrá ser así allá en la China, que no es país civilizado, pero no en España, donde el ejército se compone de personas distinguidas, instruidas, ilustradas, y más capaces que los paisanos para gobernar la nacion.

—Como paisano protesto, mi general, dijo D. José; porque si bien es cierto que hay excepciones, como V., por ejemplo, que además de gran guerrero, es hombre de talla, por sus profundos conocimientos en toda clase de cosas, sabe muy bien que muchos no le llegan al zancajo, ni sirven para descalzarlo.

«¡Qué tales serán ellos!» pensaba yo.

II.

Hablaba D. José con faz risueña, como si no se diera por ofendido del desprecio que



su contrincante mostraba por los hombres civiles ó paisanos; pero era tan sarcástica la manera con que hablaba, que otro que no fuera el general lo tomara á burla y á rechifla. Tomólo él al pié de la letra, y dijo, aparentando modestia harto cómica, é inclinándose en muestra de que aceptaba el elogio, creyéndolo merecido:

—No digo yo, Sr. D. José, que todos los generales de España sean unos lince; por desgracia hay muchos que no lo son; pero tomando en su conjunto el Estado mayor de nuestro ejército, hay que convenir en que es dignísimo, y en que puede presentarse en cualquiera parte, mereciendo bien los altos puestos que desempeña con tanto lucimiento y brillantez...

Además, señores, en rigor, la ciencia de la guerra se resume en saber mandar el fuego y cargar valerosamente.

Tomó aliento al llegar aquí el nunca bien ponderado exgobernador general de Filipinas, y despues de breve pausa añadió con arrogancia:

—Si España tuviera hoy el poderio de otros tiempos, no le faltaria un Gonzalo de Córdoba que tomara á San Quintin, y que ganara, como aquel, en el siglo XV, batallas cual las de Pavia y de Lepanto.

—Perfectísimamente dicho, dijo D. José, inclinándose.

—Yo no consiento que delante de mí se ultraje al ejército español, añadió el general, con gesto entre mohino y provocador.

—Ni yo, replicó D. José. El señor nos explicaba la condicion de los militares en la China, y yo pregunté á V. qué le parecía. Segun el criterio chino, la cabeza de la sociedad es la sabiduría, que dirige y gobierna, y el brazo, que es la fuerza armada, obedece pasivamente. En España suele pasar lo contrario: el brazo acostumbra á mandar y á ejecutar, haciéndolo todo á un tiempo. Pero si aquel es el criterio chino, éste es el español.

—Pues cuando en España manda el brazo es porque vale más que la cabeza, dijo otro militar de los que estaban en el corro.

—Despues de todo, dije, si en España la ciencia del gobierno y la fuerza están reunidas en las personas de los militares, tanto mejor: la autoridad tendrá acaso mayor prestigio, y será más sumisamente obedida.

—¡Que si quieres! dijo D. José. Si en algunas partes los poderes carecen de prestigio, de autoridad moral, y están expuestos á caer á cada triquitraque, en ninguna tanto como en España. En pocos años hemos tenido tres



monarquías, una República y varias regencias y dictaduras.

—¿Y las espadas de tantos militares? exclamé interrumpiéndolo.

—¡Las espadas de los militares! replicó don José. Desde hace setenta años los militares españoles mandan en su patria infeliz, porque en lugar de obedecer á los poderes públicos, se sublevan contra ellos. ¿Cuántos generales hay que no se sublevaron nunca? ¿Cuántos, que sólo ciñen la faja por haberse sublevado? Pero lo más risible del caso, si es que las calamidades públicas pueden inspirar risa, está en que, una vez triunfante, la sublevacion convierte á los insubordinados militares en gobierno del país, y estos se apresuran á publicar circulares y reales órdenes, para que se apliquen con todo rigor los severos preceptos de la disciplina, y prohíben al ejército, bajo penas severas, que tenga opiniones políticas. ¿Qué fuerza moral han de tener tales órdenes y circulares, dadas por hombres como Espartero, Narvaez, O'donnell, Prim, Campos, y tantos otros generales, por las sublevaciones convertidos en mandarines? Cuando la indisciplina ha sido para tantos militares el más seguro camino de llegar al poder ¿no es hasta ridiculo el fundar en la disciplina, en la obediencia pasiva, la estabilidad de los gobiernos?



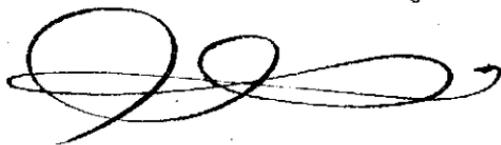
III.

—Dejóme estupefacto D. José, y dije: ¿Con que los guerreros pagados para sostener el orden, son los que lo perturban? ¿Pero qué solidez, qué prestigio pueden tener gobiernos que están á la merced de la deslealtad de sus servidores, y cuando tienen aquellos su origen en la traicion y la violencia? ¡Señores! con franqueza; reconozcan y confiesen paladinamente, que lo que me dicen es la más categórica demostracion del estado de barbárie en que se halla sumida la nacion española.

—Tiene V. razon que le sobra, señor chino, dijo D. José.

—Sin embargo, replicó uno de los españoles, no todos los militares se han sublevado, y los hay que son modelo de disciplina...

—Pues sepa V., dijo D. José, que esos son, á mi juicio, peores que los otros, pues si no se sublevaron, no dejaron por eso de acatar y de servir á los sublevados, si vencieron, ni de recibir de estos los ascensos y gracias con que procuraron atraérselos. Esos militares pertenecen al género cuco. Al ménos, los que faltan á sus deberes de soldado sublevándose, tienen el valor de sus convic-



ciones y se juegan por ellas la cabeza; ó el de sus intereses, si por su desgracia sólo sirven á estos.

—De modo, Sr. D. José, le respondí, que las cosas andan en España de tal manera, que en ciertos casos hay más honradez en el militar que se subleva, sacrificando el gobierno á quien sirve, en aras de sus convicciones, que en los que se sujetan extrictamente á las severas prescripciones de la ordenanza.

—¡Ya lo creo! exclamó D. José. El derecho de insurreccion está legalizado y hasta santificado en nuestro país.

—Pues confieso, señores, que ahora lo entiendo ménos.

IV.

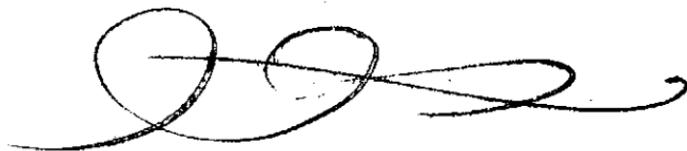
El general, que hasta entonces habia estado cabizbajo, como si le fueran aplicables algunas de las duras apreciaciones de su compatriota, alzó la cabeza y dijo:

—¡Qué cosas dice este D. José!

—¡Si! ¿eh? Pues si V. piensa que cuando yo suelto la sin hueso, lo hago sin ton ni son, escuche V. esta historia. La nacionalidad española existe hoy, gracias á una insurreccion, en la que fueron cruelmente sacrificados muchos generales constituidos en



autoridad. Cuando en 1808, el imbécil Carlos IV y el malvado Fernando VII, entregaron la Nación al Emperador de los franceses, el pueblo de Madrid se sublevó. La guarnición española se componía de 6.000 hombres, y sólo algunos de ellos, entre los que descollaron dos oficiales de artillería, Daoiz y Velarde, faltaron á las prescripciones de la ordenanza, desobedecieron las órdenes de sus jefes, se unieron al pueblo y murieron heroicamente defendiendo sus cañones. Apenas reunidas las Cortes en Cádiz, decretaron por unanimidad, que los nombres de aquellos dos militares, que entre el cumplimiento de sus deberes de soldado y el de los de ciudadano, habían preferido abandonar aquellos para cumplir estos, se grabaran en letras de oro en el salón de sesiones, para que sirvieran de ejemplo y de modelo al ejército español. Las Cortes, desde aquel acto solemne, han seguido grabando en los muros del templo de las leyes los nombres de los militares sublevados contra los gobiernos tiránicos, y por estos sacrificados. En cambio, los de los generales que, esclavos de la disciplina, han muerto defendiendo á los poderes constituidos, ó que sublevados contra gobiernos liberales, han sucumbido en la demanda ó perecido en el patíbulo, no figuran entre la pléyade de

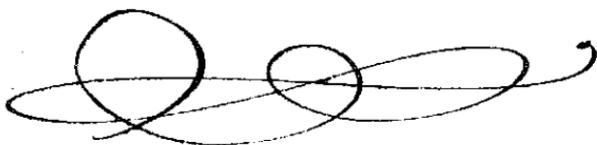


mártires ilustres de la pátria, cuyos nombres vereis grabados en el salon de sesiones del Congreso, cuando vayais á Madrid. ¿Cabe mayor desprestigio para la disciplina militar, ni más solemne consagracion del sentimiento de amor á la pátria y á la libertad? La opinion pública ignora, y si los conoce detesta, los nombres de los militares que entre la ordenanza y la pátria y la libertad, no supieron despreciar aquella, para salvar estas, mientras glorifica á los que por estas se sacrificaron.

Tales hechos prueban que cuantos esfuerzos se hagan para mantener el ejército apartado de la politica, serán vanos, porque á pesar de las ordenanzas militares, que pretenden convertir en autómatas á los ciudadanos que la pátria arma para su defensa, estos no pueden dejar de serlo, de tener sentimientos y convicciones, de interesarse en la cosa pública, y, ¡desgraciada España, si así no fuera!

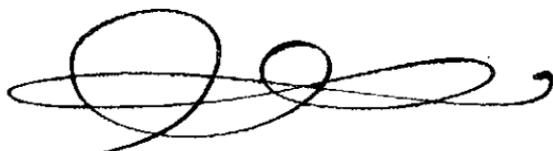
—Permitame V., señor, le diga, que el enaltecimiento del militarismo, que acabo de oirle, y la critica que de él hacia antes, me parecen contradictorios, incompatibles.

—Pues en el fondo no lo son, porque el militarismo, que sobre nosotros pesa, no es una causa, sino un efecto de otras generales, del estado de confusion de principios y



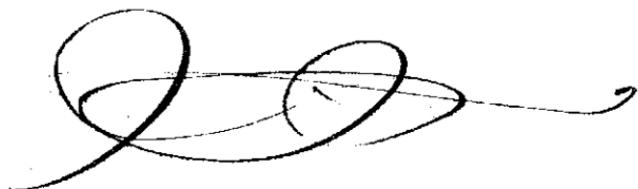
de ideas, que la nacion viene hace tiempo atravesando. El militarismo es una plaga, gangrena que roe las entrañas del cuerpo social, impidiéndole salir de un largo periodo constituyente; pero la causa del predominio de esa plaga, no está en la consagracion pública del derecho de insurreccion, y en el menosprecio de la obediencia pasiva, sino en la lucha de ideas y de intereses que agita á la sociedad española, que abandonó su antigua base autoritaria, y no ha sabido ó podido constituirse aún sobre la del derecho moderno ó humano. La ordenanza militar es uno de los restos del antiguo despotismo, de los tiempos en que los reyes eran señores de vidas y haciendas. Su conservacion es un anacronismo en esta época de derechos individuales, de libre exámen y de soberanía nacional.

—De todo esto resulta, dije yo, que en España no hay uno, sino varios criterios, opuestos entre sí, lo mismo en la legislacion que en las costumbres, y de aquí no pueden ménos de resultar las luchas intestinas y la inestabilidad de los gobiernos, produciéndose el extraño fenómeno de que manden los militares, cuya mision debe ser obedecer, y de que teniendo estos más de políticos que de soldados, se encumbren por lo que de soldado tienen, á pesar de su ignorancia en el



arte de gobernar. Entre este criterio y el chino hay un abismo.

Como el general me interrumpió al llegar aquí, no para defender á los españoles, sino para atacar á los chinos, concederemos á su interrupcion y á mis réplicas, los honores de un nuevo capítulo.



CAPÍTULO VIII.

concepto chino de la barbarie y demostracion de lo que el militarismo cuesta á los bárbaros de Europa.

I.

—¡Bravo! exclamó el general; ya se conoce que es chino aquel criterio. ¿Qué saben en la China del arte de gobernar? Aquel es un país atrasado, paralitico; y no digo más por respeto al señor, que, aunque chino, parece persona fina é ilustrada.

—No tenga V. inconveniente en decir todo lo que piensa, dije riéndome. En la China, ustedes lo saben muy bien, se llaman bárbaras á las naciones europeas, hasta en los documentos oficiales; de manera que estamos pagados.

—¿Y cree V. que realmente los chinos tienen razon? me preguntó D. José; y como viese que yo callaba, añadió:

—Diga V. todo lo que piensa, en la seguridad de que no nos ofenderemos si nos es



desfavorable su juicio, porque dirigiéndose á todas las naciones, esa calificación de bárbarie es tan impersonal que no puede agraviarnos.

—Pueden las naciones occidentales, le respondi, ser bárbaras, y no serlo muchos de sus habitantes, y ser la China el país más culto y civilizado del mundo, y contarse en ella muchos millones de bárbaros.

—Perfectamente, dijo D. José; pero veamos, en realidad ¿tiene V. fundadas razones para creerlo así?

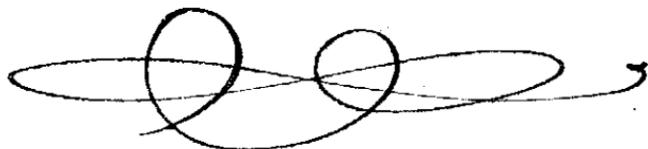
—No hay chino que no lo crea, y los que viajan fuera de su país, vuelven con esta creencia más arraigada.

—¡Parece imposible! exclamó D. José, paseando atónitas miradas por el grupo, que ya se componia de una docena de pasajeros. ¿Es posible, añadía, que los chinos estén convencidos de nuestra bárbarie y de la superioridad de su cultura?

—Entre chinos y europeos hay la diferencia que entre este magnífico vapor y un juncos con velas de estera, de los que navegan por los rios del Celeste Imperio. ¡Qué saben de civilizacion y cultura esos fumadores de opio!

Dijo esto un inglés, que por vez primera terciaba en la conversacion.

—Sin duda, le repliqué, la civilizacion y

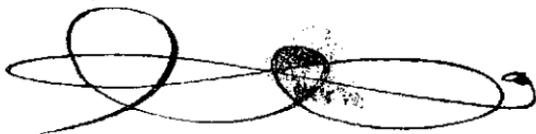


la cultura son patrimonio de los ingleses, y se conoce en que venden el opio embriagador á la plebe china, haciendo la guerra al gobierno, cuando éste prohíbe con severas penas el uso de tal veneno. ¿Quién es el bárbaro, señores? ¿El gobierno chino, que prohíbe la importacion en su país de un brevaje envenenador y mortífero, ó el inglés, que le obliga á cañonazos á que le dejen, para satisfacer su avaricia, emponzoñar con él á los chinos?

El inglés se calló: los españoles no quieren bien á los ingleses, y aprobaron lo que yo decia, con movimientos de cabeza y sonrisas significativas; y D. José, sacudiendo y haciendo sonar dos dedos de la mano derecha, exclamó riéndose:

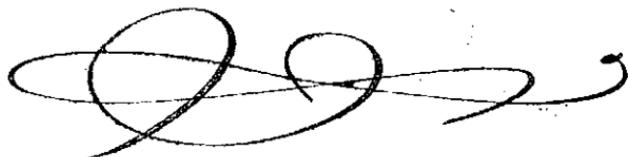
—¡Chúpate esa y vuelve por otra, inglés! Y agregó, dirigiendo una mirada en busca de asentimiento: ¡Y nosotros que estamos convencidos de que somos los civilizados y los chinos los bárbaros! Acaso no nos entendemos sobre el significado de la palabra barbárie. ¿Qué entienden los chinos por barbárie? añadió dirigiéndose á mí.

—Todo lo que lleva consigo crueldad, arbitrariedad, ferocidad, embrutecimiento, fanatismo, y en fin, cuanto es inhumano; y supongo que para ustedes significará lo mismo; respondi yo.



—Así es, replicó D. José; y todos los del corro dieron muestras de aprobacion.

—Ahora bien, añadió; uno de los síntomas de todo eso que constituye la barbárie es el militarismo. ¿Y qué es el militarismo? En cuanto á organizacion es la fuerza bruta incompatible con el derecho humano. Las leyes excepcionales á que los militares están sujetos, son negacion de las que se aplican á los hombres civiles. En aquellas se suprime la voluntad del hombre, obligándole á hacer cual actos meritorios y dignos de recompensa, lo que las leyes comunes condenan como crímenes. La guerra es la manifestacion más gráfica de la barbárie. El militarismo es el brazo de la guerra, y su predominio revela el estado bárbaro de los países, porque es la negacion de los principios de humanidad. ¿Quereis saber cuál es el país más bárbaro? Pues no dudeis que será aquel cuyo gobierno necesite para hacerse obedecer mayor número de hombres armados. Para que sean obedientes á leyes y autoridades los 290 millones de habitantes que hay en Europa, los gobiernos necesitan, en tiempo de paz, cinco millones de soldados, sustraídos á las leyes comunes y sometidos á las bárbaras de la guerra. ¿Y saben ustedes cuánto cuestan estas fuerzas militares de mar y tierra á los 290 millones de europeos?



¡7.300.000.000 de pesetas cada año! Multiplicad esta enorme suma por diez años y llegará á 73.000.000.000. Pues agregad ahora que si los cinco millones de hombres armados cuestan suma tan espantosa, dejan de producir otra igual en campos y talleres, y vereis que sólo en diez años el bárbaro estado de vuestra sociedad, engendrador de ese militarismo, cuesta entre gastado de más y producido de ménos, cerca de 150.000.000.000 de pesetas. Esto no puede ménos de desarrollar la miseria y con ella la barbárie, que conserva el predominio de la fuerza bruta, girando así en un círculo vicioso, del que no se puede salir sin el desarrollo y dominio de grandes cualidades morales é intelectuales en la generalidad de los hombres. Y sin embargo, el cuadro que acabo de ofrecer á ustedes, y cuya exactitud no me podrán negar, está presentado por su faz ménos desfavorable, por la de la paz armada, que no es otra cosa que una provocacion permanente para la lucha. Imaginaos que entre las naciones de Europa estalle una guerra general, y habrá que doblar las inmensas cifras que acabo de exponer, además de la ruina, de los estragos, de los incendios y de la sangre vertida, cuya magnitud seria incalculable. Y no digais que la paz armada es una garantía contra la guerra, porque á las es-

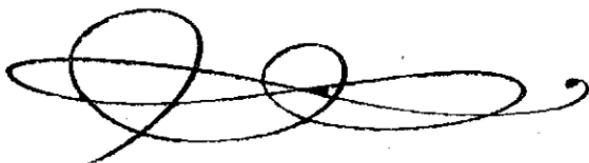


padas no les agrada permanecer ociosas en la vaina; á los cañones les falta algo cuando no vomitan estragos y ruina, cuando no vierten sangre. Los estados mayores de todos los ejércitos se aburren en la paz; de la guerra esperan ascensos, fortuna y poder, y es natural que aspiren á provocarla: ella es su elemento, su oficio, y ya puede suponerse que estarán dispuestos á ejercerlo y á glorificarlo. ¡Cuán distintamente pasan las cosas en la China!

Iba á continuar, cuando sonó la estridente campana, que llamaba á los pasajeros á comer, y D. José, que me habia escuchado sin pestañear, exclamó:

—¡Qué lástima! ahora que empezaba lo mejor, tenemos que suspender la conversacion, dejándonos á las puertas de la China.

—No se aflija, le dije, Sr. D. José, que despues de comer, yo las abriré de par en par, y podrán penetrar en el Celeste Imperio, y recrearse en él á todo su sabor, hasta quedar convencidos de la superioridad de su civilizacion.



CAPITULO IX.

Donde concluye la conversacion con los viajeros españoles, sobre el militarismo y la teocracia de su país, y se dan explicaciones sobre la superioridad de los chinos en estos conceptos.

I.

Reunidos despues de comer, sobre el puente, y recostados en las sillas de tijera, formamos corro para continuar la interrumpida conversacion, y D. José, dirigiéndose á mí, dijo en el tono afable que le era natural:

—España espera conocer el Celeste Imperio, y usted, que es su dignísimo hijo, ofreció abrirle la puerta. La campana del comedor cortó su honrada palabra cuando nos decia: «En la China las cosas pasan de otra manera.» Veamos, pues, cómo pasan.

—Ustedes saben, señores, dije yo, que el Imperio Chino tiene una poblacion de cua-



trocientos cuarenta millones de habitantes que, y sea dicho entre paréntesis, son la tercera parte del género humano; pero acaso ignoran que su ejército no llega á 400.000 soldados, mientras España sostiene 160.000 hombres armados, para una población de ménos de 17.000.000 de súbditos. La diferencia del estado social entre la China y España, á este respecto, está en la que media entre un soldado para cada 1.100 habitantes en el Celeste Imperio, y uno para cada 104 en España. Ahora no tienen más que aplicar esta regla á los pueblos de Europa, y ella les dará la medida de su barbárie relativa, en la que España no sale por cierto la peor librada, con relacion al número de sus pobladores.

Sin duda, causas exteriores é interiores, geográficas unas, políticas otras, disminuyen la exactitud de la regla; mas, aparte de las accidentales, creo puede aplicarse á las naciones europeas entre ellas, como entre la China y Europa.

—Vuestro razonamiento parece lógico á primera vista, dijo D. José, pero ¿no podría también suceder que los gobiernos necesitaran soldados para hacerse obedecer, no en razon del grado de barbárie del pueblo en que mandan, sino por la suya propia, impuesta por la fuerza bruta?

—¿No veis, le repliqué, que donde tal suceda la barbárie es más manifiesta? Si se juzga á las naciones por sus gobiernos, lo que es proverbial en Europa, donde se dice que cada pueblo tiene el gobierno que se merece, gobierno bárbaro que se impone por la fuerza armada, exenta del derecho comun, implica pueblo bárbaro tambien, pues sólo siendo bárbaros los más se someterian á la brutalidad de los ménos. Quedamos, señores, en que la cultura y la civilizacion se desarrollan en razon inversa del militarismo; y éste en razon directa de la barbárie de los pueblos, ó de los gobiernos, ó de ambos á la vez. Y admitido este hecho, como la China es, de todas las naciones, la que sostiene menor número de soldados proporcionalmente á sus habitantes, será entre todas la más civilizada ó la ménos bárbara, ó como á ustedes les parezca mejor.

—¿Qué dice V. á esto, general? dijo don José; ¿no le parece que tendremos que irnos montando á lo chino, allá por nuestras tierras?

—Lucidos quedaríamos, respondió el general; España no tardaria en convertirse en zahurda, y acabaríamos por comernos unos á otros, si no tuviéramos un ejército, dispuesto siempre á andar á tiros con los malévolos y perturbadores.



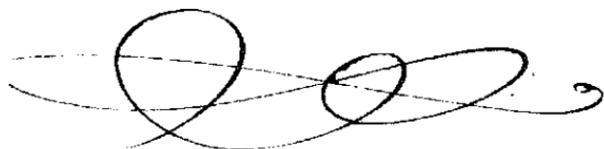
—Cuidado, replicó D. José, que eso es reconocer que los chinos tienen razón al llamarnos bárbaros, puesto que, no teniendo apenas soldados, se respetan unos á otros y á sus gobiernos, y no se devoran entre ellos. Y á mí, á pesar de las razones del señor, se me hace cuesta arriba el darme por vencido.

—Yo no entiendo de esas teologías, ni palinodias, replicó el general; lo que sí sé es que en España es una necesidad el militarismo...

—¿De los españoles ó de sus gobiernos? Entendámonos, dijo D. José interrumpiéndole.

—De los pueblos y de los gobiernos. Y si no, vea V. al mismo grandilocuente orador de la democracia, á Emilio Castelar, pidiendo desde la tribuna muchos soldados, muchos carabineros, mucha guardia civil y muchos cañones, porque reconoce que hacen falta, y que aún no tenemos bastantes. Desde que ese gran hombre ha dicho esa gran verdad, me he reconciliado con él, y le admiro como á primer orador y demócrata del mundo.

—Pues buena pró les hagan á V. y á Castelar sus soldados, carabineros, guardia civil, artilleros y cañones, que yo me vuelvo partidario de los chinos. En Rusia abundan todas esas cosas que encantan á V. y á Castelar, y que creen tan civilizadoras, y



vea V. como andan por allá pueblo y gobierno.

—El que ese gran orador, de quienes ustedes hablan, dije entonces, considere que su país necesita tanto militarismo, me parece prueba irrecusable de que piensa de los españoles como pensamos los chinos; y yo me felicito de poder anunciar á mis compatriotas, que un sabio español juzga á su propio país lo mismo que ellos, siquiera lo sienta por los españoles.

—¿Pobres bárbaros, eh? ¡Nos tiene V. lástima! Francamente, voy creyendo que le sobra razon, pero no puedo negar que me escuece el que la tenga. Mas háganos el favor de decirnos algo sobre la organizacion militar de su país.

—El ejército se divide en la China en 24 banderas ó divisiones, y están administradas por un directorio de generales. Compónense de 100.000 hombres. Hay además el cuerpo de la guardia imperial y las milicias provinciales, organizadas en las diez y ocho provincias del Imperio, cuya fuerza nominal es de 651.000 hombres, que, unidos al ejército de línea y á la guardia imperial, forman un total de 800.000; y en tiempo de paz llega apenas á la mitad. Los comandantes de las divisiones están subordinados á los gobernadores civiles, ménos en la pro-



vincia de Szétchovan, en la que el general de las tropas es el jefe superior. Hé aquí todo lo que puedo decir sobre la organización de nuestro ejército.

—Así es, dijo D. José, que teniendo en cuenta nuestras reservas, milicias provinciales, guardia civil y carabineros, el ejército chino es poco más numeroso que el español. Pero me parece que ha dicho que el Imperio está dividido en diez y ocho provincias; de modo que cada una de ellas debe ser más grande y estar más poblada que una nación de Europa.

—En efecto, le respondí, el territorio chino y sus dependencias mide 11.756.780 kilómetros, y cuenta 37 habitantes por kilómetro cuadrado.

—¡Cáspita! exclamó D. José interrumpiéndome; al lado de ese gigante, España es un pigmeo con sus 507.715 kilómetros y sus 33 habitantes por cada uno de estos. Por lo tanto la China es 22 veces próximamente más grande que España en territorio y 26 en población. Sin embargo, España gasta en sus clases militares, activas y pasivas, comprendiendo carabineros y guardia civil, más de 190 millones de pesetas. ¿Podría V. decirme cuánto gasta la China en su ejército?

—Con decirle que los gastos totales del

Imperio se elevan á 629 millones de pesetas, mientras los de España ascienden á muy cerca de 800, puede V. calcular. Así, pues, á cada chino le cuesta, por término medio, el gobierno del Imperio, una peseta y 43 céntimos, elevándose el término medio para cada español á 44 pesetas 12 céntimos, ó sean unas cinco pesetas por familia en la China y más de 200 en España.

—¡Pues ahí es nada la diferencia! Está visto, señor, que los chinos saben más que nosotros donde les aprieta el zapato. Empezando porque la China, según dice, está dividida en diez y ocho provincias, á pesar de la extensión de su territorio, y de contar cientos de millones de habitantes, mientras nuestro rincón de España lo tenemos fraccionado en cuarenta y nueve, con otras tantas administraciones costosísimas, engorrosas y hasta perjudiciales, militares, civiles y religiosas, que nos comen por los pies á fuerza de administrarnos...

—Advierta V., Sr. D. José, le dije interrumpiéndole, que en la China, país verdaderamente civilizado, no hay administraciones religiosas, porque no tuvo jamás religión ó culto del Estado.

—¿Qué me cuenta V.? exclamó mi interlocutor. ¿En la China no hay religión del Estado?



—Hay religiones, porque cada cual profesa la que se le antoja, sin que el gobierno intervenga en ellas más que cuando ocurren cuestiones de orden público, porque los cultos tienen carácter privado.

—Pues sepa V. que en España, dijo D. José, amen de todo lo que gastan en la religion los fieles y los que no lo son, suma enorme, cuyo cálculo se haría difícilmente, el gobierno da al clero católico cada año 50 millones de pesetas.

—No sé lo que los particulares gastan en mi país en las religiones, dije entonces; pero lo que sí puedo asegurarle es, que en la China, la mayoría de las clases acomodadas é instruidas no practica religion alguna, antes bien las mira todas con desprecio, contentándose con seguir las máximas morales del gran filósofo Confucio. La plebe ignorante y grosera es allí la creyente en las religiones reveladas, y sus sacerdotes viven casi todos pobrementemente, y no son admitidos en ninguna sociedad respetable, y mucho ménos en la Côte, en la que, por lo tanto, no ejercen la menor influencia.

—Así, pues, replicó D. José, en la China no hay militarismo ni teocracia, y las ideas é intereses de sacerdotes y militares no influyen en la política. Lo repito; á V. le sobra razon; los chinos son los hombres más in-



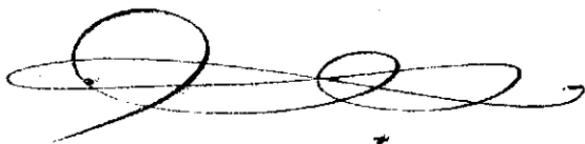
teligentes y civilizados del mundo, deben estar mejor gobernados que nosotros, y hacen bien en despreciarnos y llamarnos bárbaros y retebárbaros.

—A confesion de parte...

—¡Pues no lo he de confesar! añadió don José. ¿Cabe mayor barbárie que obligar á los que no profesan una religion, á sostener su culto y clero? La ley española me autoriza para profesar la religion que mejor me parezca, sin más restriccion que la de no ser contraria á la moral cristiana; pero además de sostener el culto y el clero de mi religion, he de contribuir al pago de los de otra, en la que no creo. Esta anomalía, repugnante á la conciencia y hasta al sentido comun, no tiene explicacion razonable. ¿No seria lógico que cada ciudadano pagara su sacerdote cuando le necesitara, como paga al médico ó al abogado?

—Pues olvida V. lo mejor, Sr. D. José, dijo otro español. Injusto es, sin duda, que sostengan una religion los que no creen en ella: pero lo es más que los creyentes paguen dos veces el culto y el clero. Este recibe del gobierno su estipendio, lo que no impide que el clero se haga pagar por los creyentes, cada vez que le piden ejerza las funciones de su cargo.

—Nada, nada, replicó D. José; está visto;



merecemos muy bien el dictado de bárbaros que nos dan los chinos.

—¡Pobre clero, si no lo mantuviera el Estado! dijo con lamentable tono otro español.

—¡Pobre España! digo yo, replicó D. José; porque el día en que se le acabaran al clero las ollas podridas del presupuesto, se procuraría las de Egipto á trabucazos, segun acostumbra á hacerlo cada vez que los poderes civiles, reivindicando sus derechos, recobran algunos de los bienes que aquel se habia apropiado. ¿Fueron otra cosa todas las guerras civiles, en que las gentes de sotana y cogulla, ensangrentaron á España, durante el siglo actual, desde el cura Merino y el Trapense, hasta el obispo Caixal, el canónigo Tristany, los curas de Alcabon y Santa Cruz, de Flix y tantos otros? La última guerra civil terminó, porque esa gente, que así empuña el Cristo como el trabuco, transigió con la restauracion política, que les ofreció, y lo ha cumplido, darles los cincuenta millones de pesetas anuales que en gran parte dejaron de cobrar, desde la revolucion de Setiembre de 1868, y carta blanca para cubrir de nuevo á España de conventos y madrigueras de jesuitas, pasando, en cambio de que le llenaran la bartola, por la definitiva suprecion de la unidad católica. ¡Ah! seguro estoy de que aún andarian con sus le-



giones de fanáticos, por esas montañas, gritando: ¡Viva Cárlos VII y la Religión! si el gobierno de la restauracion, concediéndoles la unidad católica, les negara los cincuenta millones de pesetas que cobran del presupuesto del Estado.

—Si, como no dudo, es cierto lo que V. refiere, dije á D. José, hay que convenir en que, como el militarismo, el clericalismo es en España la negacion de lo que representa, puesto que este como aquel, en lugar de contribuir al sostenimiento de la paz pública, á la obediencia de los súbditos á los poderes constituidos, se subleva contra ellos, derramando sangre y exterminio, cuando cree que no satisfacen su avaricia.

—Ni más ni ménos, señor chino, replicó D. José: y en España no habrá, ni paz asegurada, ni órden verdadero, ni trabajo abundante, ni prosperidad, ni moralidad, ni gobierno digno de este nombre, hasta que los uniformes y las sotanas queden reducidos á las condiciones que tienen en la China, segun V. nos dice. Pero desgraciadamente, esas dos plagas sociales, que se llaman clericalismo y militarismo, que, como V. dice perfectamente, son testimonio vivo de nuestra barbárie, no entrarán en sus naturales cauces, sin que hagan antes pasar á nuestro desdichado pais por crisis

terribles, por luchas sangrientas y desoladoras, de las que la paz actual no es más que efímera tregua.

Los españoles del corro debían ser liberales, porque aprobaron lo dicho por don José.



CAPÍTULO IX.

De cómo preferí á los españoles, empezando por visitar antes á España que á Francia.—La taza de plata, vulgo Cádiz.—Aspecto de la ciudad desde el mar, y explicacion de sus edificios que me hizo D. José.

I.

En estas y otras pláticas, no ménos alegres y divertidas, que instructivas para mí, pasamos solazados el viaje, que fué felicísimo, y aficionéme tanto á los españoles, bárbaros los más francos y tratables que venian á bordo, que llegué á sentir el tener que separarme de ellos. De los otros, ingleses, alemanes y holandeses no hay que hablar. Embozados en su orgullo, muy tiesos, y haciendo ménos caso de los demás que si no existieran, apenas se dignaban responder con monosílabos, si algo se les preguntaba. Hasta parecia como que nos hacian un favor respondiendo. Y como en Puerto-Said varios españoles tomaran pasaje en un vapor que



iba á Cádiz, instado por el vivaracho y amable D. José, que era nativo de aquella ciudad, me decidí á partir con ellos.

II.

La trucha del Sena mostró mucho sentimiento al verme resuelto á seguir á los españoles á su celebrado país: mas la consolé convenciéndola de mi firme propósito de ir pronto á Paris, para poner juntos en práctica el método de vida, que consiste en no tenerlo, y que ella me habia hecho entrever, como el non plus ultra de la felicidad, en la más civilizada de las civilizadas ciudades del mundo. Dióme ella las señas de donde debia buscarla y escribirle, anunciándole mi viaje á Paris, y nos separamos con promesa de volvernos á ver muy pronto.

Hicimos escala en Malta, y en ocho dias cruzamos el Mediterráneo y desembocamos en el Océano, por el famoso estrecho de Gibraltar.

III.

Encantóme el aspecto que ofrecia Cádiz, mirado desde el mar. Figuráos una ciudad blanca como la nieve, y coronada de torres,



rodeada de muros. que parecen floridos pensiles, tal están ellos cubiertos de alamedas y jardines, alzándose en medio de las olas y unida á la tierra por un estrecho arrecife de dos leguas de largo. La verdad, chinos, en toda la vasta extension del Celeste Imperio, no hay nada comparable á Cádiz. ¡Qué lástima, pensaba yo, recostado sobre la mura del vapor, que no sea de los chinos esta maravilla! ¡En verdad, los bárbaros españoles no la merecen!

—¿Está V. admirando nuestra taza de plata? me preguntó D. José, poniéndose á mi lado, y señalando con la mano la magnífica ciudad.

—Estoy embelesado, le respondí, y bien merece el nombre que V. le da, al ménos por fuera.

—Mejor le parecerá por dentro, me respondió, lleno de patriótica satisfaccion el gaditano.

—Vea V., me decia, aquel es el convento de capuchinos; este, que parece un gran palacio, es el hospicio; este es el campo de los cañones; aquel otro edificio es el parque militar; estos son cuarteles, aquellos tambien; aquella casa almenada es la del general gobernador; esta iglesia de las dos torres es la del Cármen. ¿Ve V. aquella soberbia cúpula, que brilla al sol cual si fuera de oro,



flanqueada por dos robustas torres, que parecen centinelas que la guardan? Pues es la Catedral.

—¿Y las fábricas y manufacturas, y los grandes establecimientos industriales, le pregunté, dónde están? Pues hasta ahora no veo descollar aquí más que el militarismo y la teocracia.

Suspenso y mirándome fijamente quedó D. José, sin saber qué responder, hasta que al fin, contrariado, me dijo:

—En Cádiz no hay industria; si la hubiera no sería taza de plata, sino de oro.

—Tampoco hay agricultura por falta de espacio, pues si V. me mostró un campo fué el de los cañones. Sin industria ni agricultura no hay comercio. Dígame, pues, por favor, ¿de qué viven en Cádiz? Porque el militarismo y el clericalismo consumen en lugar de producir.

—Pues viven, me respondió vacilando, viven... en verdad, amigo mio, que no sé de qué ni cómo viven mis paisanos.

—En fin, le repliqué, despues de todo, si viven, del mal el ménos.

—Es que hay vida que se parece á la muerte, respondió entristecido, y Cádiz es una ciudad muy enferma, si no muerta. Yo la creo desahuciada... ¡Una ciudad tan privilegiadamente situada y tan bella, y fal-



tarle la vida! exclamaba conmovido aquel buen gaditano.

—¿Y cuál es la causa de su mal? le pregunté.

—Ya hablaremos de eso cuando estemos en tierra, porque la cuestion es compleja, y la respuesta será larga.

IV.

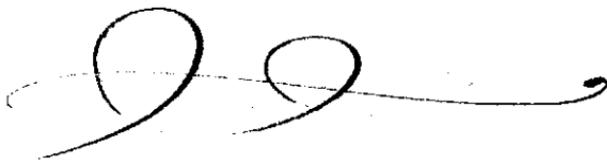
Fondeó el vapor, y una turba de fieras, que tales parecian los patilludos boteros, armaron una algarabía infernal para llevarnos á tierra, porque en Cádiz, donde tanto abundan los magníficos edificios militares y los consagrados á la religion, levantados en la época de su prosperidad, y tambien en las de su decadencia, no hubo con qué hacer una dársena con buenos muelles á que púderan atracar los buques de alto bordo. Allí suele estarse más expuesto á morir ahogado, ó por lo ménos, á calarse de agua del mar, desde el vapor al muelle que en las 3.500 leguas que hay desde la China á Cádiz. ¡Y aún se ofenderán los españoles de que les llamemos bárbaros! El comercio de Cádiz, gastó en el siglo pasado y en el primer tercio de este, cientos de millones en construir una catedral, teniendo otra, y no hizo un muelle indispensable de que care-



cia. ¡Si serian inteligentes aquellos comerciantes! En vista de esto, bien pudiera decirse que les importaba más comerciar con el cielo que con las Américas, preocupándoles ménos los negocios de esta vida que los de la otra.

Segun tuve ocasion de ver despues, Cádiz no es en España una excepcion de la regla; en todos los pueblos carecen de lo útil y hasta de lo necesario, y suelen abundar las cosas inútiles y áun perjudiciales.

Acompañado de mi amigo D. José, fui á una fonda de la plaza de San Antonio, cerca de la que vivia su familia, y se despidió hasta el dia siguiente, ofreciéndose á servirme de *cicerone* en su bella ciudad natal, y yo cené y me acosté en mullido lecho, que bien lo necesitaba.



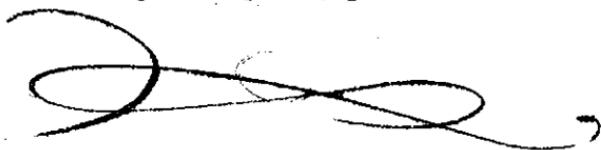
CAPÍTULO X.

Mi primer paseo por Cádiz, y conocimiento que hice con las obras de los grandes arquitectos, á quienes llaman Pronunciamentos, é ingratitud de los gaditanos para con el padre de esta ilustre familia.

I.

Madrugué al siguiente dia, ó hiciéronme madrugar las campanas de la iglesia de San Antonio, que tenia enfrente, y me asomé al balcon. Mucho me agradó la cuadrada y desierta plaza, pero no la iglesia, que carece de majestad, á pesar de sus dos pretenciosas torres, pues parece una caja de carton pintado.

Estabá fresca la mañana y el cielo radiante, y me decidí á dar una vuelta por la ciudad, sin esperar á D. José, aunque previniendo que no tardaría en volver. Apenas anduve doscientos pasos me encontré en otra magnífica plaza, que era la de Mina, y



no pude ménos de pensar que debia ser obra de algun gran rey.

Abrióse en esto una confiteria y entré en ella; comí algunos dulces, bebí un vaso de agua fresca, y pregunté al confitero, quién habia hecho aquella soberbia plaza, á lo que me respondió:

—El *Pronunciamiento* de 1835.

No comprendí lo que queria decir; pero él añadió:—Tambien es obra del mismo *Pronunciamiento* aquel edificio que ocupa todo un frente de la plaza. En él están establecidos la Academia de nobles artes, el museo y la biblioteca provinciales.

II.

Cavilando sobre la etimologia de la palabra *Pronunciamiento*, me devanaba los sesos sin llegar á resolver el problema; pero seguí mi paseo, recorriendo las rectas y estrechas calles, que parecian todas hermosas, por el aspecto majestuoso é igual de sus grandes casas.

¿Cómo es posible, decia para mí, que Cádiz sea tan pobre, y esté muerto, como don José decia? Estas casas con portales, columnas y escaleras de mármol, con doradas cancelas, con puertas de caoba pulimentada, con cierros de cristales tan limpios, y de



tan noble arquitectura, no pueden ménos de ser moradas de gentes ricas, satisfechas y felices.

Pensando en esto, me hallé en un extenso mercado de imponente aspecto, por su grandiosa y bella galería, sostenida por multitud de columnas, que interiormente lo rodea. Era la plaza de Abastos ó de la Libertad, y el movimiento, la animación y el ruido que armaban vendedores y compradores, ó compradoras, pues habia muchas más mujeres que hombres, me sacaron de mis meditaciones, y pronto me hallé envuelto en aquel bullicioso torbellino. Este mercado sí que lo habrá hecho algun rey, pensaba yo; y sin más, me acerqué á un señor grueso y alto, que llevaba baston con borlas, signo de autoridad, y le dije, saludándolo respetuosamente:

—Caballero; ¿tendria V. la bondad de decirme qué gran rey hizo este hermoso mercado?

Miróme el interpelado de piés á cabeza, respingando más que lo que ya lo era su chata nariz, y me dijo:

—¿V. es filipino?

—No, le respondí, soy chino.

—¿Chino? Pues cualquiera lo tomaria á V. por manileño, me replicó: ¿Y á qué viene V. por aquí?



—A ver Europa, señor: ayer he llegado, y dispéñseme si he cometido una indiscrecion haciéndole una pregunta, para satisfacer mi curiosidad.

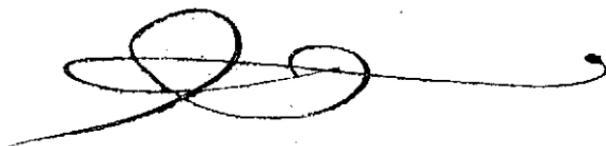
—No, señor, nada de eso; respondió con franca amabilidad: esta plaza la hizo el *pronunciamento* de 1836. ¿Las hay así en Pekin?

—No, señor, le respondí; por allá no tuvimos el gusto de ver á ese señor *Pronunciamento*, que debió ser un gran arquitecto, porque tambien me han dicho que fué obra suya la plaza de Mina.

Miróme admirado, y riendo al mismo tiempo, el gran chato del baston con borlas, y añadió:

—Pues por acá, señor chino, nos hacen falta unos cuantos pronunciamientos, que continúen haciendo obras tan útiles como estas que le admiran, aunque vengan de la China, porque desgraciadamente se nos va acabando la raza. Venga V. acá, prosiguió, pues parece que no tiene pelo de tonto. Mire V. aquella calle que hace cuesta: pues tambien la abrió otro *Pronunciamento*; y si como puede ver lo que hicieron, viera lo que deshicieron, aún le parecerian más necesarios y dignos de alabanza aquellos sábios arquitectos.

—Permitame, señor, que le diga una cosa, añadió.



—Diga V., diga, sin reparo.

—Una cosa echo de ménos en este gran Mercado, y tambien en la plaza de Mina, que fué obra de otro *Pronunciamiento*.

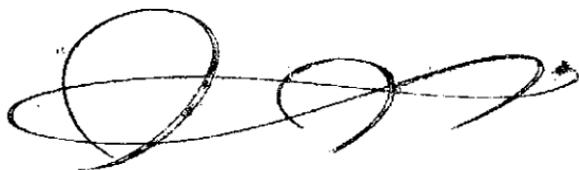
—¿Qué cosa?

—Las estátuas de los *Pronunciamientos* que las construyeron, que en agradecimiento, y para eterna memoria, deberian haber colocado en medio de ellas los gaditanos reconocidos.

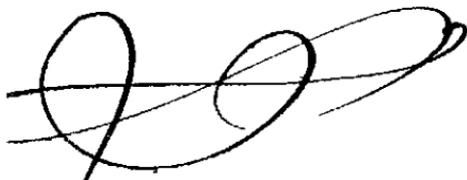
—Ahí verá V.: cosas de España. Hijo de Cádiz era el padre de esos *Pronunciamientos*, y aun no se ocurrió á los gaditanos, que tal gloria tienen, poner, no digo su estátua, pero ni siquiera su busto en un rincon. Esperemos, que todo se andará: lo que no supieron hacer los hijos, acaso lo hagan los nietos.

III.

Mas hablara, sin duda, aquel buen señor, y continuara instruyéndome sobre los *Pronunciamientos*; pero un hombre, que parecia militar, puesto que llevaba un sable, se le acercó, y quitándose el casquete, en señal de respeto, le dijo algo que no entendí, y se marcharon juntos, no sin saludarme antes cortésmente.



¿Quién será, iba yo imaginando de vuelta á la fonda, esa raza de arquitectos, tan útiles, á que llaman aquí *Pronunciamentos*? Pero consolábame, esperando que el avisado y agudo D. José, que debía conocerlos, me sacaría de dudas, y apreté el paso, seguro de que ya estaría en la fonda.



CAPÍTULO XI.

Definición que me dió mi amigo D. José de los Pronunciamientos y de las Revoluciones, y regalado almuerzo, y no ménos sabrosa plática que tuvimos en la Primera de Cádiz.

I.

Al mismo tiempo que yo, llegaba D. José á la fonda: invítete á almorzar, pero él, cogiéndome de una mano y llevándome hácia la puerta, me dijo:

—Véngase conmigo y almorzaremos en la *Primera de Cádiz*. En una tienda de montañés, vulgo taberna, se está con más libertad, y se come más á gusto.

Echamos á andar, y mientras atravesamos la plaza le pregunté:

—¿Conoció V. á los famosos arquitectos llamados *Pronunciamientos*, que hicieron en Cádiz obras tan hermosas y tantas?

Miróme fijamente D. José, y dijo:

—No comprendo lo que quiere V. decir.



¿Arquitectos los pronunciamientos? Se burló de V. el que eso le dijo, ó comprendió muy mal. Los pronunciamientos no son hombres, ni mucho ménos arquitectos, antes bien fueron destructores motines, asonadas ó revueltas, como se les quiera llamar. Conatos de revoluciones, que se quedaron en aborto, haciendo las cosas á medias, cuando hacia falta una revolucion verdadera, profunda, que pusiera lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba, á fin de sacudir tanta polilla y gusanera como nos roe las entretelas y hasta el redañó.

Decia esto mi amigo, andando deprisa y hablando más deprisa que andaba; y como habiamos llegado á la *Primera de Cádiz*, que está cerca de la plaza de San Antonio, entró en el patio, con el desenfado que pudiera hacerlo en su casa; tiró el sombrero en una silla, sentóse en otra, dió fuertes golpes sobre una mesa de mármol con un bastoncillo que llevaba; acudió un mozo en mangas de camisa y arremangado hasta los codos, y D. José le dijo:

—Juanillo; una docena de cañitas, aceitunas, bocas de la Isla y dos costillas con patatas; volando; ¿entiendes, Juanillo?... ¡Oye! dos pescadillas fritas.

Acercóse un hombre grueso, patilludo y de cara frescota, y dijo á mi amigo:

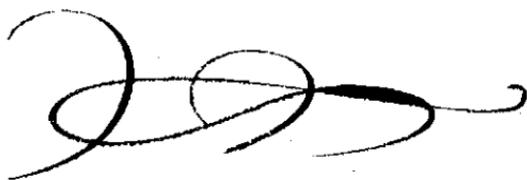
—Sea V. muy bien venido, Sr. D. José; ¿cómo le fué por los *Manilas*?

—A mi me va siempre bien por todas partes, Sr. Pedro; pero á decirle lo que siento, ya me iba muriendo de tristeza, pensando que no volveria á ver al triste Cádiz y su *Primera*, que le aseguro he pasado en los *Manilas* dos años echándolo de ménos, y sólo pensando en él he podido vivir, siquiera fuera en sueños.

Habia puesto el criado sobre la mesa una salvilla con porcion de vasitos estrechos y altos, llenos de vino blanco, y unos platitos con aceitunas, camarones y bocas de la Isla. Tomó D. José uno de aquellos vasitos, á los que llaman cañas, y poniéndolo en la mano del montañés, dióme otro, y tomando él uno con la punta de los dedos, dijo con tono alegre:

—Señores, á que vuelvan á su tierra con tanto gusto y con más pesetas que yo á la mía, y á Cádiz de mi alma, que bárbaro y todo como es, añadió guiñándome un ojo maliciosamente y como signo de inteligencia, lo quiero más que á las niñas de mis ojos, y aun que á las de una morenita de Pangasinan, que me dejó chiflado.

Bebió de un sorbo su caña, despues de este brindis, que soltó con verbosa volubilidad, y el tabernero y yo bebimos las nues-



tras; mas aquel dijo antes de beber, con mucha prosopopeya:

—Sr. D. José, á la salud de V., á la buena compañía, á la bienvenida, y mandar.

Y asi diciendo, dejó la vacía caña sobre la mesa y se retiró á su mostrador.

—¿Qué le parecen á V. estas aceitunas sevillanas? me dijo D. José; son el mejor estimulante para abrir el apetito. ¿Y esta manzanilla? No la tiene mejor ningun montañés de los Puertos. ¡Pues y esta pescadilla! Está diciendo comedme: y lo hacia como lo decia.

—Ahora, añadió bebiendo otra cañita y excitándome á imitarle, ya podemos hablar de cuanto V. quiera. Dicen que las cenas de los romanos duraban tres dias y tres noches, y si V. quiere, este almuerzo no se acabará en seis noches y siete dias. Y no tema una indigestion, que en estas casas flamencas se come y bebe por lo fino. Siento no poder ofrecerle nidos de golondrina, ni aletas de tiburón, ni siquiera patitas de rata asadas, como se acostumbra en su tierra; mas, en fin, en Cádiz no se come ni bebe mal, cuando hay con qué pagarlo, y hasta cuando no hay de qué. Conque, amiguito, lo dicho: yo me he aficionado á V. porque es un chino de hasta allí, y sepa que tiene aquí un amigo verdadero, de los de hasta la pared de enfrente.



II.

—V. quiere saber lo que es Cádiz; pues sepa que es un rebaño de ovejas en una caverna de lobos y de toda clase de fieras y alimañas. Cuando entrábamos en el puerto, me preguntó dónde estaban los grandes establecimientos industriales, y le dije que en Cádiz no habia industria. Pues si, hay una, que cuanto más prospera, más lo arruina, lo compromete y deshonra.

—¿Y cuál es? le pregunté.

—La ruleta, me respondió.

—¿Y qué cosa es esa? repliqué.

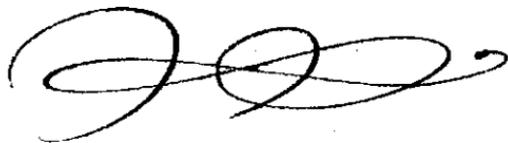
—Segun eso, puesto que ignora lo que es la ruleta, no debe haberla en la China. Déme V. esa mano; ahora sí que reconozco y confieso paladinamente nuestra barbárie, y la superioridad moral é intelectual de los chinos.

Dile la mano, que apretó y sacudió con efusion, añadiendo:

—¡Juanillo! otra docena de cañitas, y un platito de langostinos.

Quedóse pensativo D. José un momento y luego continuó diciendo:

—Reconozco, amigo Dagar-Li-Kao, que la conversacion es triste, poco adecuada á la ocasion y al sitio; y si no viera en V. un

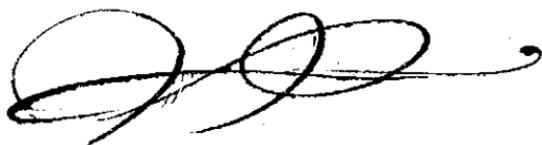


hombre sério, que viaja para conocer el mundo, temiera fastidiarlo...

—Sólo por tener el gusto de conocerle y de oírle, viniera yo desde la China hasta Cádiz, y áun mil leguas más allá si fuera necesario.

—Sepa V., dijo D. José, interrumpiéndome y riéndose, que la exageracion que acaba de decir, no se le ocurriera á quedarse en la China, que huele á andaluza y trasciende á la manzanilla de esta tierra de María Santísima.

Y con su gracejo habitual, continuó diciendo... Pero su elocuente discurso, inspirado por los sentimientos del más puro patriotismo, y por las cañitas de manzanilla iluminado, bien merece los honores de un capítulo.



CAPÍTULO XII.

Donde continúa el patriótico desahogo de D. José, que acusaba las cuarenta á sus paisanos con no ménos verbo que verdad.

I.

—En Cádiz, decia mi amigo, no hay industrias, y no porque no puede haberlas, ni por falta de dinero, sino porque los que pudieran establecerlas, prefieren no tomarse los cuidados y afanes que exigen los trabajos industriales. Si hacen algo, es contrabandear, jugar en los casinos á la ruleta, y á la religion en las jesuiteras.

Algunos, adormecidos, sepultados en la inercia, lamentan el mal y no se atreven á tomar la iniciativa del remedio; por esto son todos impopulares, el pueblo no los quiere bien, y ellos desconfían del pueblo, cuando este se pasa de bueno y honradote y solo desea trabajar. Si los que pueden tu-

vieran el caletre que les falta, tiempo hace que hubieran introducido la industria algodona en Cádiz, que pues prospera en Cataluña, Málaga y otras poblaciones, no hay razon para que aqui no prosperara tambien. Propietarios, comerciantes, artesanos, tenderos y almacenistas, están interesados en ello para no ver sus casas vacías ó los alquileres sin pagar, para no ver disminuir su clientela y sus ventas, hasta el punto de tener que cerrar los establecimientos, y harian su negocio asociándose para allegar capitales y crear industrias, que, dando trabajo cotidiano á miles de obreros, hicieran renacer el movimiento en esta hermosa taza de plata, que pronto estará desierta y hecha un presidio. ¿No es una vergüenza que no tenga Cádiz una gran compañía de vapores, que hagan el tráfico regular con la América del Sur y el Pacifico? De seguro que el gobierno español, como los de las naciones americanas, la subvencionaria, para llevar y traer la correspondencia, como hacen con los paquetes franceses, ingleses y alemanes, sus respectivos gobiernos: la regularidad y la rapidez de las comunicaciones entre aquellos países y esta ciudad, se desarrollarían considerablemente. Los pasajeros para el embarque y desembarque afluirían á Cádiz. ¿Quién desde



el centro y Norte de Europa, no preferiria ahorrar para ir á la América del Sur, varios dias de viaje y muchos más de navegacion, por mares peligrosos, como los del Norte, y otros tantos á la vuelta de América? En fin, amigo mio, Cádiz está muerto porque lo dejan morir los más interesados en darle vida y movimiento. Y como donde no se trabaja, se juega y se consume, aunque no se produzca, el vicio, la corrupcion y la miseria corroen las entrañas del enfermo y lo conducen á una muerte lenta y desastrosa.

II.

En cuanto D. José terminó esta requisitoria contra la inercia, poca inteligencia y falta de patriotismo de las gentes acomodadas de su pueblo, le dije:

—Permitame V., Sr. D. José, una observacion.

—Venga.

—¿No le parece, que en lugar de contar á un chino todas esas tristezas, deberia decir-las á los gaditanos, que son los primeros interesados?

—¿A los interesados? Bien se ve que V. no los conoce. Lo ménos que dirian es que soy un demagogo, enemigo de los ricos, que me meto en camisa de once varas; que el mon-

tañes sabe bien donde le aprieta el zapato; que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; que viva la gallina y viva con su pepita, y que soy un sectario de las más perniciosas y perversas doctrinas federales y socialistas. Todo esto y muchas otras cosas del mismo jaez, dirían de mí esos personajes, que unos con sus vicios y otros con su inercia, están destruyendo ó dejando destruir á Cádiz, llámense conservadores ó liberales. El que ménos diría, encogiéndose de hombros:—Déjame en paz, que me voy al Casino á jugar mi habitual partida de tresillo, ó á servir de guarda canton á la esquina de la confitería de la plaza de San Antonio. He dicho á V. todo esto por desahogar mi pecho oprimido, porque cada vez que vuelvo á Cádiz, lo encuentro más perdido y desalentado, y á los que pudieran reanimarlo, más encastillados en la conducta que los pierde á ellos y á las clases trabajadoras, enajenándoles la voluntad de estas. Todo prospera en torno nuestro; sólo Cádiz vegeta y languidece. Sevilla, Málaga, Córdoba, Jerez, todas las ciudades andaluzas, trabajan, se mejoran y aumentan en habitantes y riqueza.

En todas se construyen casas nuevas, porque no bastan las que hay á la creciente poblacion; y como natural consecuencia, el



precio de los alquileres aumenta y con ellos el valor de la propiedad. En Cádiz sucede todo lo contrario: si hubiera seguido el movimiento de las otras ciudades, en lugar de sesenta mil, contaría hoy noventa mil almas, la propiedad valdria doble y el décuplo su comercio.

En veinte años ha perdido diez mil habitantes, en tanto que en el mismo período las otras ciudades de Andalucía han aumentado en muchos miles. Siguiendo á este paso la despoblacion, los imbéciles egoistas de las clases acomodadas, que la miran con indiferencia, puede que algun dia se arrepientan; pero desgraciadamente será tarde.

—¿Y cuál es el remedio? dije al ver el interés y la emocion con que se expresaba el gaditano.

Quedó pensativo un momento, y dijo luego:

—Una invasion de catalanes activos, industriosos, económicos, de los que hacen de las piedras panes, mientras que aqui hacemos de los panes piedras.

Hizo una pausa despues de decir esto, y añadió:

—La verdad es que Cádiz, engrandecida por el monopolio del comercio de América en el último siglo, adquirió las costumbres y las maneras de los grandes señores. El di-



nero andaba aquí á carretadas, y lo sembraban á granel hasta debajo de los cimientos de las casas, siguiendo el uso de los antiguos romanos. Y cuando con la emancipacion del continente americano perdió el monopolio comercial que lo enriquecía, conservó las costumbres, los gustos, los hábitos del parasitismo y del lujo; como esas familias arruinadas, que ocultan su miseria, gastando en cubrir las apariencias lo que para alimentarse necesitan; mostrándose en público con decencia y decoro, ostentando cadenas doradas, aunque no tengan reloj, y llevando el estómago vacío. La vanidad sobrevive á los medios de satisfacerla, y se dejáran morir de hambre en un rincón, antes que cambiar la roida casaca del señor por la chaqueta ó la blusa del obrero, y el baston por el escoplo ó la palanqueta.

—V. decía, sin embargo, hace poco, que en Cádiz no faltaba dinero, dije interrumpiéndole.

—Así es; pero como el trabajo no lo pone en movimiento, ni circula ni se aumenta, incumbiéndoles, por lo tanto, á los que lo tienen no poca responsabilidad de la general paralización y miseria; y si no se opera una revolucion radical en el espíritu y costumbres de las familias acomodadas, Cádiz corre el peligro de convertirse en otra Ve-



neca, ciudad compuesta de palacios desiertos que caen en ruina. Cada vez que vuelvo aquí, encuentro algun garito nuevo y perdida alguna rama de la produccion. Allá en mis mocedades conocí varias industrias, que exportaban sus productos, tales como la zapateria, la ebanisteria, los tejidos ordinarios de algodón y la guantería: hoy apenas queda sombra de ellas. En cambio, cada vez que voy á Barcelona encuentro media docena de fábricas nuevas, cientos de nuevas casas construidas y multitud de industrias, importadas del extranjero, que si cada una es poco importante, en conjunto representan grandes capitales, y contrabalancean con su actividad creadora, los malos efectos de las crisis, que algunas veces afectan á las grandes industrias lanera y algodónera.

III.

Se quejan en Andalucía del monopolio de la industria algodónera catalana; pero ese monopolio ¿es catalán ó español? En Málaga, hay una gran fábrica de hilados y tejidos de algodón, establecida hace ya muchos años, en la que trabajan cuatro ó cinco mil operarios, y sin duda los dueños de ella hacen su negocio. ¿Acaso no disfruta esa industria



malagueña la misma proteccion que la catalana? ¿Qué hay en Barcelona y en Málaga, que falte en Cádiz para establecimientos industriales del mismo género? Lo único de que carece es del espíritu de empresa. Aquellas ciudades no le llevan otra ventaja. Sí; créame V., ménos clericalismo y más industrialismo es lo que en Cádiz nos falta. El algodón en rama, el carbon y los telares y máquinas que emplean los industriosos catalanes en sus manufacturas, los compran en el extranjero, en Inglaterra y América, y para llegar á Barcelona pasan por delante de Cádiz. Mas no hay que contar con nada ni con nadie: esto es cosa perdida, desesperada.

—¿Y no le parece, Sr. D. José, le dije tímidamente, que pudiera salvarlo algun arquitecto de la raza de los *Pronunciamentos*, que realizaron cosas tan útiles y bellas como las que he visto esta mañana? ¿No dejaron hijos aquellos señores?

—Hijos dejaron y aún nietos; pero es el caso, que los que hicieron aquellos pronunciamentos, que no son personas, como V. piensa, sino sucesos más ó ménos revolucionarios, fueron precisamente los padres de estos beatos, mogigatos y mal llamados conservadores de ahora, que reniegan de sus ascendientes y de su política de progreso,



creyendo que, pues ellos hicieron su agosto, el mundo debe hacer alto y darse por satisfecho. Y más dispuestos los veo á gastar su dinero en restaurar conventos, en desagravio de los pecados de sus padres y abuelos, que en levantar fábricas y abrir talleres. *Pronunciamientos* y áun algo más podrían venir; pero sería contra los hijos de los que hicieron los antiguos. Y á fé que néciamente y contra sus intereses los provocan, por no entender que el trabajo abundante es la primera garantía para la conservación de la propiedad y del orden. Que no hay, en efecto, nada más conservador que el bienestar. La seguridad de la satisfacción de las necesidades cotidianas, y la esperanza de mejorar, siquiera sea lentamente, son los únicos medios eficaces de interesar á las clases trabajadoras en la conservación del orden social y en el progreso pacífico, mientras que, agujoneadas por la miseria, se convierten en instrumentos de trastornos.

—Si yo fuera que V., le dije, reuniría y explanaría todas esas ideas, y las daría á la imprenta, en un libro, dedicado á los gaditanos.

—Pues sepa V., me respondió, que perdería el tiempo, el dinero y la paciencia, y acaso, en cambio, ganaría alguna paliza.

Acabóse con esto el almuerzo y la tercera docena de cañitas, y D. José dijo:

—Ahora, perdone V. este desahogo patriótico, y vamos á ver á Cádiz, que, aunque gravemente enfermo, es digno de verse, y áun de admirarse.

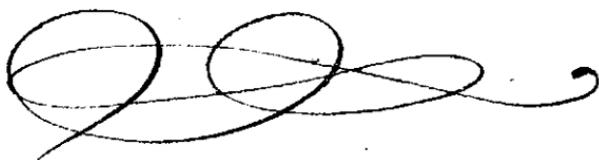


CAPÍTULO XIII.

Si me pierdo que me busquen en Cádiz y en los Puertos.—
Descripción de las costumbres de Cádiz en la época de
su prosperidad, é influencia que en ellas ejercian las sa-
cerdotisas de Vénus.

I.

Si tuviera espacio para describir y contar cuanto vi y oí en mis viajes, gozara describiéndolo y comentándolo; pero entonces sería esta obra interminable. Mas no puedo resistir al deseo de decir, á propósito de Cádiz, que despues de haber recorrido Europa y sus arrabales, si me viera obligado á quedarme por allá, en Cádiz estableceria mis reales, comprendiendo, por supuesto, los Puertos y hasta Jerez y Sanlúcar de Barrameda, como desahogos de la casa. Clima, frutos, habitaciones, trato social, y sobre todo, mujeres afectuosas, graciosas y amables, no los encontré en ninguna parte como en aquella taza de plata, y en los citados alrededores.



II.

Sentados un día D. José y yo en el salón de la Alameda de Apodaca, desde donde se descubre la gran bahía y los pintorescos pueblos circunvecinos, que bordan sus playas, díjele:

—En los tiempos de su próspera fortuna, debió ser Cádiz un verdadero paraíso, un emporio incomparable.

—Aunque no soy joven, me respondió, no conocí aquellos buenos tiempos, pero más de una vez oí describirlos á quienes los alcanzaron, y para que V. lo cuente á los chinos, le haré la pintura fiel del Cádiz de hace cien años. Y sepa V. que no son muchos los gaditanos de hoy que tengan de él cabal idea.

Durante un siglo y más, tuvo esta ciudad el monopolio del comercio de la Metrópoli, y aún del mundo, con nuestro gran imperio colonial. Cuantas cosas y personas iban á él ó de él venian, de Cádiz debian salir y á Cádiz debian llegar. En esta bahía, que tan desierta ve V. ahora, se reunian los buques mercantes españoles y extranjeros, con las mercancías que las flotas llevaban á América, volviendo á sus puertos y países respectivos cargados con las que otras flo-



tas traian. No navegaban entonces los buques aislados como hoy: los que iban y venian á América tenian reglamentadas sus expediciones, navegando en conserva cierto número de barcos mercantes, escoltados por otros de guerra: á esto llamaban la flota. Cuatro salian de Cádiz cada año para Veracruz, otras tantas para Buenos-Aires, y en mayor ó menor número para las Antillas, Costa-Firme y el Mar Pacífico. Prodigiosos eran entonces el movimiento del puerto y de la poblacion flotante; y no lo era ménos el del dinero, que abundaba más que en puerto alguno del mundo. Pero oiga V. lo mejor y más chistoso é inesperado: la influencia social predominante, el elemento distributivo de aquellas inmensas riquezas, y el que hacia que quedara en Cádiz buena parte de ellas, reteniendo á sus dueños, el alma, en fin, de su siglo, eran las sacerdotisas de Vénus.

—¿Segun eso, todavia los gaditanos eran paganos hace un siglo? le pregunté admirado.

—Tanto como lo son ahora, me respondió.

—¡Cómo! ¿siendo ahora católicos, eran paganos en el siglo pasado? le repliqué.

—Sabiendo que ahora sólo son católicos de nombre y paganos de corazon y de costumbres, estará V. en el secreto. Las sacer-

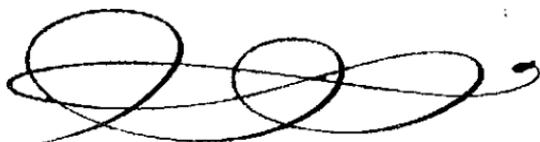


dotisas de Vénus, vulgo mujeres públicas ó ramera, eran una verdadera institucion social de hecho, si no de derecho. Las mujeres más hermosas y avisadas de Andalucía, y áun de toda España y de fuera de ella, acudian á Cádiz, á ejercer su oficio, atraidas por las riquezas de los que volvian de América. Ya puede V. imaginarse si los que allá hacian fortuna, y habian tenido que contentarse con mulatas, con indias, y hasta con negras, despues de tres meses, y á veces hasta seis de navegacion, no vendrian soñando; aunque despiertos, en las bellezas gaditanas, que los esperaban en el muelle en calesa ó coche, para conducirlos como en triunfo al templo de Vénus. Muchos de los indianos, que así llamaban á los que de América volvian, venian desde allá provistos de recomendaciones para esta Pepa ó para la otra Dolores: y cientos de Dolores y de Pepas, iban al muelle en cuanto llegaba la flota, en carruaje descubierto, adornadas con sus más ricas joyas, cubiertas ó descubiertas de finos encajes y crugientes sederias, y luciendo hasta las ligas las medias de seda caladas, gracias á la estrechez de los vestidos. ¿Y qué le diré de los descotes? Ya le haré ver algunos retratos de aquel tiempo, y en ellos verá que iban tan despechugadas, que lucian sortijas de piedras preciosas en



los pezones de los redondos y ebúrneos pechos.

Los coches de estas provocadoras é irresistibles sirenas, se veían asaltados por los que cargados de oro desembarcaban; magistrados, comerciantes, militares, sacerdotes, criollos, empleados, frailes, marinos y todo género de personajes. Desde el muelle galopaban, no á las casas de las coimas, como V. pudiera buenamente creer, no. La primera visita era á la iglesia ó convento que cada una de ellas protegía y patrocinaba, donde el viajero cumplía el voto que, cual ferviente católico, hiciera en alta mar, al verse expuesto á caer en manos de piratas ó ser pasto de tiburones. Y era de ver á frailes y curas, recibiendo gozosos en las puertas de sus iglesias, á las ataviadas y provocativas gaditanas, que les traían la clientela de fieles, cargada de sonantes peluconas; y el comendador, y el coronel, y el comerciante, descalzarse á la puerta del templo de Cristo, entrando en él acompañado de la sacerdotisa de Vénus, con ferviente devoción y un cirio en la mano, oír la misa, que el sacerdote decía ante el altar, lujosamente iluminado á sus espensas. Y despues de dar así solemne satisfaccion al sentimiento religioso, correr, con la conciencia satisfecha, en compañía de su sacerdotisa pagana, y



con frecuencia del cura ó fraile que habia dicho la misa, que era de la partida, al templo de Baco, á celebrar la felicidad del viaje en alegre francachela. En los cuartitos de la tienda de montañés, por ella preferida, corrían arroyos de vino y de oro, prodigándose tesoros de caricias, más excitantes que el néctar de Baco. Luego, desde el templo de este dios embriagador, iban á terminar la fiesta en el de la seductora Vénus, colmado de no ménos riquísimas ofrendas y exvotos que los de Cristo, y en él se consumaban los repetidos sacrificios en elevados altares, cubiertos de seda y encajes, á los que se subia por escalones de plata maciza. Lo bueno del caso era la mezcla de los cultos, pues no habia alcoba en la que no ardiera dia y noche la lámpara delante de una imágen de San Antonio, santo al que las mujeres de la vida alegre profesaban y siguen profesando en Cádiz especial veneracion.

Tomó aliento al llegar á aquí D. José, y yo tambien lo tomo, haciendo punto redondo; que el cuadro de las costumbres de aquellos buenos tiempos pasados, cuya pérdida deploran en España las personas timoratas, apegadas á lo antiguo, á las que he visto escandalizarse de la corrupcion del presente, no cabe en los estrechos límites de un capitulo.



CAPÍTULO XIV.

Donde el gaditano D. José concluye su gráfico relato de las rancias costumbres de su tierra, aderezado con perspicuas reflexiones sobre el catolicismo de los españoles de ahora, y otras cosas no ménos curiosas y dignas de ser sabidas.

I.

Acertó á pasar un aguador, y llamándolo D. José, bebió por un cuarto un gran vaso de agua del Puerto, que bien lo necesitaba para refrescar las fauces, despues de tanto hablar. Encendió un cigarrillo, dióme otro, y continuó de esta manera su sabrosa descripción:

—Cuando el viajero trasatlántico habia rendido culto á todos los dioses y diosas de su devocion, y descansado de las fatigas del viaje, lo que era raro no durase algunas semanas, pensaba en sus negocios, y la sacerdotisa de Vénus era su vehículo y agente más eficaz, para allanar dificultades, re-



solver los asuntos y apartar los obstáculos más peliagudos y espinosos. Todo era fácil para ellas. Las Dolores y las Teresas de ojos negros ó azules, y las que no eran Teresas ni Dolores, tenían vara alta en la Aduana, en el Cabildo, en la Capitanía general y en la Vicaría, como en las casas de la plutocracia. Si el amigo acogido bajo su protección necesitaba comprar joyas con que hacer regalos al llegar á Madrid, á los altos personajes de la Corte ó á sus cortejos; si el fraile quería tener de su parte á la maja del general de su órden, y se proponía llevarle de Cádiz alguna lujosa gala, la sacerdotisa de Vénus, persona de delicado gusto, los acompañaba, así á la tienda del mejor joyero, por ella patrocinado, como á la casa del banquero que debía cambiarles en letras de cambio sus talegos de patacones argentinos, ó de columnarios mejicanos; que el sacerdote del dios Mercurio se entendía también con la diosa Vénus, como el de Cristo y el de Baco. Todos ellos la rendían párias. Ella tenía su corte y distribuía entre sus favoritos las riquezas que á Cádiz afluián, recibiendo en cambio de todos atenciones delicadas y valiosos regalos. Aquellas chupadoras esponjas, absorbían de tal manera el jugo de los que venían de América, que no pocos tenían que volverse allá en la

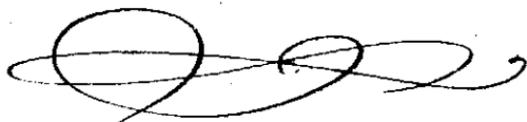


próxima flota, después de derretir su fortuna en ofrendas hechas á los dioses y diosas del paganismo, y á los santos y santas de la religion católica, que con aquellos alternaban en gárrulo maridaje y contubernio. Otros salian de Cádiz, aligerados de la mayor parte del peso con que desembarcaron. Pero como en el camino podian correr riesgo los restos de su riqueza, porque en Sierra Morena, y á veces hasta á las mismas puertas de Sevilla, desbalijaban las caravanas, que así se viajaba entonces por tierra como por mar, los reyes de aquellas comarcas, vulgo bandoleros, la mujer pública, cuando el caso llegaba, decia á su amiguito, que iba á Madrid ó más allá:

—Hijito de mi alma, yo no quiero que te suceda nada malo en el camino, no te fies de lo que te han dicho que la caravana irá escoltada por una partida de escopeteros: asegúrate. Esta noche vendrá el agente del Pintado, que es el ladron más temido en toda Sierra Morena, y mediante algunas onzas, te dará un salvoconducto para ti y para tu equipaje.

Y si el viajero preguntaba qué garantías de seguridad podia ofrecerle la palabra de un bandido, le decia la *jembra*:

—Más que la del rey. Y sobre todo, ¿no llevas la mia, que vale más que la del rey de



Madrid y hasta que la del de Sierra Morena? Los discípulos de Caco son buenos calculadores. ¿No ves, hijito, que si me hacen una trastada, no volverán á ganar un cuarto por mi mediacion? Ya se guardará el Pintado de faltarme. No sólo se compromete á no robarte, sino á defenderte; y en sabiendo que eres oidor en la Chancillería, te cuidará como á las niñas de sus ojos, pues querrá ganar tu buena voluntad por lo que pueda tronar; y sabe, que, aunque ladron en cuadrilla, no es mal hombre. Dió un navajazo al hijo del alcalde, que le cortejaba la mujer, y aunque el niño zangolotino no murió de la herida, le condenaron á la horca: tomó iglesia, y por ahí anda rodando al frente de una tropa, con la que no hay escopeteros ni guardas que se atrevan, haciendo bien ó mal, segun las circunstancias.

El oidor pagaba el salvoconducto, y se iba, entregándose á la buena fé de la ramera y del ladron, que solian cumplir su palabra como los reyes no acostumbraban á cumplir las suyas.

II.

La torre del vigia anunciaba con banderas y gallardetes la llegada de otra flota; repicaban las campanas de todas las igle-



sias; se ataviaban las sacerdotisas de Vénus con sus más ricas galas, y más descotadas y arremangadas que la última vez, se disponían á ir al muelle á recoger el nuevo cargamento de pichones que desplumar, de bolsas que vaciar, y lujurias que satisfacer. Los cocheros y caleseros endosaban á sus caballos los arneses y aparejos más vistosos y cargados de campanillas y cascabeles; frailes y curas, adornaban los altares, y encendían todos los cirios de sus iglesias; los tenderos preparaban los escaparates de sus tiendas con las baratijas más tentadoras, y los montañeses aderezaban los manjares más apetitosos y estimulantes, con salsas capaces de enderezar á la estatua de San Fernando, recostada en su tumba de piedra. Y este culto de todos los dioses, orgía de todos los apetitos, y satisfaccion de todas las pasiones, duró más de cien años; y de aquel fuego devorador no queda ya más que la fria ceniza, y cierto refinamiento y sibaritismo en las costumbres, el buen gusto, y la casi perdida tradicion del bienestar y de la abundancia.

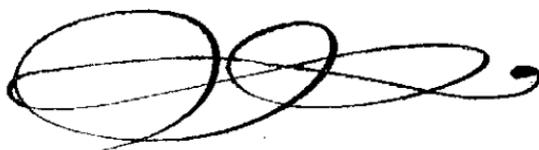
Pero no se haga V., amigo mio, ilusiones sobre el espíritu religioso, ó para hablar con más propiedad, clerical, que parece ahora tan predominante en ciertas clases de esta ciudad. El catolicismo no es más entre

nosotros que una fantasmagoría, una corteza; rascadla un poco, y encontrareis el paganismo. Los gaditanos son descendientes de los fenicios, fundadores de Gades, y de los romanos que la engrandecieron; son gentiles, mezclados de árabes, y berberiscos, revueltos más tarde con todas las razas de España, de Europa y del mundo.

Todas esas gentes se tienen por fervientes católicos: pues bien, juzgue V. ahora. Vénus tiene en Cádiz más de trescientos templos públicos. Baco, más de doscientos, y Cristo sólo veintisiete. ¿Y qué diré de los de Mercurio y demás dioses del antiguo paganismo? Los veintisiete templos de Cristo, están sostenidos por el Estado, que paga el culto y los sacerdotes, y la entrada en ellos es gratuita, lo que no impide que casi siempre estén desiertos, mientras los centenares consagrados á Vénus y á Baco, en lugar de recibir estipendio del Estado, contribuyen á sostenerlo con todo género de contribuciones, y los sacerdotes y sacerdotisas viven del altar, de las ofrendas de los fieles, que van á hacer en ellos espontáneos sacrificios. Posible es que hasta en la China oyera V. hablar del catolicismo de los españoles; pues bien, si recorre España, se convencerá de que todas sus ciudades, cual más, cual ménos, son tan católicas como esta. Si oye V.



lo que dicen sus habitantes, tan gentiles en el fondo como los gaditanos, acaso los crea V. católicos; pero cuando vea mucha gente en las iglesias, no se deje engañar: la mayor parte van porque los vean, y por ver á los otros y á las otras. La iglesia es para ellos un espectáculo y un mercado, tanto más necesarios, cuanto más carecen de otros. Las muchachas no encuentran ocasion de ver al novio, y de que éste las vea, y allí esperan tenerla, y tal vez poder cambiar un billetito amoroso, ó darse un tierno apretón de manos. Si no tienen novio, van con la esperanza de meter la mano en la pila del agua bendita y sacar de ella el marido que les hace falta. ¡Cuántos hijos, que no creen en nada, van á misa por no disgustar á sus devotas y ancianas madres! Médico, y libre pensador, conozco yo, que en busca de clientela va todos los domingos á misa, muy vestido de negro y ostentando su libro de oraciones. Otros van á la iglesia por captarse las simpatías de la vieja hipócrita á quien desean tener por suegra; van los usureros por engañar á los incautos sobre la rectitud de su conciencia, muchos por oír la música y el canto, pues cuando los sacerdotes quieren llenar el templo, tienen que recurrir, agregándolas á sus monótonas salmodias, á las melifluas voces



de los artistas de los teatros, y á las melodías de la música profana, á pesar de las excomuniones lanzadas contra ellos de antiguo por muchos Papas. Los sacerdotes del ascético cristianismo, recurren á las paganas musas, para atraer á sus templos, si no creyentes, al ménos auditorio, multitud que cubra las apariencias. ¿Cuántos de los que asisten á las ceremonias del culto católico irían á las iglesias si supieran que de nadie serían vistos, ni ellos verían más que al sacerdote que dice el oficio? De cada ciento no irían dos.

—¿Y por qué el Estado paga el culto y el clero de una religion que cuenta tan escaso número de fieles sinceros?

—Por un lado dice que tiene con el jefe de la Iglesia un convenio á que llama Concordato, que es para él obligatorio, y por otro, se hace la ilusion de que el clero ejerce tal influencia en el pueblo, que sosteniéndolo será por él sostenido, desconociendo ú olvidando, que el clero no fué nunca sosten eficaz de ningun gobierno, y que la mayor parte de la influencia que le resta la saca precisamente de la autoridad que le da, con relacion al público, el ser pagado por el Estado y el vivir bajo el amparo de éste, y hasta como agente y miembro suyo. Si la teocracia se viera un dia separada del Estado, y

el clero tuviera que vivir de lo que buenamente le dieran los fieles, apenas quedaria prelado, abad ni canónigo, que no se viera obligado á buscar oficio, y las parroquias se reducirian en pocos años á la tercera parte de las que hoy se cuentan.

III.

Más dijera D. José sobre asunto tan interesante para mis lectores chinos, si yo no le interrumpiera diciéndole:

—Sr. D. José, le oigo encantado, y los chinos no lo estarán ménos cuando lean las noticias que me da sobre las costumbres y estado de su pátria; pero, si no le parece mal, no seria malo que fuéramos á tomar un refrigerio, que ya debe estar V. más que exhausto.

—Y V. cansado de oirme; pero sepa que hay ciertas cosas que, en tomándolas por mi cuenta, no sé cuando dejarlas. Vamos, pues, á merendar, y desde ahora á V. le toca soltar la sin hueso, y decirme cómo andan en la China las cosas de la religion, que, puesto que allá no son bárbaros, deberán ser muy distintas de las de por acá.

—Pues no tiene más que recordar, le repliqué, lo que sobre esto le conté un dia, viniendo de Singapoore á España, que por

cierto se entusiasmó V. tanto, tanto, que, apretándome las manos, me dijo: «¡Vivan los chinos!»

—En efecto, lo recuerdo muy bien; pero no me basta.

—Pues vámonos á comer, que ya me oirá V. despues.

Miró el reloj, y dijo:

—Esta es la hora de comer en casa; venga V. conmigo, tendré el gusto de presentarlo á mi familia; comerá con nosotros, y allí, de sobremesa, charlaremos largo y tendido.

—Permitame que antes vaya á cambiar de traje.

—¡Cá! exclamó, no es menester; será V. recibido y tratado con la más íntima confianza.

—¿Y no habrá dificultad en hablar de estas cosas delante de señoras? le dije.

—Ante otras gazmoñas hipócritas, puede ser; pero mi madre, mi esposa y mis hermanas no lo son, lo que no impide que vayan á misa, como van tantas otras, por las razones que antes dije á V. Seguro estoy de que tendrán mucho gusto en conocerle; además de que ya les he hablado de la amistad que hemos contraído en nuestro viaje.



CAPÍTULO XV.

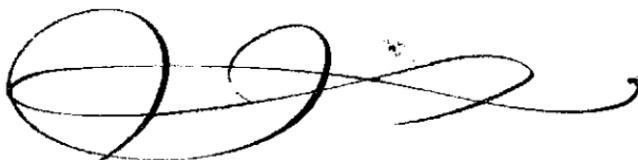
Discusion que sobre las religiones sostuvimos de sobremesa D. José y yo con la familia de éste, resultando de ella el triunfo de la moral humana sobre los dogmas revelados de las religiones antiguas y modernas.

I.

Grandes fueron las demostraciones de agrado con que me recibió aquella amable familia gaditana. Naturalidad, sencillez, carácter abierto, franqueza, todo contribuía á que me parecieran más graciosas, y lo eran mucho, aquellas señoras y señoritas.

A poco rato de estar allí, encontrábame sentado entre ellas, con la confianza con que pudiera en mi propia casa.

La comida fué simple y poco variada, para lo que los chinos acostumbramos, pero más de mi gusto que las de los vapores en que fui á Europa, y al ménos reinaron en ella la más amena y espontánea alegría y cordialidad.



II.

Hiciéronme señoras y señoritas muchas preguntas, casi todas pueriles, sobre mi país, y por último D. José las interrumpió, diciendo:

—Mi amigo va á explicarnos las cosas de la religion en la China.

—¿Con que tambien hay religion en la China? dijo una de las jóvenes.

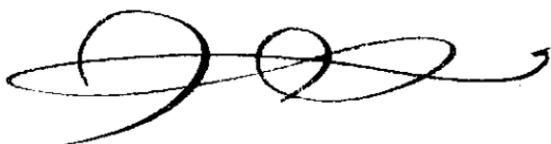
—No hay religion, sino religiones, le respondí.

—Serán falsas, replicó la niña, porque he oido decir que los chinos no son católicos, y la católica es la única verdadera, segun nos decia el otro dia en un sermon, el padre Benito, de San Felipe Neri, que predicó en la catedral.

No pude responder, porque la esposa de D. José la interpuso diciendo:

—¿Cómo quieres que un cura diga que su religion es la falsa y las otras las verdaderas? Los sacerdotes de cada religion dicen que la suya es la verdadera y las otras las falsas, y esto es muy natural.

—Vaya V. entre tantas afirmaciones contradictorias y hasta incompatibles, á descubrir y reconocer la verdad, dijo D. José; pero dejemos hablar á mi amigo, que nos



contará las cosas más extraordinarias de la China; ya vereis...

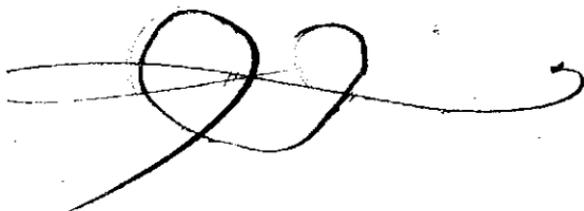
—En la China, señoras; dije yo entonces, no hay religion...

—¡Jesús! exclamó la madre, sin poderse contener. ¿Pues no dicen que no hay pueblo sin religion?

—Esto no quiere decir, señora, que en mi pátria nadie crea, ni practique religion alguna, no: lo que hay es, que la sociedad china no está fundada sobre ninguna base religiosa, ni mucho ménos teocrática ó sacerdotal.

La moral en que se fundan las leyes, ó sea la del Estado, es la del gran filósofo y legislador chino Confucio, y es esencialmente humana, en lugar de ser revelada, contranatural ó religiosa, cual la de todas las naciones occidentales. Allí, el Estado no paga, sostiene, ni protege religion ni culto alguno, y es consecuencia, ó causa de esto, si se quiere, que las familias instruidas, las personas respetables, que dirigen y gobiernan la sociedad china, sigan las máximas morales del gran filósofo nacional, quedando los misterios religiosos, los dogmas revelados y sus prácticas, más ó ménos supersticiosas, á las gentes iletradas y miserables, predispuestas por su grosería ó ignorancia á creer todo género de revela-

ciones, por absurdas que sean. Así, pues, el fetichismo, el fanatismo y la superstición, reemplazan en la desgraciada plebe á la filosofía moral, que la razón admite, porque la comprende y se explica. A medida que el chino se instruye, es ménos creyente; y como el Estado no impone religion alguna, y por consecuencia los sacerdotes no tienen la menor autoridad, ni ejercen influencia de ningun género en el gobierno, ni entre las personas elevadas por su rango y saber, la hipocresía, vicio característico en Europa de esas clases, llamadas gobernantes, es allí desconocida. En la buena sociedad de mi país, son despreciados los sacerdotes de todas las religiones. Imaginense VV. ahora, si los chinos mirarán con desprecio, y tendrán por bárbaros á los europeos, cuando ven llegar á los embajadores de las grandes Potencias, acompañados de su capellan ó pastor, y sostener capilla y culto en la casa de la embajada, y cual la plebe china, adorar ídolos é imágenes. Haciéndolo así, en concepto de las personas ilustradas, de los mandarines y de los sábios, que forman el gobierno, y que dan el tono á la sociedad, se colocan al nivel de las turbas más abyectas y fanáticas; no siendo cosa extraña oír decir en las altas esferas oficiales: «Respecto á religion, los europeos no están hoy más ade-



lantados que los chinos de hace miles de años.»

—Lo que V. cuenta es una verdadera revelacion para nosotros, decia D. José admirado; pero, ¿cómo es posible que esto se ignore en esta vieja Europa, que tiene á los chinos por tan bárbaros?

—Vamos, dijo la madre de D. José, que hasta entonces habia escuchado con la mayor atencion, ¿te parece, y no se ofenda V. de mis palabras, añadió dirigiéndose á mí, te parece que es poca barbárie no tener religion? ¡Si eso es vivir como animales, por no decir como fieras!

—Pero mamá; ¿no oyes que en la China, los que viven como animales son los que más religion tienen?

—No seria malo, dijo la madre, ponerse de acuerdo sobre lo que debe entenderse por religion, porque esas que como tales practican allá en la China, no son religiones, sino tonterias, supersticiones de gentes estúpidas, que adoran serpientes, fuego y otras cosas por el estilo, y nada de eso merece el nombre de religion.

—Pues dinos, mamá, lo que á tu juicio merece el nombre de religion, dijo D. José.

—¿Qué ha de ser? replicó la madre: el ser bueno, no hacer mal á nadie, no robar ni matar, amar á sus padres y á sus hijos, y al



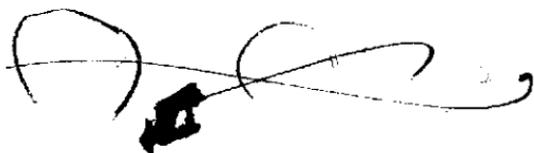
prójimo, ser caritativos, perdonar las ofensas, enseñar á los que no saben, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, no mentir ni levantar falsos testimonios, no codiciar la mujer ajena, y perdonar á sus deudores; y en fin, todo lo demás que reza el catecismo de nuestra santa madre Iglesia católica romana.

—Convenido, mamá; pero deja aparte ese demás que reza el catecismo, y dime si yo no he procurado, siguiendo tus ejemplos y máximas, hacer todo eso que, segun tú, constituye la religion; y no obstante, los curas te han dicho muchas veces que yo no tenia religion, porque no iba á misa, ni me confesaba, ni oia sus sermones, ni queria alistarme en la hermandad del Santísimo, hasta el punto de haber tenido que decir á alguno de esos sicofantès con sotana, que tu hijo tenia más religion que él. ¿No es verdad todo esto?

—Sí lo es, respondió la madre; pero una cosa es la religion y otra los malos curas, que al fin son hombres, pecadores como los demás.

—De lo que resulta, dijo D. José, que yo, que segun tú, tengo más religion que muchos curas, no tengo ninguna segun ellos dicen.

¿Y qué religion tienen la mayor parte de



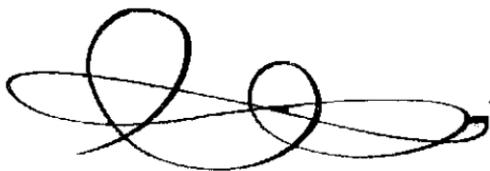
esos beatos, que los curas califican de muy religiosos, porque se arrastran en las iglesias, son miembros de las hermandades de los *Paules*, y de otras del mismo jaez, se confiesan y cumplen con la Iglesia, asistiendo á todas las ceremonias del culto? Vaya, busca entre todos esos clericales, que no hablan más que de la religion, los que practican cual deberes todas esas máximas de moral, que, según lo que acabas de decir, constituyen la religion, y verás que, lejos de cumplirlas, viven infringiéndolas, apropiándose lo ajeno contra la voluntad de su dueño, estrujando á los pobres en lugar de socorrerlos, codiciando la mujer ajena, y echando al prójimo contra una esquina. ¿No son ellos los que nos han arruinado con las quiebras fraudulentas de sus sociedades de crédito y sus bancos, que eran verdaderas ladroneras? La mayor parte de esos falsos religiosos son miembros de las asociaciones católicas; y ellos y los curas se protejen recíprocamente, como si tuvieran una sociedad de seguros mútuos para hacer á mansalva sus picardias.

—Eso es verdad, dijeron en coro la mujer y las hermanas de D. José.

—No lo niego, por desgracia es muy cierto, respondió la madre, con visibles muestras de tristeza.

—¿No valdria más que esas gentes tuvieran ménos religion y más moral y sentimientos humanos? dijo D. José, en medio de expresivas muestras de asentimiento de toda la familia.

Entonces yo, terciando en el debate, dije lo que verá el curioso que lea las siguientes páginas.

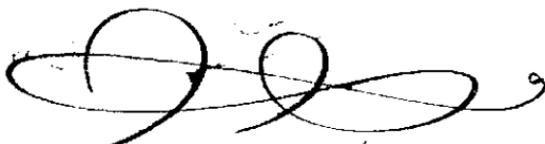


CAPÍTULO XVI.

Perorata que encajé á la amable familia de D. José, sobre las religiones, histórica y filosóficamente consideradas, resultando de ella, la demostracion de la superioridad de los chinos con relacion á las otras naciones y razas humanas.

I.

—Si lo permiten, dije, diré que entre la moral de Confucio y la cristiana, que es mucho más moderna, no hay diferencia esencial, á no ser la que resulte de haber el gran filósofo chino presentado su doctrina como suya y no cual revelacion contranatural, emanada de este ó del otro dios, como las de Moisés, Cristo y Mahoma, por ejemplo. Así que, si por religion se entiende la moral, los chinos instruidos, que no creen en ninguna religion revelada ó positiva, son sin embargo religiosos, mientras que no lo son, los creyentes en los misterios y dogmas de las religiones reveladas, si no practican la mo-



ral, que forma su parte más esencial. Si hay una moral que, con ligeras variedades, es en el fondo semejante en todas las religiones, en tanto que estas son diferentes, contradictorias é incompatibles, en todo lo referente á lo contranatural, claro es que la verdad incontestada de las religiones está en la moral, y que lo más prudente es atenernos á esta, puesto que es lo que nos une, separándonos de las revelaciones, creencias, dogmas y prácticas devotas, que son lo que nos divide. Estas creencias y prácticas pueden considerarse, con relacion á la moral, cual accesorios más ó menos discutibles, y siempre peligrosos, porque irremisiblemente conducen al fanatismo, á la supersticion y fetichismo, en cuyos negros abismos se perdieron tantos individuos, pueblos y razas que, ó desaparecieron, ó vegetan sumidos en la degradacion y en el embrutecimiento, mientras la moral levanta y enaltece al hombre, contribuye á su perfeccion, produciendo bienes en todos los casos y circunstancias, ya proceda de las religiones, ya de la filosofía.

La prueba de la exactitud de lo que acabo de decir está en que, á pesar de la moral, que les sirve de pretesto y tapadera, las embrutecedoras revelaciones contranaturales, convirtiendo á los hombres en fieras, los



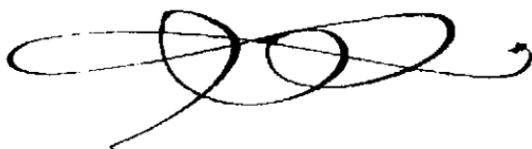
han llevado á exterminarse en *guerras llamadas de religion*; á cometer los crímenes más espantosos, trasformando en virtudes religiosas todo lo que la moral prohíbe y condena, anulando así los beneficios de la moral que predicaban.

La historia nos demuestra, que las naciones fundadas sobre bases religiosas, realizan la evolucion intelectual compatible con el dogma en que se fundan: pero como esos dogmas son concretos y absolutos, círculos cerrados y no espirales abiertas, llega un momento en que, realizado el máximum de desenvolvimiento que sus dogmas permiten, las sociedades sobre ellos basadas, se estancan, retroceden y vuelven al punto de partida, petrificándose ó corrompiéndose, y acabando por descomponerse. En el limite extremo de los principios morales de las religiones reveladas, brotan con la duda, el espíritu de exámen y la filosofía; y la evolucion racional se produce, trasformando el círculo en espiral progresiva, por la que el entendimiento humano se eleva á las regiones de la ciencia positiva, convirtiéndose así en humana la moral, que empezó por ser religiosa. Confucio representa en la China la personificación de la evolucion racional, y como, por elevado que esté sobre el nivel de sus contemporáneos, el génio in-



dividual es resultante del medio social en que se desenvuelve, y Confucio floreció hace cerca de tres mil años, desarrollándose desde entonces en la China la evolución iniciada por él, resulta que mi país lleva á Europa todo ese tiempo de delantera en la vía de esta transformación moral, que comienza aquí apenas á dar sus primeros pasos y á producir efectos visibles y apreciables.

Sólo así puede explicarse que si la China ha marchado lentamente, no haya retrocedido nunca: ella es el único imperio que, después de más de 4.000 años que cuenta de existencia, no llegó aún al apogeo, mientras imperios formidables y brillantes en Asia, en Africa, en Europa y en América, nacieron, crecieron, llegaron á un máximo de esplendor y de cultura, y decayendo luego, acabaron por convertirse en ruinas, y hasta por desaparecer bajo el polvo de los siglos. ¡Cuántas razas nobles y vigorosas, inspiradas por una religión revelada según ellas por el mismo Dios, brotando sobre la faz de la tierra, se agruparon y constituyeron en naciones, y se engrandecieron por la conquista, levantando templos y altares á sus dioses sobre los escombros de los templos de otros dioses vencidos, y luego, volviendo sobre sí, tornaron á la oscuridad de donde



salieron, por no poder elevarse de la ciega fé que las animó á la filosófica concepcion de la moral humana! Pero dicen en Europa, que si la China no se usa ni se gasta, en cambio no semueve, que permanece estacionaria, inmóvil, mientras Europa adelanta: ¡error gravel! Sucede á los europeos con la China, lo que á los que miran las estrellas sin telescopio, que cuanto más lejos están, más inmóviles les parecen por deprisa que anden. La China estuvo hasta ahora tan lejos para los europeos, y su idioma es á estos tan difícil de aprender, que no han podido darse cuenta de la importancia de su movimiento ascendente. Sin embargo, su antigüedad, su duracion, la cultura y refinamiento de usos y costumbres, el gusto y delicadeza de sus artes é industrias, la extension y perfeccion de su agricultura, su unidad, conservada á pesar de las irrupciones de los bárbaros, el órden mantenido sin grandes ejércitos en una poblacion que pasa hoy de cuatrocientos cuarenta millones, esparcida en un territorio que mide cerca de doce millones de kilómetros cuadrados, con una regularidad muy superior á lo que vemos en Europa desde el origen de sus naciones; ¿no son signos manifiestos de una superioridad que no es posible desconocer? ¿Qué tiene, pues, de extraño, que los chinos, cuando



veían llegar á sus fronteras marítimas á portugueses y españoles, ingleses y holandeses, en sus carabelas cargadas de cañones y de jesuitas, de frailes é inquisidores, empeñados en obligarles á adoptar una religion nueva, y quemando vivos á los que se resistían, como lo hicieron en Goa y en otros pueblos del extremo Oriente, les llamaran bárbaros, los mirasen con horror, y se negaran á tener con ellos la menor comunicacion? Todo lo que á sus oídos llegaba de los horrores, crímenes, matanzas, martirios y atrocidades inauditas, cometidas en Europa y en otras regiones, en nombre de las religiones nuevas, cristiana y mahometana, los confirmaba en su opinion, respecto á la barbarie é inferioridad moral é intelectual de los europeos. Y créanme VV., esa opinion subsiste, y no lleva por ahora camino de desvanecerse.

—¡Lo que sabe este señor! dijo en voz baja la mujer de D. José; nunca lo creyera en un chino.

Sonreíme benévolamente, y le dije:

—Señora, confieso que no es gran cosa lo que sé, sobre todo comparándolo con lo que ignoro. Los chinos sabemos poco de los pueblos occidentales; pero ¿qué saben estos de nosotros? Méenos aún. Su extrañeza de que un chino sepa algo no me sorprende.



—Cada vez, dijo D. José, me felicito más de haber hecho conocimiento con V. y deseo tener ocasion de serle útil. Más aprendi de la China y de Europa, desde que tuve el gusto de conocerlo, que en siete años de colegio, y en veinte que llevo de rodar por el mundo. Ahora, si V. quiere, nos iremos á ver representar una comedia en el Teatro Nuevo.

Y volviéndose á su señora y hermanas, añadió:

—Si quereis venir, vestios, que ya es tarde; pero no: la funcion de esta noche no es para señoras...

—Pues sé de muchas que van, y de las más encopetadas, dijo la hermana más jóven.

—Y de las más devotas, podias añadir, le respondió D. José; pero esas tienen buleto para alternar entre el confesonario y las zarzuelas más indecentes, porque en aquél encuentran la remision de sus pecadillos, mas no vosotras, que sois pecadoras impenitentes.

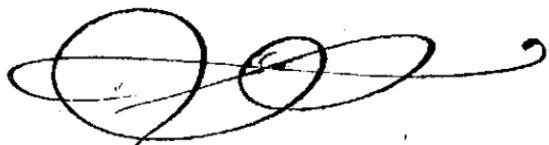
—Tienes razon, José, dijo su señora. Hacen ahora unas óperas bufas, que en verdad no pueden verse.

—Siento, dije entonces, que esa circunstancia me prive del honor de acompañar á VV.; mas espero que otro dia la funcion

será para vista por señoritas, y que me harán la honra de aceptar una invitacion.

—Aceptada, dijo D. José, en nombre de su madre y en el mio. Todos iremos el dia en que hagan *Marina*, ó *El Grumete*. Y volviéndose á mí, añadió: no perdamos tiempo.

Despedíme de aquellas amables señoras y señoritas, que poniéndose en pié, me ofrecieron la casa y me instaron cariñosamente á repetir la visita, lo que les prometí con muchas veras; y D. José y yo nos fuimos al teatro á ver una funcion que no era para vista.



CAPÍTULO XVII.

Cosas de España.—Barracon por fuera y gran teatro por dentro.—Ligeras nociones sobre el teatro chino.—Representaciones inmorales é indecentes en los teatros de Europa.—Genoveva de Brabante.—Provocaciones lujuriosas.—Depravacion de las costumbres en la alta sociedad.

I.

Fuimos al teatro nuevo, levantado en el centro de la gran plaza del Hospital, y por fuera no era más que un enorme barracon de madera, sin puertas ni balcones. Entramos, y quedé tan deslumbrado ante la belleza de aquella magnífica sala de espectáculo, que no pude ménos de preguntar á D. José:

—No acierto á explicarme la razon del contraste que ofrecen el exterior y el interior de este edificio.

—Pues vea V., me respondió; este es un ejemplo palpable de lo que llamamos cosas



de España. Siquiera sea nominalmente, Cádiz figura todavía entre las plazas de guerra de primer orden, y la en que se ha levantado este teatro pertenece á la zona en que está el hospital militar. Opusieronse los militares, por considerar sin duda perjudicial á la tranquilidad y curacion de los enfermos, la ruidosa vecindad del templo de las musas. ¿Y qué hicieron los empresarios? Pidieron permiso á la autoridad militar, para levantar un barracon de madera, y dentro de él construyeron este coliseo.

—Pero ¿esa autoridad, es sorda, y ciega? le pregunté.

—¿Ciega? allí la tiene V. en aquel palco, me replicó.

—A fé mia que no lo entiendo, le dije: aquí ¿quién engaña á quién?

—Nadie, dijo D. José; y este caso bastará para que se convenza de que en España, en materia de leyes, sólo se trata de cubrir las apariencias, y eso cuando más. Este, que por fuera es tosco barracon de madera, y por dentro espléndido y dorado teatro de piedra y ladrillo, puede presentarse como ejemplo de la mentira legal, de la verdad parlamentaria, que tanto difiere de la real y efectiva. Cuando los que mandan y los que obedecen se ponen de acuerdo, lo que hacen siempre que les conviene, las leyes son



papeles mojados. Aquí no hay más esclavos y víctimas de la ley, que los pobres de bolsillo y de espíritu.

Esta es la causa de la duración de tantas leyes absurdas, que sólo existen, porque raramente se hace caso de ellas; y en el presente hemos de alegrarnos, pues á esta superchería, que no carece de gracia, debemos el gusto de tener el mejor teatro de España. Sólo una cosa nos falta, en la que no cabe superchería, y es dinero para frecuentarlo más.

II.

—Digame V., amigo Likao; ¿hay en la China teatros como este?

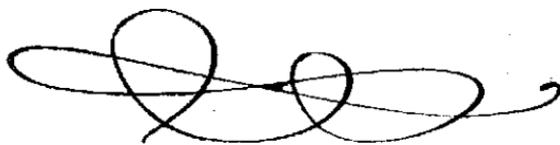
—En verdad que no; lo que no impide que tuviéramos allá teatros, miles de años antes que en Europa, por más que difieran mucho de los de VV. En la China se consideraría como el mayor de los escándalos, el que las personas respetables llevaran sus mujeres é hijas, so pretexto de ver la comedia, á exhibirse descotadas, como veo aquí á las gaditanas, atrayendo las miradas de esta ardiente juventud, que goza en la contemplación de sus gracias descaradamente, á la vista de los padres y maridos, que no parece sino que las traen para ofrecerlas en



público espectáculo. En mi país, van los cómicos á las casas de los particulares, en cuyos salones representan las comedias, y en ellas sólo toman parte los hombres, desempeñando los papeles de mujer, mancebos de voz atiplada, á quienes aún no apunta el bozo. Nuestra severa moral no consiente que las mujeres salgan á la escena. Los teatros son para el pueblo, que no puede pagar los artistas á domicilio, y no hay ciudad que carezca de ellos. Por lo demás, la afición al teatro es tal, que los dramas duran veinte y hasta treinta dias consecutivos; son verdaderas novelas, que al terminar la representacion de cada noche, dejan el ánimo suspenso en peripecias de sumo interés, que llevan el público á la próxima representacion, ansioso de ver el desenlace, que suele tardar en llegar semanas y áun meses. De esto resulta, que muchos dramas se van escribiendo á medida que se van representando, con lo que los autores conocen el efecto que producen en el público, y le dan gusto, desenvolviéndolos y terminándolos á medida de su deseo.

—¡Qué cosas tan extrañas me cuenta V.! Por supuesto; ¿habrá grandes actores en la China?

—Por lo ménos, segun veo, tienen más memoria que los de España, porque no ne-



cesitan apuntador, función desconocida en el teatro chino.

—Hasta en eso nos llevan los chinos ventaja, pues aquí solemos oír al apuntador, antes y más que al artista.

III.

Comenzó en esto la representación, que era la de *Genoveva de Brabante*, ópera bufa, y primera que yo veía en Europa.

Decoraciones y trajes eran vistosos, siquiera estos no fueran de las ricas telas de seda y oro que usan nuestros cómicos; mas para que mis lectores se formen idea de la corrupción de las costumbres de aquellos bárbaros, y de la atrófia de su sentido moral, aunque de moral están hablando siempre, voy á decir algo del argumento de aquella ópera.

Figuraos una dinastía de Grandes Duques, que se extingue por la impotencia del reinante; una cábala cortesana para remediarla, echándole unos polvos en un pastel; el cocinero cambiándolos por otros, que producen á S. A. Serenísima dolores de vientre y diarrea, que le obligan á correr en busca de la letrina, cada vez que se acerca á hacer arrumacos á su costilla; y esta, excitada por el esposo, consolándose con el cocinero, salva la dinastía. Tal era el drama.

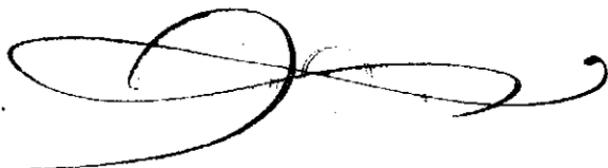


Pues todo esto, caros lectores, pasa en la escena, ante un público de pulcras señoras y de remilgadas señoritas, que cambian entre tanto lascivas miradas con los caballeros, que desde el patio las contemplan, y que van despues á pelar la pava con ellas. Y no crean que esta es la sociedad relajada, de las mujeres de vida alegre, á quienes no recibirían en sus casas, sino lo que se llama gran mundo, familias respetables y timoratas, que no faltan al confesonario ni á misa los dias de precepto y los que no lo son.

A lo súcio del argumento de la tal ópera bufa, hay que agregar la desnudez con que se presentan las bailarinas y coristas, ostentando, propios ó postizos, senos, caderas, pantorrillas y muslos, cubiertos de ajustadas telas de punto, de color de carne; así es que aquellas funciones de teatro, son, más que otra cosa, incentivos de la lujuria, que al terminar el espectáculo era dueña y señora de todos los espectadores y espectadoras, revelándose en la languidez de sus movimientos, en el fuego de sus miradas y en lo encendido de sus semblantes.

IV.

No pude ménos de hacer estas observaciones á D. José, al detenernos en la puerta



del coliseo, formando fila entre los jóvenes elegantes, bajo el fuego de cuyas miradas salieron señoras y señoritas, y él confirmó mis apreciaciones, y me fué contando en voz baja, la crónica escandalosa de las familias de aquella alta sociedad, á medida que iban saliendo.

—¿Ve V., me decia, este señor machucho, con aire diplomático, que así pudiera ser banquero millonario como acaudalado propietario, y que da el brazo á aquella gruesa matrona? Pues apenas la deje en casa, irá á la de la querida, que sin duda lo espera con la mesa puesta para cenar. Este jovencito, que ahora se les incorpora, es el sobrino, que acompañará la tia á la mesa, mientras el tío cena con la manceba...

—¿Pero qué casta de gentes son esas? exclamé sin poderme contener.

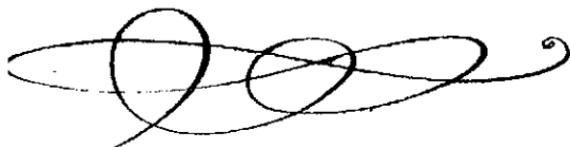
—Las más respetables de la ciudad. Él no ha quebrado aún más que dos veces; es un personaje político y financiero de lo más caracterizado.

Fué progresista, despues moderado, luego neocatólico, más tarde unionista y montpensierista, y por último, alfonsino, liberal conservador. Para saber hasta qué punto es católico, baste decir á V. que es miembro de la sociedad de San Vicente de Paul, y que

acostumbra á ir con su señora á misa todos los dias festivos.

Por este estilo continuó D. José haciéndome las biografias de lo más distinguido de entre sus bárbaros compatriotas, mientras alejándonos del teatro, nos encontramos en una callejuela, á la puerta de una tienda de montañés, en la que entramos á regalarnos con pescadilla frita y manzanilla de Sanlúcar, sazonadas con unas aceitunas sevillanas, que son la última palabra del sibaritismo gaditano, á aquellas altas y otras bajas horas de la noche. Mas no contábamos con la huéspededa.

Las imprevistas escenas que pasaron en aquel, para mí nuevo y misterioso teatro, no caben en los estrechos límites de este capítulo; antes bien merecen, no sólo los honores de otro, sino los de un libro picaresco, género en que tanto sobresalieron los clásicos españoles.

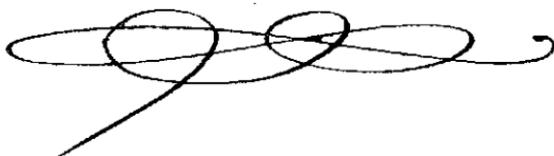


CAPÍTULO XVIII.

La tienda del montañés Francisco, en la que nos convidamos á cenar con la Dolores y una su amiguita, interrumpiéndonos la cena las virtudes cristianas del Padre Archinaona, y feliz desenlace del drama, por la oportuna intervencion del señor alcalde.

I.

Junto al mostrador de la taberna se abria una puertecilla, que por entre algunas respetables botas de vino conducia á un corredor, dividido en cuartitos, por tabiques de tablas de como hasta dos varas de alto, y en cada uno de ellos habia una larga y estrecha mesa de pino blanco, flanqueada por dos bancos de lo mismo. Casi todas las puertas estaban cerradas. De unos salian alegres voces femeninas; cuchicheaban en otros; más allá resonaba un beso, capaz de estremecer al mismo San Jerónimo, y la



campanilla llamaba, desde otro de aquellos cuartitos, al impassible montañés.

El olorcillo del pescado frito y el del vino, que con su aroma llenaba el estrecho corredor de aquel templo de Baco, estimulaban nuestro apetito; pero viendo D. José que las puertas estaban cerradas, y que el montañés quedó como suspenso, le dijo en voz baja:

—¿Quién está en el número 6?

A lo que el interpelado respondió:

—La Dolores de la esquina, con una amigueta.

Abrió lentamente mi amigo la puerta del núm. 6, haciéndome seña para que lo siguiera; y dijo á las dos mozas, que sentadas á la mesa, una enfrente de otra, tenían en ella una salvilla con media docena de cañitas:

—Hijitas mias, con vuestro permiso me convido; y como un convidado convida á ciento, tengo el gusto de presentaros á uno que vale por mil; el señor chino D. Dagar-Li-Kao, sobrino del emperador del Japon, y embajador de la China, cerca del príncipe de Mónaco y de la República de Andorra.

Yo me incliné sonriendo; sentóse D. José junto á la amigueta de la Dolores, y yo al lado de esta, que pareció muy complacida de la preferencia.



II.

Habiase quedado el montañés en el dintel de la puertecilla, que llenaba, más tieso que la estatua del Comendador, como quien espera órdenes; y D. José, dirigiéndose á las muchachas, dijo:

—Puesto que segun veo, no habeis hecho más que boca, hagamos el estómago. Decidle á Francisco que nos dé de cenar, y que sea de rechupete.

—¡Ay, Jesús!, dijo la Dolores; ¿y qué quiere V. que yo cene, si del gusto de volverlo á ver se me ha quitado la gana?

—¡Salero, viva la gracia! dijo D. José, dando un revés al ala de su sombrero y echándolo hácia la nuca.

—Pues á mí, dijo la amiguita, que estaba al lado de D. José y frente á mí, del gusto de hacer conocimiento con la China, se me ha abierto tanto el apetito, que hasta chinitos comeria yo.

—¡Cuando digo que te adoro! dijo D. José: y dirigiéndose á mí, añadió en francés:

—No podíamos haber caido mejor.

A lo que yo le respondí en el mismo idioma:

—Con tal que de la caida podamos levantarnos sanos y salvos, no será malo.

—¿Qué están VV. hablando ahí en judío?



dijo la Dolores, tomando y encendiendo un cigarrillo de la petaca, que D. José había puesto sobre la mesa.

Cortó la conversación el montañés, diciendo:

—VV. dirán lo que quieren; el freidor aún está abierto; yo tengo alcachofas rellenas, riñones, jamon y longaniza.

—Pues mira si tienes huevos, y con ellos tomaré yo la longaniza, dijo D. José.

—Y yo, dijo la amiguita; que á fé de Carmela, no hay cosa que más me guste.

—Se me olvidaba, dijo el montañés: también tengo conejo.

—Pues si no está escabechado, le respondió D. José, venga también el conejo; y añadió, dirigiéndose á mí:

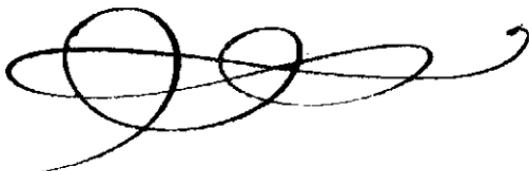
—A falta de aletas de tiburón, ya nos podemos contentar con las orejas de un peludo conejo, con unas pescadillas y unas docenas de cañitas.

Iba á marcharse Francisco, cuando haciéndole D. José seña para que se acercara, le dijo en voz baja, poniendo la mano junto á la boca:

—¿Quién cena aquí junto?

—El alcalde y el conde, respondió en el mismo tono el montañés.

—¿Y á este lado? volvió á preguntarle don José.



—El P. Archinaona, con un sargento de artillería.

Encogióse de hombros D. José, y dijo, como para sí:

—¡Pues apaga y vámonos!

Mientras se cruzaban estos diálogos, había yo fijado la atención en mi vecinita de enfrente, que no parecía tener más de quince años; y era graciosa, de contestura delicada, de ojos negros, y de blanco y transparente cutis, que formaba contraste con la Dolores, morenita, linda, ya algo bigotuda, que así podía contar veinte veranos, como veintiocho otoños, y de la que su compañera parecía aprovechada discípula, tal debía ser ella maestra en el arte de desplumar pichones.

III.

Había servido la cena el montañés, y nosotros paladeado las primeras cañitas, cuando repentinamente pasó por el corredor, con más estruendo que una tempestad, una mujer, que abriendo la puertecilla del cuarto inmediato, en el que cenaban en paz y gracia de Dios el uniforme y la sotana, armó guerra tan estupenda, que jamás otra semejante turbó la calma del Olimpo.



Era aquella desaforada arpia, una mu-
jerona, que tenia más de Palas que de Vé-
nus, pues empezando, como primer saludo,
por dar al P. Archinaona una tremenda bo-
fetada, que resonó en todos los ámbitos de
aquel estrecho recinto, le dijo con descom-
pasadas voces:

—Oiga V., so indecente; ¿se han acabado
ya las mujeres, que viene V. á sonsacar mi
hombre? y volviendose á éste, que debia ser
el sargento, continuó:

—¡Arrastra! ¡sin vergüenza! que te andas
con maricas de sotana; mal sordao...

Repuesto el Archinaona, quiso arremeter
á aquel energúmeno con faldas; el sargento
se interpuso, y se oyó tal estrépito y cache-
tina, que todos los que cenaban en los cuar-
titos del estrecho corredor, salieron atropel-
ladamente, unos para acudir á meter paz, y
otros para tomar las de Villadiego, á la chi-
ta callando.

El montañés se abrió paso entre todos,
gritando:

—¡No me pierdan, señores!

Y el alcalde, que, como ya sabemos, ce-
naba con el conde, hizo entrar á un muni-
cipal y un sereno que tenia á la puerta, y
mandó cerrar esta, para que el escándalo no
trascendiera á la calle.

Al oír la furiosa *jembra*, que estaban allí



el alcalde y la policia, levantó más la voz; pero no con amenazas y juramentos, sino lloriqueando, dando ayes, y gritando por último:

—¡Socorro, que me han matao!

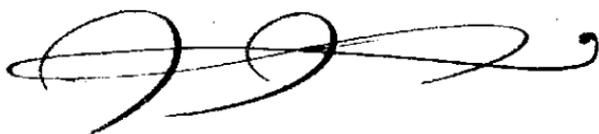
Algo diera el P. Archinaona por estar á mil leguas del artillero y de la tienda del bueno de Francisco.

Como nuestro cuartito era el más inmediato al en que pasaba aquella estupenda zaragata, fuimos los primeros que, llegando á la puerta, la presenciámos.

La mujer estaba casi tendida en el banquillo, despechugada, como si le hubieran arrancado á viva fuerza el pañuelo que le cubria el pecho, de espaldas contra la pared, con la cabeza echada á un lado, los ojos en blanco, y los brazos caidos. El reverendo padre estaba tras ella, en el rincon, todo trémulo, con los ojos desencajados, y en la mano un cuchillo, cuya hoja se ocultaba dentro de la manga; y el sargento al otro lado de la mesa, en pié y blandiendo el machete, á tiempo que el montañés y el alcalde, que empuñaba su baston, aparecieron en la puerta.

El primero que se repuso fué el padre, que se apresuró á envainar y guardar el cuchillo.

El alcalde y él se conocian como adver-



sarios políticos, y las miradas que entre ambos se cruzaron no podían ser más significativas. La del padre, revelaba odio y despecho, la del alcalde era *guasona*.

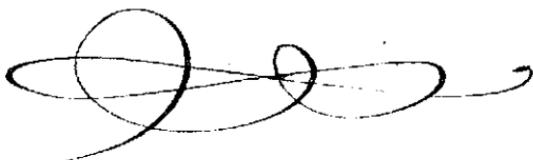
—¿Qué ha sido eso? dijo éste, dirigiéndose al padre, con tono más tranquilo y benévolo que lo que podía esperarse en tales circunstancias.

Y el reverendo, que ya era dueño de sí mismo, dijo, con el ademán austero de la dignidad ultrajada:

—Estos dos desgraciados viven hace tiempo en reprobado concubinaje; y para apartarles de su vida inmoral, he tenido con él varias conferencias, que por ciertas circunstancias no han podido verificarse siempre en lugares convenientes. Mi solicitud por ellos ha obtenido de una noble y piadosa señora, la oferta de darle á ella un buen dote si se casa; y este era el objeto de mi entrevista con él en este sitio, cuando ella, tentada por el demonio, ha venido á armar este deplorable escándalo.

Aún no había concluido estas palabras el Archinaona, cuando volvió de su desmayo la coima del sargento, y éste dijo, dirigiéndose al alcalde:

—Lo que dice el señor es la pura verdad, y ya yo le había ofrecido mi consentimiento, cuando la Pepa, celosa, porque está per-



dida por mi personita, vino á descomponerlo todo.

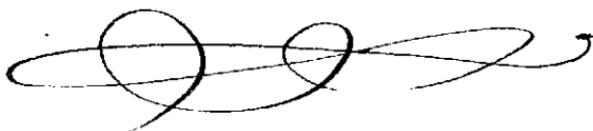
—Por mí no hay nada perdido, dijo ella lloriqueando; antes bien me arrepiento y pido perdón á VV., y en particular al señor cura.

—De manera, dijo el alcalde, que como están aquí la autoridad y el sacerdote, se pueden VV. casar enseguida, con lo que el desenlace de la tragedia será un casamiento, como los de las comedias de capa y espada. Y, en fin, añadió mirando con sorna al padre cura; *si non e vero, e ben trovato*.

Al oír esto, soltamos los testigos la carcajada, que repitieron todos los actores de aquella escena, ménos el cura, que no parecía muy satisfecho del triunfo de su moral y piadosa obra.

IV.

Como entre los que escaparon al oír los gritos y voces de ¡socorro, que me han matado! se contaban nuestras dos pichonas, y en atención á que ya era más de la una de la madrugada, nos despedimos del alcalde, á quien D. José conocía, y que no era otro que el gran chato, amigo de los *pronunciamientos*, con quien habia yo hablado en la plaza de la Libertad.



—Vea V., señor chino, me decia al separarnos, lo que son las cosas: si por casualidad yo no estuviera aqui, sabe Dios si corriera la sangre, y si la buena accion de este honrado sacerdote, no apareciera trasformada por la maledicencia en atentado contra la moral y las buenas costumbres. ¡Y vaya V. despues á detenerlas malas lenguas!

Decia esto el alcalde de manera, que no sabia yo si eran veras ó burlas; pero la réplica del cura me sacó de dudas.

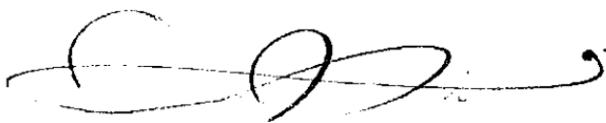
—Mi reputacion, dijo amoscado el padre, está á prueba de la baba de la calumnia; pero como lo que aqui ha pasado, lejos de ser en desdoro mio me enalteceria, mi modestia, que no consiente alabanzas, me obliga al secreto de las buenas obras que puedo hacer, en cumplimiento de mis deberes sacerdotales. Suplícoles, pues, señores, con todas veras y encarecimiento, que esto no pase de aqui.

Y yo pensaba, oyéndole hablar de este modo:

—Descuida, que lo que es por mi, no se sabrá más que en la China.

V.

Hechas ya las paces, y descontando acaso el ofrecido dote, el fiero hijo de Marte y



la discipula de Vénus se fueron los primeros, amartelados como dos tortolitos. Escabullóse también, sin que nadie lo echase de ménos, el caritativo y modesto protector de aquella pareja *non sancta*; y como la noche estaba apacible, salimos juntos y fuimos paseando hasta la plaza de San Antonio, el señor alcalde y el conde, D. José y yo, comentando el suceso y elogiando todos, especialmente el gran chato, las altas dotes y cualidades desplegadas en aquel lance por el padre cura.

Paseaba aún por la plaza media docena de trasnochadores, conocidos de los gaditanos en cuya compañía me encontraba, y juzgue el lector cuál sería mi sorpresa al oír que ya sabían lo que acababa de pasar en la tienda del bravo Francisco, y que lo referían condimentado con salsas tan picantes, y con tales recuerdos y antecedentes agravado, que era cosa de taparse los oídos.

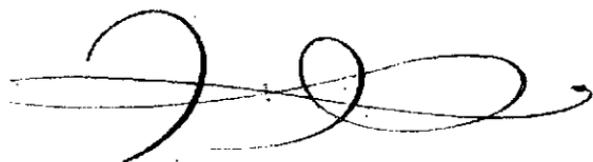
Los fugitivos de la taberna habían esparcido la noticia, y antes de amanecer la sabían en Cádiz cuantos estaban despiertos, y apenas amaneció debió saberla todo el mundo y aun aumentada en tercio y quinto.

Debo, no obstante, hacer justicia al señor alcalde, quien se felicitaba de haber presenciado el lance, para poder demostrar á los más incrédulos, que todo aquel ruido

no fué más que una mala inteligencia de la Pepa, pues la intencion y propósitos del respetable y piadoso curita no podian ser más recomendables y santos.

Así lo decia formalmente el gran chato.

Lo que no puedo decir, caros lectores, y á fé que lo siento, es si al fin la batalladora Pepa, llegó á recibir el dote prometido, ni con quién se casó el sargento... Pero en compensacion os diré, en confianza, para que no se ofenda la modestia del buen Archinaona, que gracias á las virtudes católicas de que fui testigo en la tienda del montañés Francisco, y á otras no ménos edificantes, debió su elevacion, en pocos años, á la dignidad de príncipe de la Iglesia; pudiendo decirse que, al ménos en este caso, á las católicas cualidades, al mérito y á la virtud siguió la merecida recompensa.



CAPÍTULO XIX.

Viaje á Jerez y conocimiento que hice en el camino con el *hombre honrado y de su casa, que tiene que perder*.—Capital del dios Baco y sus riquezas.—Influencia social y política del vino en el mundo.—Ensayo de una filosofía vinícola.

I.

Acompañóme D. José á casa de un comerciante conocido suyo, para que me descontara una de las letras sobre Lóndres que habia tomado en Singapoore; y el verme tan bien provisto, hizo acaso que aquel hijo de Mercurio se mostrase muy afable, nos hiciera sentar, y ofreciéndonos un veguero, entablara conversacion sobre las cosas de la China, con tanta franqueza como si nos conociéramos de toda la vida. Nos sirvió luego, con fina galanteria, una copa de rico Jerez, y hablamos de mi viaje, de lo que me parecia España, á juzgar por lo que habia

visto; y apropósito del exquisito Jeréz que paladeábamos, me dijo:

—Estando en Cádiz, ¿quién deja de hacer una visita á las bodegas de Jeréz? D. José tiene allí relaciones, y además yo he de ir mañana, y si VV. quieren venir en mi compañía, tendré en ello mucho gusto.

Aceptamos agradecidos la invitacion, y al siguiente dia tomábamos el tren del ferrocarril, que dando la vuelta á la gran bahía se internó por el Puerto tierra adentro, poniéndonos en Jeréz en poco más de hora y media.

D. José y el comerciante su amigo conocian á todo el mundo, y de todo él eran en Cádiz conocidos; así fué, que apenas entramos en el coche salon, la conversacion con los otros pasajeros se hizo general; y como nos preguntaran á dónde íbamos:

—Voy á Jeréz, á enseñar las bodegas á este caballero chino, que viaja por gusto, y desea ver lo mejor de España, respondió D. José.

—En ese caso, dijo un señor de muchas campanillas, humanizándose y sonriendo; si ha visto Cádiz, y ahora ve las bodegas de Jeréz, ya se puede volver á la China; y continuó diciendo: Felizmente llega V. á buen tiempo para visitar España, porque si acierta á venir hace un par de años, de miedo se hubiera vuelto sin ver siquiera la hermosa Cádiz, ni el opulento Jeréz.

—¿Había acaso alguna epidemia? le pregunté.

—Mucho peor, me respondió; nos afligia una República demagógica y petrolera, con la que no estaban seguras vidas ni haciendas. Ahora, gracias á Dios y á la restauración de la monarquía, ha quedado esto cual balsa de aceite, y *los hombres honrados y de nuestra casa* podemos respirar. ¿Ha llegado también por la China esa plaga de la demagogia socialista, incendiaria y destructora, filoxera política de este país? acabó por preguntarme el hombre *honrado y de su casa*.

—No señor, le respondí; porque en la China han tenido mucho cuidado de no dejar entrar á los jesuitas, cuando han llegado por allá.

D. José y otros de los que escuchaban soltaron una homérica carcajada, y todas las miradas se fijaron en mí.

El comerciante volvióse á D. José, y le dijo:

—Ya se conoce que ha cogido V. al señor por su cuenta, y no saca mal discípulo; á lo que respondió el interpelado:

—¿Discípulo? maestro debiera V. decir, que el señor pudiera serlo, no sólo mio, sino de los que la echan de sábios. Apenas ha llegado, y ya nos conoce mejor que la madre que nos parió.



El hombre honrado y de su casa se repuso rápidamente de la sorpresa que mi respuesta le produjo, y continuó su taravilla, dejando intencionalmente pasar la puya, y como si hablara para el público, más que para mí.

—Nunca agradeceremos bastante á la restauracion, el restablecimiento de la paz pública, y la nueva era de prosperidad, de moralidad, de orden, de libertad bien entendida, de justicia y de reparaciones que ha inaugurado. Ahora irán bien los negocios, y España, desembarazada de alborotadores anárquicos, que con sus ideas disolventes la habian puesto al borde del abismo, prosperará y nadará en la abundancia. La religion, la propiedad y la familia, bases del orden social, bajo la proteccion del restaurado trono, no se verán ya amenazadas, y los hombres *que tenemos que perder* podremos vivir tranquilos. Con haber mandado á las Marianas y á los presidios de Africa unos cuantos centenares de republicanos, la sociedad, recobrando su estado normal, ha vuelto á entrar en caja.

Mientras así hablaba aquel respetable conservador, D. José daba brincos en su asiento, y no le quitaba la vista de encima. Llegó en esto el tren á Puerto-Real, y el hombre *honrado y de su casa, y que tenia que*



perder, interrumpió su discurso, y despidiéndose nos libró de su presencia. D. José entonces, poniéndose en pié, exclamó:

—¡Si callo, revientó! ¿Para quién hablaba? ¿Se imaginará que no le conocemos? ¿Quién celebró con más entusiasmo que él la caída de los Borbones? Lo que ahora decía de la restauración, y de los benéficos efectos que supone ha de producir para la prosperidad del país, lo repetía entonces. Sí, afirmaba que Topete, Serrano y Prim eran los regeneradores de España. ¡Quién más demócrata que él! El matrimonio civil y la libertad de cultos, según decía, colocaban la nación al nivel de las más adelantadas, y todas las maldiciones le parecían pocas para los borbónicos vencidos.

—¿Y de dónde proceden tanta inconstancia y volubilidad en sus opiniones? pregunté á D. José.

Volvió éste la espalda al público, como para que no se enterara de la respuesta, y dijo en voz baja, que el ruido del tren impedía que oyéramos más que el comerciante y yo:

—Este honrado conservador, *que tiene que perder*, es uno de aquellos compradores de bienes nacionales, que no los han pagado nunca, y que comprando, justamente en el pueblo que acabamos de pasar, unas cuantas



fanegas de bienes de Propios, como hombre aprovechado y de *su casa*, supo extender los mojonos de término tan diestramente, ó tan conservadoramente, que esta es ciencia conservadora, que las cien fanegas se le convirtieron en mil... ¡Vamos! la soltaré. Este es uno de tantos ladrones, de los que se han enriquecido á expensas del Estado y de los pueblos por medio de fraudes, y explotando la influencia política suya y de sus parientes, que son otros tales; por lo que necesita estar bien con todos los gobiernos, á fin de que le dejen comer, sin que se le indigesten, aquí los trigos del pósito, y allá los pinos y los terruños.

—El retrato es de mano maestra, dijo á D. José el comerciante, en voz muy baja y sonriéndose.

—¿Apostamos cualquier cosa, continuó D. José, á que si se restableciera la República, lo habíamos de ver haciendo la corte á Fermin Salvochea? Estos conservadores y sus congéneres, que pululan como la langosta, son los peores enemigos del orden social y de la prosperidad de España; verdadera floxera, que le chupa el jugo y la seca. ¡Y no ha de llegar el día de la justicia para estos cinicos parásitos!

Los estridentes silbidos de la negra locomotora cortaron la palabra á D. José,

anunciándonos que estábamos en la sin par Jeréz.

II.

Esta célebre ciudad es la capital del universal imperio, por no decir paraíso del dios Baco; no sólo es la metrópoli española, sino la del mundo todo. Después de la Península ibérica, Francia es el primer país vinícola; pero ni su celebrado Burdeos, ni su Epernay, ni su Macon, ni su Niza, ni centro alguno de los ilustrados por el sabroso zumo de la uva, puede compararse á Jeréz de la Frontera.

Los numerosos templos consagrados á Baco en esta ciudad, son verdaderas catedrales, por su magnitud y elevación, y brillan en aquella Meca de los aficionados al mosto, dando el tono á aquel emporio del vino, como las suntuosas basílicas en la católica Roma.

Las botas de dorado y trasparente néctar que contienen las bodegas de Jeréz y de sus arrabales, que tales pueden considerarse los pueblos que cual satélites la circundan, desde Puerto-Real hasta Sanlúcar de Barrameda, se cuentan por muchos centenares de miles, y su valor por miles de millones.



Y por cierto que no sé por qué llaman bodegas á aquellos grandiosos templos paganos, puesto que bodega implica subterráneo y lobredez, y las jerezanas, á que se da este nombre, se levantan erguidas y majestuosas sobre la faz de la tierra, cual imponentes monumentos, dando á la ciudad su típico carácter, y nada tienen de lóbregas.

III.

Las aristocracias de todo el mundo, Emperadores y Presidentes de República, Papas, Reyes y Príncipes, plutócratas improvisados y nobles de rancieros pergaminos, triunfadores que fijaron la rueda de la fortuna, todos pagan tributo á Jeréz, de donde, para confortar sus cansados estómagos é iluminar sus gastados caletres, salen cada año ochenta y más millones de botellas de vino, el más caro, pero el más espirituoso y succulento de cuantos se beben en este Planeta y en los otros.

En Jeréz y pueblos circunvecinos entran anualmente más de ciento sesenta millones de pesetas, que afluyen desde todas las extremidades de la tierra, en pago de su vivificante licor, bálsamo conservador de la humana vida.



La influencia civilizadora de Jerez se derrama así á torrentes por el mundo; que inspira más ideas, y levanta más los espíritus, y ennoblece los corazones una copa de su líquido delicioso, que todos los tratados de filosofía en los desgraciados escolares que no lo paladearon nunca. Los lores de la conquista y los del algodón, le deben la conservacion de su prepotencia en las islas Británicas y sobre los continentes, itsmos, estrechos, lejanos archipiélagos é innumerables islas, en los que han esparramado su dominacion. Aquella oligarquía aristocrática conserva su dominio, porque se remonta con el Jerez generoso, mientras el pueblo se embrutece y aplasta con la pesada y enervadora cerveza. No es con esta bebida nacional, sino con los espirituosos vinos ibéricos, con lo que sus ministros, como Lord Beaconsfield, por ejemplo, refrescan las fauces, renuevan sus ideas, y calientan su fria imaginacion, al exponer en sus discursos parlamentarios, así la política conservadora como la progresiva de la Gran Bretaña.

¡Ya saben aquellos bárbaros aristócratas lo que se hacen conservando la escala alcohólica!

Imaginan ver los incautos en la pertinacia de los gobernantes ingleses, en no re-



bajar los derechos de importacion de los vinos ibéricos, una medida económica y arancelaria, sin comprender que es sobre todo política, y de las más intencionadas.

Vosotros, amados lectores, ignorais que los derechos de importacion de los vinos españoles en Inglaterra, son tan monstruosos, que su término medio sube al ochenta y hasta al ciento por ciento del valor del líquido, á pesar de que aquellos hipócritas se proclaman los campeones del libre cambio.

Nunca los chinos, que no los han estudiado tan de cerca como yo, podrán comprender esta aparente y anómala contradicción de aquellos adustos isleños.

¿Por qué pensais que conservan los altos derechos de aduana sobre los vinos españoles y portugueses, mientras que desde hace treinta y tantos años han ido suprimiendo ó rebajando los de todos los otros objetos de consumo que importan del extranjero? Pues no es más que porque allá para sus adentros reconocen que no podrían ménos de extender el derecho del sufragio, hasta llegar al voto universal, á medida que por la rebaja de los derechos que pesan sobre el vino, el pueblo pudiera ir reemplazando con este licor, despertador de



la inteligencia y de la dignidad humana, la embrutecedora y linfática cerveza de su país.

Las épocas de las reformas que han aumentado el número de electores, han seguido de cerca á las de los tratados de comercio, que facilitaron y extendieron en Inglaterra el consumo de los preciados vinos de los países meridionales.

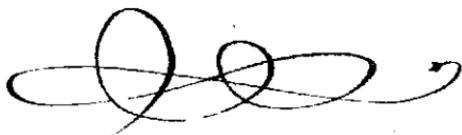
Si como declararon libre la importacion de cereales en 1844, hicieran otro tanto con la del vino, tiempo hace que la corruptora dominacion de las aristocracias gobernantes habria concluido: la cuestion agraria, apenas planteada hoy en aquellas islas, se hubiera resuelto ya ó estaria próxima á resolverse en el sentido del derecho popular, que es el racional y humano, y tambien pudiera decirse en el divino, que Cristo hizo comulgar á sus compañeros, ofreciéndolo cual su sangre, con vino, y no con cerveza. Con él siguen comulgando todos los cristianos, que no dejándose extraviar por la innovadora Iglesia romana, continuaron la tradicion, imitando el ejemplo que les diera el Redentor, en la Cena de los Apóstoles. El vino hace sangre, la sangre es la vida, la fuerza, la energia, y resultado son de ellas, la elevacion moral é intelectual de las razas humanas.



IV.

Los pueblos más civilizados y civilizadores, más artísticos, más ingeniosos y espirituales de Occidente, fueron en todos tiempos aquellos en cuyas afortunadas tierras se producen los ópimos racimos de Baco. Los focos de donde irradió siempre la civilización, desde las épocas más remotas, hasta extenderse por ambos hemisferios, y descubrir nuevos mundos, se conocen en la historia por los nombres de sus vinos, y se llaman Palestina, Chipre, Tokai, Palermo, Siracusa, Capri, Marsala, el Languedoc, la Champagne, Burdeos, el Priorato, Málaga, Cariñena, Alicante, Valdepeñas, Jeréz, Oporto, y en general, todos los de las penínsulas Griega, Itálica é Ibérica, y la Francia meridional.

En estas prevaleció y sigue prevaleciendo el espíritu democrático, resultado de los sentimientos de dignidad y de igualdad, precisamente porque en ellos florece la viña, cuyos frutos son de uso común, mientras en los países del Norte y del Noroeste de Europa, las preponderantes aristocracias resisten aún á la creciente marea de la civilización de aquellas, porque solo sus minorías gobernantes monopolizan el consumo



de los exquisitos vinos meridionales, á lo que deben una superioridad real sobre el pobre pueblo, que se embrutece embriagándose con groseros y mortíferos brebajes fermentados. Si los vasallos de aquellos señores bebieran como estos nuestros vinos, no se someterian tan estúpidamente á su dura é insolente dominacion, ni la encontrarian natural y digna de acatamiento, y hasta de supersticiosa veneracion.

Si os parecen exageradas ó paradógicas estas apreciaciones históricovinícolas, que pudieran muy bien ser gérmenes de toda una filosofía, más trascendental, que muchas que en Europa usurpan este título, os confieso humildemente que la responsabilidad no es toda mia. Lo mismo os diria, caros lectores chinos, si la encontráscis fundada y digna de ser desenvuelta en un tratado geológico, topográfico, metereológico, fisiológico é histórico.

Fué en las bodegas de Jeréz, gustando sus rancios vinos, cual no los beben los potentados de ningun país, y que cuentan cientos de años de existencia, como mi imaginacion subió á las elevadas regiones de la filosofía, sin haberla estudiado en ninguna universidad europea.

Si la hay, quede, pues, la gloria á los espirituosos vinos jerezanos; y bajando ahora



de las alturas en que la mente se pierde y divaga, buscando la razon de ser y las relaciones de los fenómenos naturales y sociales, descendamos á los hechos, á la contemplacion de la realidad grosera, aunque hallemos en ella desilusiones y desencanto. Volvamos la dorada y pulida medalla, á trueque de tropezar y de mancharnos con el reverso de tosco y sucio barro.



CAPÍTULO XX.

Plutocracia y democracia.—Los ménos enriqueciéndose á costa de la miseria de los más.—Mancha de negra sombra en medio de un radiante paraíso.—Contraste de la miseria moral y de la moral riqueza.—Injusticia social y sus históricos orígenes.—Responsabilidad de los liberales contemporáneos en la conservación de la injusticia, y peligros sociales que engendra.

I.

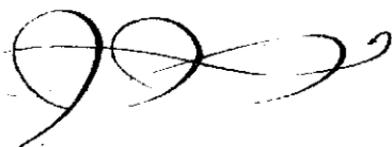
Después de leer las maravillas de las riquezas que debe á sus vinos la afortunada ciudad de Jerez, indicadas en el precedente capítulo, creerán acaso mis lectores que los jerezanos nadan en la abundancia, y que, como se dice en España, amarran los perros con longaniza. Pues si tal se imaginan incurrirán en gravísimo error, porque la más terrible miseria impera en aquel emporio, codeándose con la provocadora opulencia de algunos centenares de parásitos explotadores, españoles y extranjeros.



Al entrar en la vasta plaza del Arenal, centro y foro de la ciudad, lo primero que llamó nuestra atención fueron cientos de hombres de aspecto sombrío, envueltos en mugrientas capas y raidas mantas, que parecían sufrir los tormentos de un hambre atrasada, y cuyo aspecto triste y miserable contrastaba con lo alegre del cielo y con la apariencia de lujo y bienestar, revelados por las pintadas fachadas de las grandes casas que forman la plaza, y por la magnífica fuente, rodeada de elegantes palmeras, que levanta á muchos metros el chorro de sus limpidas aguas.

Confieso que me sobrecogió aquella mancha negra en medio de aquel cuadro de luz.

—Parece, dije á D. José, señalándole aquellos siniestros grupos, que la reacción antirepublicana no mandó á las Marianas y á los presidios de Africa á todos los petroleros socialistas; porque, ó yo tengo cataratas en los ojos, ó todos esos embozados, que parecen comparsas de terrorífico drama, salidos de las Catacumbas, deben ser irreconciliables enemigos de la sociedad, y de los más desalmados y temibles. Paréceme que bajo sus largas capas entreveo los puñales, los trabucos y las cuerdas con que inmolan sañudos á sus inocentes víctimas, *los hombres honrados, de su casa y que tienen que perder.*



D. José apretó mis manos con efusion, y profundamente conmovido, casi con lágrimas en los ojos, me dijo con voz entrecortada:

—¡Amigo mio; esos desgraciados, que os parecen empedernidos criminales, monstruos pavorosos, son mártires de la más inicua de las iniquidades sociales! Ellos son los productores de las inmensas riquezas que se acumulan en esta ciudad; ellos los que riegan con el sudor de sus fatigadas frentes, que el sol abrasa y la escarcha hiela, los campos que producen ese néctar de los dioses que se llama vino de Jeréz. ¡Ah, cuán ajenos están los sibaritas de ambos mundos, que con él se fortifican y rejuvenecen, de que en sus doradas gotas beben las lágrimas de tantos miles de seres que, además de las inmerecidas desgracias que sobre ellos pesan, ven caer sobre sus nobles frentes la corrodora baba de la calumnia! Ellos, que en sus robustos hombros, extenuados por el hambre, sustentan esta sociedad, y son el fundamento indispensable de su prosperidad y riqueza, inicuaamente explotados, robados toda su vida, sometidos cada dia á firmar contratos leoninos, sopena de ver morir de hambre violenta á sus esposas y á sus hijos, se someten con incalificable resignacion al yugo de los egoistas intereses de sus



opresores, y responden con evangélica paciencia, y practicando virtudes sobrehumanas, á la avasalladora injusticia de que son víctimas. La tierra feraz que cultivan no les pertenece, porque abusando de su ignorancia los han despojado de ella sus explotadores, unas veces haciendo leyes injustas, otras falsificando y conculcando las que eran buenas. Y estos hombres, sin cuyo trabajo esas fértiles campiñas serian eriales, guaridas de fieras, no tienen sobre qué caerse muertos.

Si les pagan un jornal, les basta apenas para salir del dia; y cuando pasan algunas semanas sin encontrar trabajo, tienen que pedir, como una gracia, cual vergonzosa limosna, que los *dejen trabajar*, á trueque de un gazpacho frio por la mañana y otro caliente por la tarde.

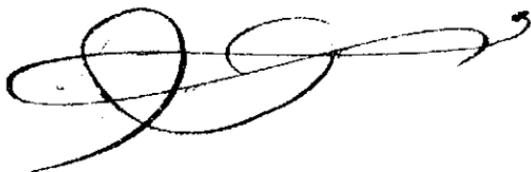
Los remordimientos, si es que la gentuza de guante blanco es capaz de sentirlos, pues la avaricia y la impunidad han extinguido en ella los sentimientos humanos, les hace mirar con terror á sus víctimas. Si, algunas veces, en esas lívidas fisonomias, en esas sombrías miradas, los explotadores, dominados por el miedo, entreven la amenaza de una justicia vengadora y terrible, cual la espada de Damocles, pendiente de un cabello sobre sus cabezas, y túrbase su

sueño, y truécense en ódio y desesperada rábía las satisfacciones de su orgullo y de sus vanidades, de su concupiscencia y de su avaricia. ¡Terrible ley de las compensaciones! Todo les parece poco para creerse seguros. Jeréz no es plaza fuerte ni fronteriza; es un pacífico y abierto pueblo, libre del temor de todo ataque; y sin embargo, la plutocracia exige de todos los gobiernos que mantengan en él una respetable guarnición de infantería, caballería y artillería.

II.

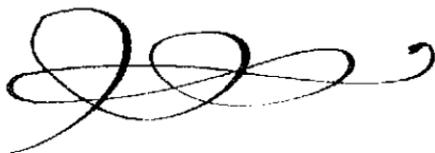
Atónito quedé oyendo á mi amigo, que hablaba con el calor de la más íntima convicción y profundamente conmovido, y yo no podía ménos de exclamar, sin darme cuenta de lo que decía: ¡Barbárie, barbárie, barbárie!

¿Si tendrán razon los petroleros? ¿Si no serán agentes secretos del católico jesuitismo? ¿Necesitará esta pervertida y bárbara sociedad purificarse por el hierro y el fuego? Así pensaba yo, dominado por la angustiosa impresion que me causaba el cuadro afflictivo y desgarrador, que el simpático y noble gaditano desarrollaba ante mi asombrada mente.



¿Cuál es, dije á D. José, la razon de ser de tan increíble monstruosidad?

—Lo que pasa en este país, respondió el gaditano, demuestra la falsedad de las supuestas leyes naturales de la oferta y de la demanda, preconizadas por los economistas. Hace cuarenta años se exportaban 19.000 botas de vino anualmente, y ahora llegan á 90.000. En la primera de estas fechas el término medio del precio de cada bota era de 500 pesetas, que ha llegado á más de mil; y mientras va á más, cuadruplicando la cantidad y doblando el valor, los jornales de los trabajadores del campo han disminuido en lugar de aumentar, á pesar de que en el mismo período han doblado y áun triplicado los precios de los alimentos y los de los alquileres. ¿Y cuál es el resultado? que cuanto más se trabaja y produce y cuesta más la vida, es menor la recompensa, y aumentan la miseria y el espíritu de venganza en unos, y el desaliento y la desesperacion en otros, al ver que sus hijos se mueren de hambre, mientras nadan en la abundancia y viven envueltas en sibarítico lujo las familias de algunos centenares de acaparadores, protegidos por todos los gobiernos. El exportador pone la ley al almacenista, éste al cosechero, que á su turno estruja al jornalero, que es quien, por tanto, en última instancia, paga



por todos; por aquello de que el último mono es el que se ahoga, y que siempre se rompe la soga por lo más delgado. Los exportadores, que son los ménos y los más avisados y diestros, aunque en otro terreno se hagan la guerra, saben ponerse de acuerdo para imponer condiciones á cosecheros y almancenistas. Traen del resto de Andalucía, y áun de toda España, vinos blancos baratos, que mezclan con el Jeréz, y lo hacen pagar como tal. Asi vemos algunas docenas de hombres, que llegaron aquí con una mano detrás y otra delante, poseedores de fortunas colosales, que nunca lograron acumular los labradores.

III.

Detúvose D. José, mas recobrando aliento, continuó diciendo, con más calor, sicabe:

—Y sin embargo, el más terrible enemigo de las clases trabajadoras, el que engendra todos los otros, que no son causas, sino consecuencias, efectos naturales de este, radica en ellos mismos, porque no es otro que su ignorancia. Ménos el saber, todo lo tienen de su parte. Son el número, y con él la fuerza: son indispensables, por ser los creadores de la riqueza: la sociedad no puede prescindir de su trabajo. ¿Y cómo había de



prescindir, cuando la sociedad son ellos mismos? Se concibe la sociedad sin aristocracia, sin sacerdocio, sin logreros acaparadores, y hasta sin comerciantes, pero no sin trabajadores. Hasta el derecho tienen de su parte, y en muchos conceptos la legislación, que es el derecho escrito: así, pues, en último término, á su propia ignorancia deben la miseria en que se arrastran, y el desprecio que sufren.

—Paréceme, dije á D. José, que su miseria es irremediable, mientras sean jornaleros y tengan que ir á cultivar tierras de otros, por un salario que, no hay remedio, siempre será precario y mezquino. Antes de llegar aquí, imaginaba yo encontrar una campiña alegre, cubierta de grupos de casas y de muchas de estas aisladas, rodeadas de frondosos árboles, en medio de los viñedos cultivados por los propietarios y sus familias, como se acostumbra en la China, donde la tierra está tan dividida cuanto lo permiten los frutos que puede dar para el sustento de una ó varias familias, que le hacen producir todo aquello que es susceptible de dar.

—Pues aquí, respondió D. José, vivimos aún bajo el régimen de la conquista de la Edad Media, á pesar de tantos pronunciamientos, y abortos de revoluciones. El dueño



de la tierra, descendiente del señor feudal, parásito improductivo, vive por lo general en Madrid, si no en Paris, derrochando los millones que otros producen, y tiene intendentes ó mayordomos que arriendan las dehesas y cortijos á colonos, que á su vez alquilan los trabajadores, cual si fueran bestias de carga, resultando que estos no tengan el menor interés en los rendimientos y mejoras del terruño que fecundizan con sus sudores. Esta manera de cultivar la tierra, sobre cara, es mucho ménos productiva que cuando pertenece al mismo que con sus manos la siembra y ha de coger los frutos, y quita á sus rudas faenas el estímulo y hasta el encanto que tienen para el que trabaja en lo que es suyo. Económica, política, social y moralmente, no se concibe la propiedad agrícola, en su estado perfecto, como una industria explotada por el capital, y desempeñada por jornaleros, sino por los mismos que la cultivan, viviendo sobre ella y amándola como á prolífica y bienhechora madre, con cuya vida confunden la propia, haciéndose dignos de poseerla por medio de sus remuneradores trabajos. Estudiándola históricamente, la vemos dividida entre la aristocracia de la reconquista, que la poseía á título de señorío, de donacion real, la iglesia y sus dependencias, y los municipios, bajo



las denominaciones de Propios y de aprovechamiento comun. En Andalucía, en la Mancha y Extremadura, y en otras regiones de Castilla, estos bienes eran vastísimos, no sólo por su extension, sino por la disminucion de los habitantes en esas feraces comarcas; disminucion debida á la intolerancia religiosa, y á su terrorífico ejecutor la Inquisicion. Los pósitos, bancos agrícolas municipales, daban semilla á los pobres, y estos sembraban por su cuenta tierras del Comun, además de apacentar en ellas los animales que tenian, y de aprovecharse de la leña y de la caza, sin perjuicio de trabajar á jornal en las tierras de los nobles, de los conventos y de la Iglesia. Las revoluciones de nuestro siglo suprimieron los derechos señoriales, y las tierras sobre las que los nobles los ejercian debieron desde 1835 devolverse á los pueblos de que procedian, y así lo expresaba terminantemente la ley, al exigir que los nobles, que perdian el señorío, presentaran en los juzgados de primera instancia los títulos de propiedad de las fincas que radicaban en su jurisdiccion, y sobre las que, además del señorío, tuvieran el derecho de propiedad, por haberlas adquirido ellos ó sus antecesores, á título oneroso.

La ley en este concepto no podia ser más clara y terminante. Pero ¿cuántos miem-



bros de la antigua aristocracia poseían bienes comprados? Si algunos los tenían eran como excepción de la regla, pudiendo afirmarse, que la casi totalidad debieron, en cumplimiento del precepto legal, entregar á los municipios los bienes que hoy disfrutaban. Las supercherías, los delitos y crímenes cometidos para esquivar el cumplimiento de la ley, son indecibles, incalculables é indignos. Un gran repúblico, marqués y grande de España por cierto, y de los más antiguos, el venerable D. José María Orense, decía hace ya muchos años en las Córtes, sin que nadie osara desmentirlo, que los pleitos puestos por los pueblos á los señores que se negaban al cumplimiento de la ley, *estos los ganaban siempre, durante las largas dominaciones moderadas, y los perdían cuando mandaban los progresistas.*

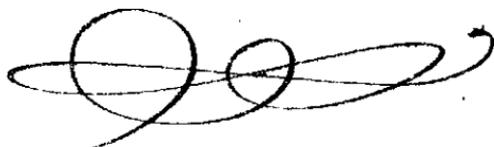
La población rural se vió de este modo inicuaamente despojada de las tierras que siglos antes le arrebatara la conquista, y que la ley le devolvía, y esta iniquidad se cometió en nombre de la libertad y del progreso, ó por torpes partidarios de ambos, ó por falsos liberales, que indignamente acaparaban en su provecho reformas que debieron directamente aprovechar á las clases trabajadoras. Ya no estuvieron estas sometidas al yugo del feudalismo, á la



corbea. Los nobles perdieron el señorío; mas por médio de trampas y de capciosas interpretaciones de las leyes, se vieron propietarios de bienes que no eran suyos, que la ley les mandaba devolver á los pueblos á quienes pertenecian. Del mismo modo fueron los pobres despojados del usufructo de los bienes comunales, como ya he dicho á V. La ley de 1855, que los desamortizaba, no tuvo en cuenta el derecho que sobre ellos tenían los pobres labriegos, en cuyo beneficio se habian creado siglos atrás. Los bienes comunales de aprovechamiento comun, no pudieron en justicia venderse, sin indemnizar á los pobres que los aprovechaban. La ley desamortizadora queria, no obstante, que se prefiriera para la venta á los pobres, subastando la tierra en pequeños lotes, que no excedieran de diez mil reales; pero apenas habia pasado un año de promulgada la ley, la reaccion neocatólica, dueña del poder, convirtió la desamortizacion en merienda de negros, y entre los magnates se repartieron las tierras para pagarlas tarde, mal y nunca. Desde entonces los proletarios de los campos, exasperados por el pauperismo que los devora, protestan siempre que tienen ocasion, contra el despojo sufrido, y se reparten las tierras, que ya no les pertenecen.



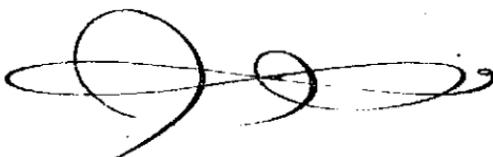
Cárceles y presidios están llenos de desgraciados, cuyo crimen consiste en la reivindicación de lo que les pertenecía; y entre tanto, los despojadores acusan á las ideas socialistas y demagógicas, del grave aspecto que toma la cuestion social en estas comarcas. ¿En qué consiste que esas ideas no producen los mismos efectos que vemos en Andalucía y Extremadura, en las provincias de Galicia, Cataluña, Aragon y otras, donde se han propagado, y tienen numerosos partidarios? Este fenómeno basta para demostrar, que los campesinos extremeños y andaluces, no son más enemigos de la propiedad, ni la respetan ménos, que sus hermanos de las otras provincias; y que al repartirse las tierras, su idea no es apropiarse lo ajeno, sino recobrar aquello de que consideran haber sido despojados contra todo derecho. No hay propietario que en el concepto público sea legítimo poseedor de sus bienes, que tenga que quejarse de los campesinos andaluces ni extremeños; siempre vieron sus tierras respetadas, lo mismo que sus personas; pero los usurpadores, los que poseen ilegítimamente, procuran que hagan causa comun con ellos los propietarios de buena fé, haciéndoles creer que todos corren igual peligro.



V.

Aquí llegaba D. José, cuando el comerciante gaditano, en cuya compañía hacíamos el viaje, que se había quedado atrás, se nos incorporó con otros señores, á los que aquel me presentó, no haciéndolo con don José, porque ya se conocían.

Uno de aquellos señores, á quien oí llamar D. Anselmo, nos invitó á visitar una de sus bodegas antes de ir á almorzar; pero lo que vi y oí en aquellas visitas, lo hallarán mis benévolos lectores en el subsiguiente capítulo.



CAPÍTULO XXI.

La soga del ahorcado agradecido.—El templo de Baco por dentro y su gran sacerdote.—Política casera y egoísta de D. Anselmo, y política patriótica y humanitaria de D. José.

I.

El D. Anselmo, que nos acompañaba á visitar su bodega, púsose á mi lado, y me preguntó si los ingleses llevaban á la China vino de Jeréz, y si á mi juicio seria comercio que pudiera extenderse en el Celeste Imperio; pero interrumpió la conversacion un hombre que se llegó á mi acompañante, y descubriéndose respetuosamente le dijo:

—Siento molestar á V., Sr. D. Anselmo; pero iba justamente á buscarle de parte de D. Mariano, mi primo, para decirle que dará á V. la partidilla de setenta botas, si aumenta aunque sea un peso por bota.

—¡Imposible! respondió D. Anselmo con



voz insinuante. Créame V.: aprecio mucho al Sr. D. Mariano, y sólo por serle útil le ofrecí tomarle aquel vino. No lo necesito: está paralizado el negocio; pero en fin, se trata de servirle y sostendré la oferta.

—Mil gracias de su parte, dijo el otro: se lo diré, y me parece que puede V. contar con el vino. Y así diciendo se despidió.

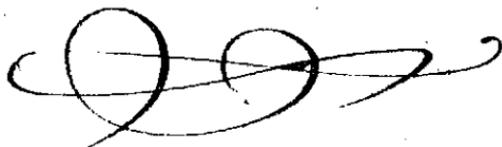
Como nos habíamos parado, D. José, el comerciante y los otros jerezanos que nos acompañaban, y que venían detrás, se nos unieron á tiempo que el otro se retiraba; y apenas volvió la espalda, el D. Anselmo dijo al comerciante de Cádiz, con aire de inteligencia y en voz baja:

—Al fin cayó Mariano: me da el vino á treinta y dos pesos, y además quedará muy agradecido.

—Ya te lo dije, le respondió en el mismo tono el comerciante gaditano; su aprieto era tal, que no tenía más remedio que capitular. Necesitaba una soga para ahorcarse, y te debe agradecer que se la des.

II.

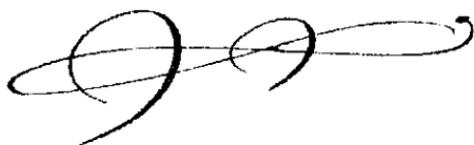
Llegamos en esto á la bodega, y entramos en el escritorio, que tenía todas las apariencias de un laboratorio de química.



Innumerables eran las copas de todas hechuras, los frascos y botellas de vino de todos los colores imaginables, que llenaban los armarios, aparadores y mesas. Acerquéme para leer los rótulos manuscritos que frascos y botellas tenían, y al ver que eran cifras misteriosas, especie de jeroglíficos, para mí indescifrables, acabó por parecerme aquel aposento el antro de algun alquimista ó nigromántico.

Con una especie de varita mágica en la mano derecha, que remataba en una copa de plata vuelta hácia arriba, lo que le daba la apariencia de una larga pipa, y una copa de fino cristal en la izquierda, entró D. Anselmo en la bodega, seguido de los visitantes, y se detuvo, volviéndose para ver el efecto que me causaba el aspecto de aquel grandioso templo, del que él parecía el gran sacerdote.

Imaginaos una catedral de cinco naves formadas por elegantes pilastras, terminadas en arcos, que sostenian el techo, no ménos larga de 100 metros, y proporcionada en elevacion y anchura, iluminada por altas ventanas abiertas en los muros laterales; y á lo largo de estos y de las cinco naves formadas por las pilastras, más de doce mil botas de vino de á treinta arrobas, equivalentes á 8.400.000 botellas, colocadas en



hileras, unas sobre otras, y tendreis idea aproximada de una bodega de Jeréz.

—¡Sorprendente! ¡admirable! exclamé dirigiéndome al dios Baco de aquel templo del vino.

D. Anselmo, rebosaba satisfaccion y orgullo; y poniéndoseme delante el comerciante gaditano dijo:

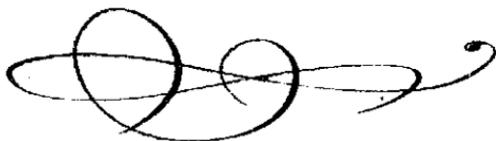
—No ménos de quince millones de pesetas valen esta bodega y su contenido. Y no es por adular á su dueño; pero diré que esta gran fortuna es el resultado de cincuenta años de la laboriosidad, del asídúo trabajo de nuestro amigo D. Anselmo.

—¡Calla! dijo éste riéndose: ¡y yo que creia ser uno de esos pícaros explotadores, vampiros, que engordán con el sudor de los pobres trabajadores!

Todos rieron de la ocurrencia, y el comerciante gaditano dijo:

—No hay en Jeréz, ni en todo el mundo, hombre que haya trabajado, ni trabaje tanto, ni que sea más esclavo de sus deberes que nuestro amigo D. Anselmo, que da el pan además directamente á muchos cientos de operarios, é indirectamente, como consecuencia de su vasto negocio, á muchísimos miles.

D. Anselmo interrumpió al comerciante, diciendo con tono risueño:



—Señores, perdono esas inmerecidas alabanzas, con tal que encuentren los vinillos que vamos á probar más dignos de ellas que á este humilde hijo del trabajo.

Y echando á andar por entre dos andanas de botas, se detuvo delante de una de estas, hizo que la destapara un dependiente, y él mismo, cogiendo por un extremo la negra *benencia*, que así nombran la varilla que habia llamado mi atencion, y extendiendo el brazo izquierdo, en cuya mano llevaba la copa, metió la *benencia* en la bota, y la sacó con destreza, que revelaba la mucha práctica; escanció el vino contenido en la de plata en la copa de cristal, ofreciéndomela con fino ademan, y me dijo:

—Pruebe V., caballero Dagar-Li-Kao, y diganos si hay vino parecido en la China.

—Permita V., Sr. D. Anselmo, que antes de responderle beba á la salud de V. y á la de los señores, y á que llegue el dia en que la humanidad entera comulgue con esta preciosa sangre de Cristo.

A juzgar por las aprobativas exclamaciones, mi brindis supo tan bien á la reunion, como á mí el nectar que aquel génio del arte vinícola me ofrecia.

D. Anselmo habia dado la *benencia* á su dependiente, quien con rápido desembarazo, y sin derramar una gota, se apresuraba



á servir á los otros comensales. Y de este modo recorrimos la bodega catando vinos de otros siglos, más deliciosos los unos que los otros, hasta que ya, con las cabezas calientes y las lenguas sueltas, salimos á visitar el alambique, la tonelería y otras dependencias de aquel inmenso establecimiento, en el que trabajaban centenares de atletas.

Las bodegas jerezanas son vastos talleres, en los que se acumulan las industrias más diversas, y cuya administracion y direccion, unida á la gestion comercial, suponen en sus dueños grandes dotes de inteligencia y de actividad; pero como estas son cualidades personales, que no siempre se heredan, herederos inhábiles, infatuados con fortunas que no ganaron y que inconscientemente derrochan, suelen arruinar los grandiosos edificios, con tanto trabajo é inteligencia por sus padres levantados y engrandecidos.

III.

Al salir de la bodega se despidieron los otros señores jerezanos, ofreciendo llegar á los postres, y D. Anselmo, el comerciante gaditano, D. José y yo, fuimos á almorzar á casa de aquel. Esta era grande y del hermoso estilo oriental conservado en Andalucía,



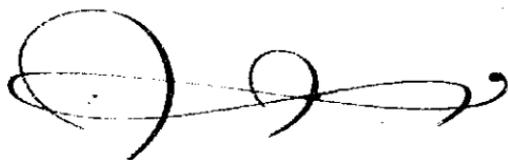
con patio en cuyo redor, sobre columna de mármol, se levantan las abiertas galerías ó corredores de los pisos altos. Casa y familia presentaban una mezcla de vulgaridad y de pretensiones aristocráticas, que ofrecían contrastes ridiculos y hasta grostecos. Presentónos D. Anselmo á su esposa, que era tan tiesa y delgada como hombron su marido, y á las hijas, damiselas lindísimas, aunque vanidosillas y remilgadas, y nos sentamos todos á la mesa.

Como acaso era la primera vez que veían en Jeréz á un chino, la novedad hizo que fuera yo el héroe de la fiesta, y la conversacion giró sobre cosas de mi país, empezando D. Anselmo por volverme á preguntar acerca del comercio de vinos en la China.

—Los chinos beben té, le dije, y apenas si conocen el uso de las bebidas alcohólicas.

—¡Qué lástima! exclamó D. Anselmo: ¡la China seria un gran mercado para el vino de Jeréz!

—En efecto, respondí; si hubiera medio de apartar á los chinos del uso mortífero del opio, con que los ingleses los envenenan, para que adoptaran el de los vinos jerezanos, y de las otras comarcas de la Europa meridional, éstas y la China ganarian mu-



cho, no sólo como negocio, sino física y moralmente. Por desgracia esto es difícil, porque la prepotencia de la política británica hace que los ingleses se beban el vino de Jerez, y vendan el opio á los chinos.

—¿Y quién tiene la culpa de eso, dijo el comerciante gaditano, más que los políticos españoles, que, á pesar de tener en el extremo Oriente las islas Filipinas y otros archipiélagos, miran con tanta indiferencia sus relaciones con el vasto imperio chino y con el Japon?

—¡Buena familia están los políticos españoles! dijo D. Anselmo, haciendo un gesto de desden, á lo que D. José contestó:

—¿Y por qué echar la culpa á los políticos y no á los que desdeñan, como cosa indigna de ellos, ó creyéndose muy cautos y cucos, el tener una opinion política y sustentarla?

Dióse el D. Anselmo por aludido, y respondió con aire de satisfaccion vencedora:

—¿Quién dice que yo no tengo opinion política? Pues, señores, sepan que la tengo y que la practico.

—Confieso, Sr. D. Anselmo, que lo ignoraba, respondió D. José; siempre tuve á V. por hombre que sólo se ocupó de sus negocios, y que metido en su concha, miró con indiferencia cuanto atañe á la administracion pública.



—Amigo mio, no se puede repicar y andar en la procesion, respondió el contrincente. Mis pretensiones han sido siempre más modestas que las de los hombres políticos, que pretenden arreglar el mundo. Yo me he contentado con arreglar mi casa. Mi política se ha reducido á hacer la felicidad de los míos, y es progresiva. Aquí encuentra V. constituidos todos los ministerios del Estado. Yo me he abrogado la Presidencia del Consejo, las relaciones extranjeras y la cartera de Hacienda, dejando á mi señora el ministerio del Interior, el de Instrucción pública y la Direccion de la Beneficencia pública y privada. Como ministro de Hacienda, mi política consiste en saldar todos los años los presupuestos con excedentes en los ingresos sobre los gastos, produciendo y comprando barato, vendiendo caro, y gastando ménos que gano. Como buen ministro de Estado, procuro exportar mucho vino é importar todo el dinero que puedo, dejando al ministro del Interior, y señalaba al decir esto á su señora, ámplia libertad para la administracion, la instruccion y la beneficencia; y aunque sea ofender su modestia, debo decir que todo Jeréz aplaude su gestion administrativa; sus hijos la aman, lós ricos la admiran, y los pobres la bendicen.



IV.

La entrada de los amigos, que en la bodega se despidieron hasta los postres, interrumpió el discurso del amo de la casa; sentáronse á la mesa, sirviéronles dulce las señoritas y vino los criados, y uno de ellos dijo á D. Anselmo:

—Al fin capitularon; ya salen las cuadrillas á trabajar por tres gazpachos al dia.

D. Anselmo sacó un librito de memoria, hizo rápidamente unos apuntes, y dijo al que le dió la noticia:

—Economía de salarios 15.000 pesetas para V., y casi otras tantas para mí; aumento de gastos para mi directora de beneficencia privada y pública 1.500 pesetas, y doble cosecha de bendiciones y de racimos.

Guardó el libro de memoria, y paladeó un vaso de agua fresca.

Como con la llegada de los nuevos comensales la conversacion se hizo general, D. José me dijo al oido; sin que nadie se apercibiera, la siguiente coplita:

El Sr. D. Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital,
mas antes hizo los pobres.

El comerciante gaditano reanudó la conversacion y dijo mirando á D. José:



—Me parece que la política de D. Anselmo es irreprochable, y que el demócrata más puritano no tendrá que alegar contra ella. ¡Ojalá la practicáramos todos!

No respondía D. José, y D. Anselmo, sonriendo, le dijo:

—No tenga reparo, querido D. José, y diga todo lo que piensa, que en esta república está garantizada la libertad de la palabra.

—Pues digo, respondió el aludido, que su política es detestable por lo egoísta, y además antipatriótica y contraproducente, como lo son siempre todos los actos que el egoísmo inspira.

Las exclamaciones y las carcajadas que interrumpieron á D. José fueron tales, que no pudo continuar; pero el dueño de la casa impuso silencio con risueño ademán, y dijo:

—Orden en la mayoría, y respétese el derecho de las minorías. D. José, está V. en el uso de la palabra, para demostrar parlamentariamente la verdad de sus asertos.

—Si todos los españoles siguieran siempre las máximas que V. ha expuesto, V., y los señores, y yo, seríamos todavía siervos pegados al terruño; y V., en lugar de ser jefe de una familia independiente, de haber ganado una gran fortuna, de tener sucursales en las principales ciudades del mundo, y de ser en Jerez una potencia, no se



hubiera casado sin que antes pasara su esposa por las manos del señor feudal, mientras V. apaleaba el agua en los fosos de su castillo, para que las ranas con monótono canto no turbaran su sueño. En lugar de ser propietario de grandes cortijos, trabajaría V. en ellos por los tres gazpachos que ahora da á los pobres jornaleros, más algunas palizas y encierros en los calabozos del castillo feudal, si tenia el mal gusto de no encontrar tal orden de cosas el más perfecto imaginable. V. es el usufructuario de los políticos que, exponiéndose á las iras de los déspotas en épocas anteriores, y sufriendo persecuciones y martirios, rompieron las cadenas que ligaban á nuestros padres, y aún á nosotros mismos; suprimieron los señoríos y todos los privilegios de la aristocracia; desvanecieron las preocupaciones que envilecían el trabajo y las profesiones industriales, dignificándolas y ennobleciéndolas; y que reemplazando el despotismo por el gobierno de la nacion, hicieron tratados de comercio, gracias á los cuales V. puede enriquecerse con la exportacion de vinos. Su fortuna no es, por tanto, hija exclusiva de las grandes cualidades comerciales que lo distinguen, sino tambien de los progresos de la civilizacion, debidos á los hombres políticos, que se preocuparon antes de los inte-



reses de la pátria que de los suyos propios. El interés de V. y de todos los que en su caso se encuentran, al mismo tiempo que sus deberes y su agradecimiento, deben dictarles, por una parte, más respeto hácia los hombres que se ocupan de la cosa pública, impulsados por su amor á la pátria y á la humanidad, y por otra, el no encerrarse en su casa, ocupándose exclusivamente en sus negocios, sino consagrar por el contrario parte de su inteligencia y de sus capitales á la instruccion y á la mejora de la suerte de las clases trabajadoras, interesándolas directamente en sus beneficios. Hasta el egoismo les aconseja esta conducta; pues la compresion y la injusticia acaban siempre por provocar explosiones terribles, espantosas catástrofes, en las que los explotadores pierden en un dia cuanto acumularon en años, y áun en siglos, como sucedió á los frailes, por ejemplo.

Apenas terminó su arenga el gaditano, las exclamaciones, y los propósitos que manifestaron los oyentes, me mostraron que habia puesto el dedo en la llaga.

—¡Teorías! decia uno. ¡Utopias disolventes! exclamaba otro. ¡Pues no va descaminado! añadía el de más allá. ¡Buenos farsantes son los políticos! decia un señor que se enriqueció siendo alcalde de Jeréz.



—Da gusto oír hablar á D. José, pero debería pagársele porque callara, dijo un estimado señor, que habia creído conveniente comprar un título de marqués, para agregarlo al de vinatero, aunque no puso en el escudo de armas, como debiera, una *benencia* y una botella cruzadas sobre una bota.

—Pues yo digo, dijo D. Anselmo levantándose, que siempre le ando buscando la lengua, porque me gusta oírle; pero como la obligacion es antes que la devocion, aunque reconozco la verdad de cuanto ha dicho, me voy al escritorio á trabajar, y añadió: señor Dagar-Li-Kao, V. ha tomado posesion de su casa; y como no echo en saco roto lo que he tenido el gusto de oírle sobre la China, le agradeceré que cuando vuelva á su país me escriba, y le mandaré unos barrilitos de vino, para que los beba en compañía de su familia y amigos, y vea si podemos reemplazar en su tierra el ópio con el mosto jerezano.

—Seria, le dije, reemplazar las tinieblas británicas por la luz ibérica. Descuide V., que no quedará por mí...



CAPÍTULO XXII.

Mi adios á los gaditanos y á la bella Cádiz, y encuentro, primero, con un pesimista que creia no podia yo llegar á España en peor ocasion, y despues con una cuadrilla de ladrones, que detuvieron el tren en Despeñaperros.

I.

Nunca olvidaré la felicísima temporada que pasé en Cádiz, ni las atenciones y agasajos que debí á D. José, á su familia y amigos. Estos y él me proveyeron de cartas de recomendacion para la capital de todas las Españas, y además de buenos consejos, pues segun ellos, Madrid era un centro de corrupcion, en el que toda la desconfianza de un chino era poca para precaverse de los lazos que la más refinada maldad tiende á los incautos y á los precavidos.

—¡Cuánto siento no poder acompañar á V.!, decia D. José, al despedirse de mí en el anden de la estacion.



La locomotora silbaba; pasajeros de ambos sexos llegaban en tropel, escalando los coches atropelladamente, y los empleados gritaban: «pasajeros al tren,» cuando estrechando por última vez la mano á mis amigos, les di, y con ellos á Cádiz, el último adios.

Héteme ya lanzado á todo vapor á través de las feraces tierras andaluzas, camino de Madrid, que esperaba ver veinticuatro horas despues.

La misma soledad de las vastas llanuras que atravesaba, cubiertas de inmensos olivares, de dehesas, en las que pacian toradas y yeguas, les daba una majestad imponente, que nunca alcanzan las campiñas llenas de casas y de aldeas, siquiera sean tan pintorescas y risueñas como las huertas de Murcia y de Valencia.

Grande era el movimiento de pasajeros; en todas las estaciones bajaban unos ó subían otros; las conversaciones eran animadísimas, y á todos llamaba yo la atención, por ser la vez primera que veían un chino.

—Dispense V., señor, pero, ó mucho me equivoco ó V. es asiático, me dijo un caballero que se hallaba sentado frente á mí.

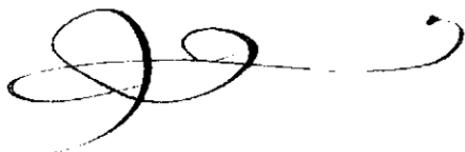
—En efecto, le respondí; soy un chino, venido de su país para tener el gusto de conocer éste, cuya fama llegó hasta la China hace siglos.



—Pues á mala hora llega, y lo siento, porque el estado en que nos encuentra es tan desastroso, que no podrá V. ménos de volverse con mala opinion de los españoles.

—¿Y por qué? le pregunté.

—Porque España está perdida, desgobernada, desmoralizada, sometida á bandoleiros que la saquean, hasta el punto de que nunca hubo ménos seguridad para vidas y haciendas. Esto se ha vuelto *el puerto de arrebatada copas*. Los que mandan, que no son lerdos, viendo que su obra es efimera, que apenas levantada se desmorona, dicen: «¡Detrás de mí el diluvio!» y no se ocupan más que en atrapar dinero, para darse buena vida en el extranjero, cuando tengan que emigrar, representando el papel de víctimas de la más desenfrenada demagogia, que así llaman esos malvados á los verdaderos patriotas, amantes de la libertad y del progreso. ¡Qué espansion, qué fiesta, qué júbilo habrá en todo el país, el dia en que sacuda el yugo de los tahures políticos que lo están arruinando, envileciendo y deshonorando! Son incrédulos, capaces de vender á Cristo por dos, cuanto más por treinta dineros, como lo hizo Judas, y protegen á la gente de corona y cerquillo, que medra á su sombra, aunque aborreciéndolos y despreciándolos. Hacen alarde de liberalismo, y abar-



rotan las bodegas de la restauracion con lastre carlista. Se llaman hombres de orden y han desordenado todas las ramas de la Administracion pública, convirtiendo las oficinas en ladroneras, y en agencias de sucios negocios particulares las dependencias del Estado. Se llaman conservadores y defensores de la propiedad, y si su poder dura todavía algun tiempo, apenas quedará propietario á quien no hayan arruinado embargándole su hacienda, por no poder pagar los insoportables tributos con que los abruman, convirtiendo así á la rica España en una nacion de mendigos. Sólo medran los malversadores de los caudales públicos, empleados concusionarios, prestamistas usureros, generales que cobran el barato, diputados que venden empleos, gobernantes y mandarines, que reciben propinas de millones, á trueque de concesiones de obras públicas, que antes de llegar á ser útiles para el público, habrán enriquecido á expensas de éste á los farsantes mangoneadores de los partidos políticos.

Suspendió su catilinaria, falto de aliento, sin duda para tomarlo, aquel furibundo y pesimista enemigo del gobierno, mas no pudo recomenzarla, porque otro viajero, que parecia ser su amigo, dijo, dirigiéndose á mí:

—Señor chino, no crea V. una palabra de cuanto mi amigo le ha dicho; es un exage-

rador; está despechado y todo lo ve con colores tan sombríos, que si V. le da crédito dejará el tren en la primera estacion para volverse á la China más que deprisa, temeroso de que esto dé un estallido antes que lleguemos á Madrid.

Y dirigiéndose al otro viajero, añadió:

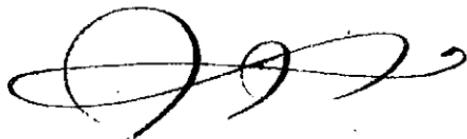
—¿No ves que pintando la España oficial con tan negros colores, haces, sin nombrarlo, la critica más acerba del pueblo español? Oyéndote, el señor pensará, y con razon, que los españoles, que sufren sin chistar orden ó desórden de cosas tan indigno y despreciable, deben ser más ruines, cobardes é indignos que los que de tal manera lo ultrajan.

—¿Y quién te ha dicho que no es ese el concepto que hace tiempo tengo formado de los españoles? A tal pueblo tal gobierno; que éste no es más que el reflejo de aquel.

Aquí llegaba el orador, cuando un violentísimo choque nos echó unos sobre otros; cayeron sobre nosotros las maletas y sombrereras, magullándonos; juraron unos, invocaron otros á la Virgen y á todos los santos; y en todos los wagoes se oían gritos desgarradores. El tren habia descarrilado.

El viajero pesimista, repuesto del susto, miró por la ventanilla y dijo:

—¡Ah! ¡estamos salvados! No es más que



una cuadrilla de bandidos que ha quitado un rail, para apartar el tren y robarnos.

Mientras esto decia el viajero, deteníase el tren, y una turba de hombres á pié y á caballo, armados de trabucos y carabinas, se precipitó á las portezuelas, abriéndolas con violencia y diciendo con desaforadas voces:

—¡Nadie se mueva si no quiere morir! Señoras, con VV. no va nada, que aquí somos caballeros, y sabemos el respeto que se debe al bello sexo.

La violenta sacudida que me habia hecho caer sobre mi vecino de enfrente, el peligro de que el tren descarrilado se precipitara por un derrumbadero en ménos tiempo del que necesito para decirlo, y luego este riesgo trocado en el de haber caido en las garras de una partida de ladrones, sucesos todos que pasaron en ménos de un minuto, anonadaron de tal manera mi espíritu, que temí perder el conocimiento.

Sin embargo, el viajero no cesaba de repetir:

—¡Estamos salvados! No es más que una cuadrilla de ladrones, que nos va á robar aquí.



EL ERMITAÑO DE LAS PEÑUELAS AL LECTOR.

Lector paciente, que leiste las páginas que preceden; sabe que tengo una mala noticia que darte; y á fé de ermitaño honrado, que ni me atrevo, ni sé como decirtela; pero, en fin, el mal por ahora no tiene remedio, y sobreponiéndome á la turbacion de mi ánimo, te la daré.

A medida que he ido traduciendo la obra de Dagar-Li-Kao, la han compuesto y tirado en la imprenta, á fin de no perder tiempo, y de poder publicarla apenas terminada la traduccion. Este adelanto del trabajo, me estimulaba á llevar adelante la penosa tarea de traducir del chino, creyendo que pronto tendria el gusto de ofrecerla al público; mas ¡ay! que no habia contado con la huéspedea, es decir, con Misifú, el gatito negro, único compañero que alegra mis vigiliass en la solitaria ermita. Interrumpí el trabajo un momento la otra noche, para salir á espaldas de la casa, dejando el abierto libro sobre la mesa y arrimado á la pared, bajo el candil colgado de una alcayata, y



juzga cuál sería mi desesperación al volver y hallar el libro ardiendo, el candil caído sobre él, y al gato en un rincón, magullando un ratoncillo. «¡Maldición!» exclamé.

Como si lo viera, adiviné que Misifú, persiguiendo al ratón, saltó sobre la mesa; mas tomó mal sus medidas, y dió un topetazo al candil, que cayendo sobre el libro, le prendió fuego. Corrí á apagarlo; pero ¡oh dolor! era tarde. Precisamente la parte aún no traducida, estaba carbonizada.

Confieso, lector benévolo, que ante tal catástrofe, quedé aturrido, anonadado, fuera de mí. ¿Qué hacer ahora? decía. Lo primero que se me ocurrió, y que al siguiente día puse por obra, fué escribir á mi amigo Dagar-Li-Kao, refiriéndole la desagradable ócurrencia, y pidiéndole otro ejemplar de su libro. Que se apresurará á mandármelo, no es para mí dudoso; mas, ¿qué hacer entre tanto? Mientras llega mi carta á Pekin, y á Madrid el voluminoso libro, pasarán algunos meses. ¿Debo guardar entre tanto almacenados los quince pliegos ya impresos? nó. Despues de maduras reflexiones he pensado que lo mejor era encuadernarlos y darlos á luz, pues bastan para formar un tomo de medianas proporciones, que si bien no ofrece, ni remotamente, el interés que el conjunto de la obra, y dejará al lector defraudado en parte de lo que el título le promete, podrá consolarse con la seguridad de que lo que aún queda por traducir, lo saboreará dentro de algunos meses.

¡Oh! ¡y qué cuadros tan gráficos y palpitantes, qué retratos de tipos y de tipejos

contemporáneos, qué deliciosas descripciones de Madrid, de Barcelona, de París, de Londres y de otras bárbaras ciudades, como dicen los chinos, contienen las páginas de los viajes de Dagar-Li-Kao!

Sus apreciaciones histórico políticas, sus puntos de vista filosófico chinoscos sobre cosas y personas, se dejan atrás á todas las originalidades que le hemos visto expresar en la parte ya traducida, y que por culpa del pícaro Misifú, tendremos que llamar primera parte de la obra.

Perdone, pues, el lector amigo, que tal me atrevo á llamar al que leyó hasta la última página, al torpe Misifú, que involuntariamente lo priva del gusto de leer sin interrupcion los viajes del chino, que yo tambien lo perdoné despues de pasado el primer arrebató de cólera, en gracia de que si tropezó en el candil, fué por su celo en el cumplimiento de sus deberes de guardia civil de la ermita, persiguiendo á los roedores ratones que la infestan; y tenga la seguridad de que no descansaré en la traduccion de lo que resta, en cuanto el autor me mande el nuevo ejemplar, á fin de indemnizarlo de la desagradable sorpresa de no darle en un solo tomo, como quisiera, esta obra china.

Los mejores propósitos, los cálculos más exactos, las empresas más laudables, se frustran á veces por las causas más inopinadas, más fútiles y nimias, á que llaman unos accidentes, hijos de la casualidad, y que otros atribuyen al fatalismo del destino. El grano de arena que la casi imperceptible

hormiga desplaza, puede causar el derrumbamiento del carcomido castillo, sólido é imponente en apariencia, que así solemos ver influir á lo más diminuto y deleznable en los destinos de lo grande y presuntuoso, como á lo que fuertísimo y prepotente se ostenta, ser inhábil para destruir lo que por ruin desprecia. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que el raton, sin conciencia del peligro que corria y del trastorno que su salto sobre la mesa produciria en mis planes y trabajos, los echara á rodar, encontrando la muerte en los dientes y garras del carnívoro Misifú, y los viajes de Dagar-Li-Kao el incendio devorador que los ha destruido?

Estas consideraciones, que á mi me hicieron perdonar al gato y hasta al raton, es pero bastarán para que el lector me perdone falta que, despues de todo, no ha sido hija de mi voluntad, y que no es por lo demás irreparable.



ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
Prefacio del traductor.....	5
Introduccion.....	13
CAPÍTULO PRIMERO.—De cómo me valí para aprender castellano antes de salir de la China.—El capuchino Fray José de la Concepcion, misionero católico.—Mi conversion.—Propaganda católica en la China.....	17
CAP. II.—Fray José.—Llegada de frailes y de jesuitas.—Gran fiesta religiosa y orgia pagana.—La civilizacion española y la inglesa en el extremo Oriente.—Mi bautizo.—Mi partida de la China...	27
CAP. III.—Del encuentro que tuve con un compatriota viajando á Singapoore.—Sus casamientos.—Una de tantas maneras de sacar los cuartos á los bárbaros y á los civilizados.—¿Quién engaña á quién?—Farsa religiosa, en la que todos son actores y público.—Visita al Obispo Católico.—Ridiculedz de los trajes europeos.....	37
CAP. IV.—La moda, plaga social, que aflige á los países bárbaros de Europa.....	49
CAP. V.—Viaje á Europa y encuentro con madama Montplaisir.—Caro cerrojazo.—Confidencias.—Donde se descubren los pecadillos del obispo de Singapoore.—Del miedo que me infundieron los salvadores de la sociedad.....	59

	Páginas
CAP. VI.—Mutismo inglés y locuacidad española.— Conocimientos geográficos de un gobernador general de Filipinas.—La plaga del militarismo en España.—¡Felices chinos, que no conocen el militarismo!.....	68
CAP. VII.—Donde hago conocimiento con el general español, admirador de la Hulania, y continúa la instructiva conversacion sobre el militarismo y otras frioleras.....	75
CAP. VIII.—Concepto chino de la barbarie, y demostracion de lo que el militarismo cuesta á los bárbaros de Europa.....	87
CAP. IX.—Donde concluye la conversacion con los viajeros españoles, sobre el militarismo y la teocracia en su país, y se dan explicaciones sobre la superioridad de los chinos en estos conceptos...	93
CAP. IX.—De cómo preferi á los españoles, empezando por visitar antes á España que á Francia.—La taza de plata, vulgo Cádiz.—Aspecto de la ciudad desde el mar, y explicacion de sus edificios que me hizo D. José.....	105
CAP. X.—Mi primer paseo por Cádiz, y conocimiento que hice con las obras de los grandes arquitectos, á quienes llaman Pronunciamientos, é ingratitude de los gaditanos para con el padre de esta ilustre familia.....	111
CAP. XI.—Definicion que me dió mi amigo D. José de los Pronunciamientos y de las Revoluciones, y regalado almuerzo y no ménos sabrosa plática que tuvimos en la Primera de Cádiz.....	117
CAP. XII.—Donde continúa el patriótico desahogo de D. José, que acusaba las cuarenta á sus paisanos con no ménos verbo que verdad.....	12
CAP. XIII.—Si me pierdo que me busquen en Cádiz	

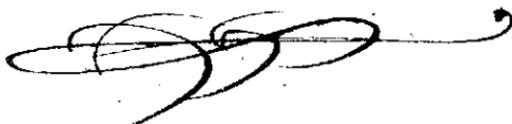


y en los Puertos.—Descripción de las costumbres de Cádiz en la época de su prosperidad, é influencia que en ella ejercian las sacerdotisas de Venus.	133
CAP. XIV.—Donde el gaditano D. José concluye su gráfico relato de las rancias costumbres de su tierra, aderezado con perspicuas reflexiones sobre el catolicismo de los españoles de ahora, y otras cosas no ménos curiosas y dignas de ser sabidas.....	139
CAP. XV.—Discusion que sobre las religiones sostuvimos de sobremesa D. José y yo con la familia de éste, resultando de ella el triunfo de la moral humana sobre los dogmas revelados de las religiones antiguas y modernas.....	149
CAP. XVI.—Perorata que encajé á la amable familia de D. José, sobre las religiones, histórica y filosóficamente consideradas, resultando de ella, la demostracion de la superioridad de los chinos, con relacion á las otras naciones y razas humanas.....	157
CAP. XVII.—Cosas de España.—Barracon por fuera y gran teatro por dentro.—Ligeras nociones sobre el teatro chino.—Representaciones inmorales é indecentes en los teatros de Europa.—Genoveva de Brabante.—Provocaciones injuriosas.—Depravacion de las costumbres en la alta sociedad.	165
CAP. XVIII.—La tienda del montañés Francisco, en la que nos convidamos á cenar con la Dolores y una su amiguita, interrumpiéndonos la cena las virtudes cristianas del Padre Archinaona, y feliz desenlace del drama, por la oportuna intervencion del señor alcalde.....	173
CAP. XIX.—Viaje á Jerez y conocimiento que hice	



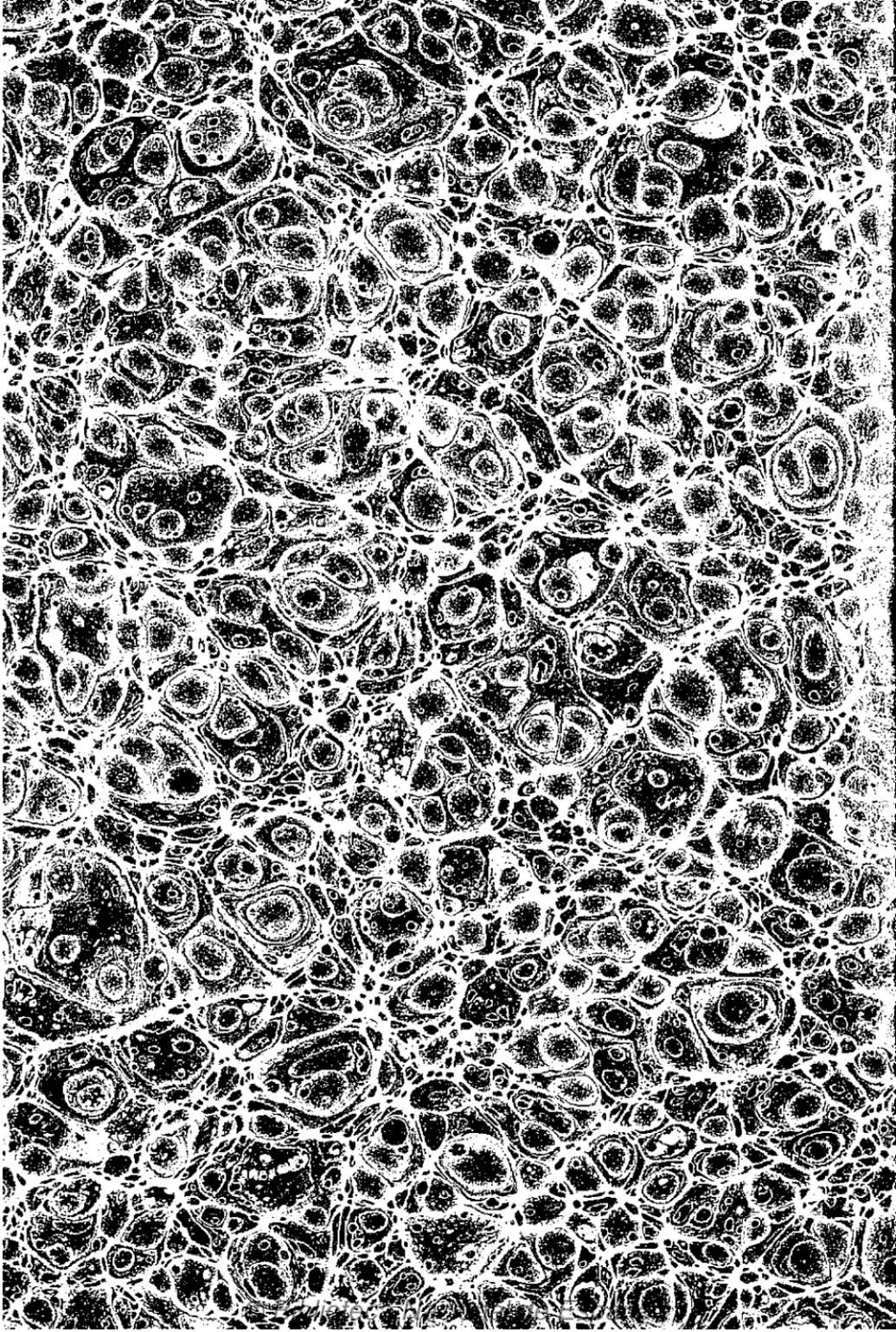
en el camino con el <i>hombre honrado y de su casa, que tiene que perder</i> .—Capital del dios Baco y sus riquezas.—Influencia social y política del vino en el mundo.—Ensayo de una filosofía vinícola.....	185
CAP. XX.—Plutocracia y democracia.—Los ménos enriqueciéndose á costa de la miseria de los más. Mancha de negra sombra en medio de un radiante paraíso.—Contraste de la miseria moral y de la moral riqueza.—Injusticia social y sus históricos orígenes.—Responsabilidad de los liberales contemporáneos en la conservacion de la injusticia, y peligros sociales que engendra.....	199
CAP. XXI.—La sogá del ahorcado agradecido.—El templo de Baco por dentro y su gran sacerdote.—Política casera y egoísta de D. Anselmo, y política patriótica y humanitaria de D. José.....	213
CAP. XXII.—Mi adios á los gaditanos y á la bella Cádiz, y encuentro, primero, con un pesimista, que creía no podía yo llegar á España en peor ocasion, y despues con una cuadrilla de ladrones, que detuvo el tren en Despeñaperros.....	227
El Ermitaño de las Peñuelas al lector.....	233
Índice.....	237

FIN.



Este libro se vende en las principales librerías al precio de

Ocho reales.





1103524647

